







COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXII.



POESIAS

DE LA

AMERICA MERIDIONAL.

COLECCIONADAS

POR

ANITA J. DE WITTSTEIN.

CON NOTICIAS BIOGRAFICAS DE LOS AUTORES.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1874.

PQ 7084 W5



A LA SEÑORITA DOÑA FANNY FULLER

DEDICA ESTE LIBRO

SU MUY AFECTISINA AMIGA ANITA J. DE WITTSTEIN.

CARACAS, 20 de Julio de 1866.



INDICE.

I. RELIGION.

	rag.
Jehovah por	José A. Maitin 3
La Religion »	José Maria Heredia 6
Salmo XIII »	Dr. D. José M. Valdes 9
A la Vírgen »	GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA. 11
La oracion por todos »	ANDRES BELLO 14
Ruego »	ESTEVAN ECHEVERRIA 20
Traduccion del salmo: Super flu-	
mina Babylonis »	FRANCISCO A. DE FIGUEROA . 22
La oracion »	J. M. DE CASTILLO Y LANZAS. 23
La divina providencia »	FR. MANUEL NAVARRETE 24
Salmo XVIII »	Dr. D. José M. VALDES 34
Salmo VIII	EL MISMO 36
II. NATUI	PATETA
II. NATU	VALUEDA.
Himno al Sol por	r José Maria Heredia 41
Crepúsculo en el mar »	ESTEVAN ECHEVERRIA 43
La noche de luna »	JOSÉ F. MADRID 44
La noche »	M. M. MADIEDO 47
La noche »	José Maria Heredia 49
La mañana »	FR. MANUEL NAVARRETE 52
Al cometa de 1825 »	José Maria Heredia 55
Las nubes »	José Marmol 56
El arco fris »	JOSÉ MARIA HEREDIA 62
En una tempestad »	EL MISMO 64
La tempestad y la calma »	G. A. RAEL DE AZUA 65
El verano	JACINTO CHACON, 67
El verano »	José B. Copto 69
Las flores »	EUSEBIQ LILLO 70
A una mariposa »	GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA. 72
Paseo por el Bétis »	LA MISMA 74

VIII

		Pág.
A una mariposa po	r GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.	76
El azahar »	ADOLFO BERRO	76
Al jazmin	EL MISMO	77
Las flores »	José Maria Cantilo	79
La mariposa »	MANUEL CARPIO	79
La palma del desierto »	JUAN GODOY	81
Cedro y palma	JUAN C. GOMEZ	84
El pensamiento »	ESTEVAN ECHEVERRIA	85
	Tour Mr Tr.	
Alte Contains of the Contains		86
Los trópicos »	José Marmol	87
Canto á la cordillera de los Andes »	JUAN GODOY	90
Al Niagara »	José Maria Heredia	97
Un recuerdo de Puerto-Cabello . »		100
El Guaili »	M. M. MADIEDO	102
Una impresion al pié del Illimani »	MARIANO RAMALLO	104
Choroni »	José A. Maitin	109
La mañana »	G. A. REAL DE AZÚA	111
THE THINK NOTED A	MAD V AMIGRAD	
III. JUVENTUD, A	IMUR I AMISTAD.	
A la juventud po	or GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.	115
Recuerdos á los lugares de la in-		
fancia »	José A. Maitin	118
El aura de amor »	RAFAEL M. MENDIVE	
Sin conocerte »	A. MAGORINOS CERVANTES	
Cancion	FLORENCIO BALCARCE	127
A la esperanza		
La virgen bañándose »	ADOLFO BERRO	
Espera á orillas del mar »		
Yo te amo »		
La diamela »	ESTEVAN ECHEVERRIA	139
Aviso »	F. ACUÑA DE FIGUEROA	139
Malvina »	JUAN GODOY	142
En el álbum de una Brasilera . »	JUAN C. GOMEZ	144
El convite »	José Maria Hebedia	145
La que vi en el baile »	MANUEL INURRIETA	146
A una rosa »	JUAN C. LAFINUR	148
Mucho amor »	JOSÉ F. MADRID	148
Amira y yo	EL MISMO	149
Agradecimiento	FR. M. NAVARRETE	150
Para el album de la Señorita Rosa		
O. de Zeballos »	José J. DE OLMEDO	151
A Silvia	José J. Pesado	
La sonrisa del pudor »		153
A	JOSÉ RIVERA INDARTE	155
		156
Al bello sexo oriental »	FLORENCIO VARELA	
A mi amante »	José Maria Heredia	159
	- Love San Control	
IV. DOLOR, DESVE	NTURA Y MUERTE.	
Himno al dolor po	r Estevan Echeverria	163
Al sol	GERTRIDIS G. DE A VELLANEDA	170
	OBITATODIS G. DE ATEMBANEDA.	Ten

	Pág	
El ruego de una madre p	or Adolfo Berro 171	
Tit taobo	» JOSÉ MARIA CANTILO 172	
	» José M. Cortes 177	
	» Luis L. Dominguez 177	7
	» Fr. Acuña de Figueroa 178	2
	» ESTEVAN ECHEVERRIA 179	
	» JUAN C. GOMEZ 183	
	» José Maria Heredia 186	_
	» Fr. M. NAVARRETE 182	
	» José Rivera Indarte 183	
	» José A. Maitin 184	
	» José J. Milanés 186	
	» FELIX M. DELMONTE 183	-
	» ALEJANDRO M. CERVANTES , 18	
an an arroyo	» RAFAEL M. MENDIVE 19	ı.
Soneto. En la muerte de mi her-	» José J. de Olmedo 19	4
		_
	» Gabriel de la C. Valdés . 19	
The state of the s	» José Rivera Indarte 19	
separate de dan distriction de la constant de la	» José J. Pesado 19	9
A la sepultura del Señor Don Ma-	35 35 0	
	MERCEDES M. DE SOLAR 20	_
	» HERMOGENES IRISARRI 20	
Cara analysis on the construction of the	» Adolfo Berro 20	
at an andorro	» EL MISMO 20	-
	» José Maria Heredia 21	
	» PACHECO Y OBES 21	
	» Gertrudis G. de Avellaneda. 21	
Inmortalidad	» José Maria Heredia 21	7
V. ROM	IANCES.	
ROMANCES	HISTORICOS.	
Yandubayú y Liropeya	or Adolfo Berro	4
	» José Rivera Indarte	-
El rey Baltassar		_
		-
El máscara		-
Los recuerdos	» Estevan Echeverria 25	6
VI. POES	IA JOCOSA.	
Letrilla satírica	oor Fr. Acuña de Figueroa 26	3
La curiosa inocente	» EL MISMO 26	
La letrilla y la nota	» FELIPE PARDO Y ALIAGA 26	
Los paraísos de Sempronio	» EL MISMO	
Mi vecinita	» EL MISMO	
El ministro y el aspirante	» EL MISMO	
Buenas noches	» EL MISMO	-
La cita	» G. A. REAL DE AZUA 28	
Fragmento de la descripcion de		~
una comide an un esfetel	n José E Madrin 28	0

			-
A un insigne embustero	noi	G. A. REAL DE AZUA	Pág 28
Respuesta de un vejete		EL MISMO	28
A Fato))	José F. Madrid	28
La hamaca	>>	EL MISMO	285
Sátira))	EL MISMO	28
Relacion, que hace el gaucho			200
Ramon Contreras á Jacinto Chano)))	BARTOLOMÉ HIDALGO	288
El·sordo))	G. A. REAL DE AZUA	293
A los ojos de Crisea	>>	FR. M. NAVARRETE	296
El dengue))	EL MISMO	296
Los viejos casados))	EL MISMO	297
Romance	>>	JOSÉ F. MADRID	298
VII HAMENATES V	T CYA	NTOS PATRIOTICOS.	
	-		
		RAFAEL MARIA BARALT	303
Al Libertador	>>).	José F. Madrid	303
A Washington	>>	GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.	305
A Napoleon))	José Maria Heredia	306
El patriotismo	>>	J. M. DE CASTILLO Y LANZAS.	306
Bríndis, en un convite patriótico	>>	JUAN C. LAFINUR	307
El soldado de la libertad		FERNANDO CALDERON	307
Cancion nacional		José M. Salazar	310
El veinte y cinco de Mayo de 1838			
en Buenos-Aires		JUAN CRUZ VARELA	312
A la victoria de Chacabuco		ESTEVAN LUCA	315
América		A Lozano	319
Montevideo	"	Luis Dominguez	321
Al general Flores, vencedor en		T	
Miñarica		José J. DE OLMEDO	324
La gloria		A. MAGARINOS CERVANTES	331
La concordia	n .	FLORENCIO VARELA	334
TOS ATTEMPES			227

⊸I.

RELIGION.



JEHOVAH.

Eterno ser que el universo animas
Con tu aliento fecundo y soberano,
Que con un leve signo de tu mano
A cada mundo asignas un lugar;
Yo me postro ante tí: los resplandores
Que esparces por do quier, sumiso adoro,
Y de tu inmenso y estrellado coro
El concierto sublime y singular.

No es en libros santos del profeta Donde tu nombre entero se contiene. Pobre idioma del hombre que no tiene Para nombrarte acento ni expresion! Escritos ellos en la lengua escasa Que imaginó para entenderse el hombre, Busca en vano su voz, un signo, un nombre, Digno del ser que llena la extension.

No es bajo de la cúpula sonora,
Pobremente orgullosa, de algun templo,
Que yo tu gloria y tu poder contemplo
Y te descubro en tu esplendor brillar;
Ni en el estrecho altar que te levanta
El mísero mortal, es que te admiro;
Sino en los soles fúlgidos que miro
En la celeste bóveda girar.

Solo en el hondo abismo del espacio, En ese eterno libro de los cielos, Entre el misterio de sus densos velos, Tu nombre augusto dejas entrever. Te dejas entrever, porque tú sabes Que si el pobre mortal tu nombre oyera, A su estruendo gigante se rompiera El hilo frágil de su débil ser.

Tú levantas tu sol y tus planetas
Entre la tierra y tu inmortal morada
Y le ocultas al hombre tu mirada
Que ilumina y fecunda la extension;
Porque si tu presencia soberana,
Si un rayo de tus ojos la alcanzara,
Ciego con tu esplendor, la muerte hallara
En la súbita luz de tu vision.

Por eso adoro resignado y mudo De tu poder los signos esplendentes, Tus soles mil, que arrojan á torrentes, Vigor, vida, calor y claridad. Y me anonado mas, cuando comparo La duracion del hombre miserable, El sueño falso de su vida instable Con tu imperecedera eternidad.

¿De qué me sirve à mí, ser de un instante, La antorcha celestial del pensamiento, Si al impulso fugaz del manso viento, Débil, precaria, extingue su fulgor? ¿De qué sirven las vívidas pasiones, Los raptos delirantes del poeta, El blando amor que el corazon inquieta, De un pecho jóven adorable error?

Todo cuanto es del hombre, en los abismos Del tiempo se consume y aniquila: Solo la vasta esfera que rutila, Eterna durará como su Dios; Porque esos vastos globos inflamados, Esos mundos que surcan el espacio, Faros son de su espléndido palacio Que salieron del cáos á su voz.

Por eso me confunde y anonada El débil sueño de mi frágil vida, Por eso adoro esa vision lucida Con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien. Por eso es que mi amor á tus portentos El terrenal disgusto no acibara, Y si mi vida instable no acabara, Eterno fuera como yo tambien.

Mas yo debo morir. Mi polvo entónces No podrá contemplar tus maravillas, Ni el mar de luz con que en el éter brillas, Ni el trueno tempestuoso que es tu voz. Yo debo perecer! ¡Ay del que viva Sin admirar sus bellas creaciones! Y lanzado en el mar de las pasiones No levante los ojos á su Dios.

Yo me postro ante tí, porque tu vista Sobre este mundo de tinieblas vela: Nos das una creencia que consuela, Llena toda de amor y caridad. Nos das la fe contra la duda impía, Al que sufre por tí, das la confianza; Junto al dolor colocas la esperanza, Junto á un penoso fin la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado, Las heces apurar de la agonía; Lloró infeliz, le distes á María Que enjugara su llanto y su afficcion. Perdió su gracia, y delincuente y torpe, Fué condenado á un padecer prolijo: Tuviste compasion, le diste al Hijo Prenda de paz, de olvido y de perdon.

Sí: yo pienso que el soplo de la vida Al desprenderse de la tierra madre, Volverá al seno celestial del Padre, Fuente de accion, de movimiento y luz. Y el alma desde allí, pura, radiante, Al brillo de la luna fugitiva Una mirada lanzará furtiva Sobre su tumba humilde, y tosca cruz.

José A. MAITIN.

LA RELIGION.

Sobrado tiempo con dorada lira Canté de juventud las ilusiones, Y en ligeras y fútiles canciones Los afectos vertí que amor inspira. Hoy, santa religion quiero cantarte, Y con piadoso anhelo Mostrar tu gloria, refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en fgneo trono Con tu solemne inspiracion solias Animar el acento de Isaías, O del profeta rey el noble tono, Oye mi voz humilde que te implora, Mi tibio pecho inspira, Y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcida
Brilla sin nubes el nocturno cielo,
Quisiera, suspirando, alzar el vuelo,
Y á su perenne luz juntar mi vida.
Este secreto instinto me rebela
En soledad y calma
Que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura Vela el criador su ceño majestuoso, Y circundan su rostro misterioso La eternidad pasada y la futura. Compadece del hombre la miseria, Y su acento profundo Por la revelacion instruye al mundo.

Augusta religion! De luz cercada Bajas al mundo, que el error oprime, Mostrando el cielo en ademan sublime, Y con la santa cruz tu diestra armada. Cubre tus ojos venda misteriosa, Y majestuosamente Brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura Tú nos anuncias el primer pecado, Al hombre por su mal degenerado, Y la inefable redencion futura. Viene al mundo Jesus, de los humanos (¡Venturoso destino!)
Reparador y redentor divino.

Su pura, simple y celestial doctrina La feroz impiedad tachar no puede: La voz de los profetas le precede, Y el universo atónito se inclina. Enfrénase á su voz el mar airado, Y á su mandato fuerte Su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira, Y de su inmenso amor víctima santa, Entre tormentos, cuyo horror espanta, Pálido el Hombre-Dios gime y espira. Núblase el sol, y yerta se estremece La tierra oscurecida, En sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resucitado Triunfa Jesus, y con glorioso vuelo, Sube despues al esplendente cielo Vencedor de la muerte y del pecado. Milagros inefables! Confundido ¡Oh Cristo! yo te adoro, Te confeso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina Del infierno frenético lanzada, Y con su pura sangre derramada, Sellan mártires mil su fe divina. Triunfas, joh religion! y al vasto mundo Sojuzgas con presteza, Nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores
Al borde tiembla del sepulcro helado,
Que á la luz de su antorcha contemplado
La mitad perderá de sus horrores.
Y la escena del mundo ve cerrada
Por la muerte severa,
Y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza: Al terminar su vida borrascosa, Enciendes en la tumba misteriosa Luz de inmortalidad y de esperanza; Y su afligido corazon llenando De inefable consuelo, Le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo vi mii veces al tirano impio De hierro asolador el brazo armado Teñirlo en sangre, y de terror cercado En crímenes fundar su poderío; Y despreciando audaz á tierra y cielo Con sonrisa ominosa Vile insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna La tierra alguna vez el crímen fiero; Mas es breve su imperio y pasajero: La justicia de Dios vigila eterna. De la virtud y la maldad existe Un inmortal testigo. Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

Dogma sublime! Celestial consuelo, Que al hombre justo en el dolor sustenta! Al sucumbir à la opresion sangrienta, Eterno galardon busea en el cielo. Fija la vista en él, y abroquelado Con Dios y su conciencia, Opone al crimen firme resistencia.

Triunfas, ¡oh religion! De tu victoria Irritados los genios infernales, Preparan las serpientes y puñales Para manchar tu refulgente gloria. Núblase el aire ya, retiembla el suelo, Y del orco agitado Lánzase al mundo el Fanatismo armado.

Cubre su horror con tu brillante velo; Brama, blande el puñal con faz umbría, Y el humo negro de la hoguera impía La pura luz oscureció del cielo. Víctima suya, el hombre, te maldice, Y con grito blasfemo Feroz insulta al Hacedor Supremo.

Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores! Descubre al universo tus arcanos, Y de tus sacerdotes inhumanos Los crímenes revela, y los furores. ¡Cuántas víctimas! ay! atormentadas En tu infernal abismo, Apelaban á Dios del Fanatismo!

¡Divina religion! Tú que veias Al insolente monstruo dominando, Y en tu nombre á la tierra devorando, En el seno de Dios tierna gemias. El te escuchó. Retumbará la esfera Con su decreto eterno Y el Fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna, Como despues del huracan violento, En el atormentado firmamento Con mas cándida faz brilla la luna; Y el mundo te verá desengañado Dictar con dulce tono Leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio Del odio y la fanática venganza, Se abrirá el corazon á la esperanza, Y adorará tu celestial imperio, Que ha de sobrevivir cuando se aduerma El tiempo fatigado En escombros del mundo aniquilado.

José Maria Heredia.

SALMO XIII.

Domini est terra.

David en este salmo describe el carácter de los predestinados, y celebra la entrada triunfante del Arca del Señor en el Tabernáculo, que figuraba la gloriosa Ascension de nuestro Señor Jesucristo á los cielos.

Del Señor es la tierra, Y todo lo que en ella se contiene; Su vasta redondez, cuanto ella encierra; Y todos los vivientes que en sí tiene.

Porque la crió de nada; Sobre mares y rios le dió asiento, Para que de aguas sin cesar bañada Diese á sus moradores alimento.

¿ Y quién al monte santo Del Señor subirá para alabarle? ¿ Quién en el valle de miseria y llanto Podrá ante su Santuario contemplarle?

Aquel que es inocente En sus obras y afectos: cuya vida Dedicada á servirle santamente, No le fué sin provecho concedida:

Que nunca falso jura, Ni á su prójimo engaña con malicia, Y sus palabras conformar procura A la eterna verdad y la justicia.

Al que en esto es constante, Bendicirá el Señor; será regido Por Dios su Salvador, y en todo instante Por su misericordia protegido,

Así al justo consuela, Que le busca por fe en las criaturas, Y cuyo amante corazon anhela Ver al Dios de Jacob en las alturas.

¡Príncipes celestiales! Abrid las puertas y entonad victoria: Levantáos, ¡o puertas eternales! Pues viene el Rey á entrar en su alta gloria.

¿ Quién es, decís pasmados, Este rey de la gloria? santo y fuerte Señor, que combatiendo, derribados Ha dejado al infierno y á la muerte.

De vuestra corte el velo ¡O príncipes, alzad! sagradas puertas, Abríos, para que entre el Rey del cielo, Por cuyo triunfo quedaréis abiertas.

¿Quién es el Rey laudable Que entra triunfante en la celeste esfera? El Dios en las batallas formidable; El Rey que en todo el universo impera.

Dr. D. José Manuel Valdes.

A LA VÍRGEN.

Vos entre mil escogida De luceros coronada, Vos de escollos preservada En los mares de la vida: Vos radiante de hermosura, ¡Vírgen pura! De toda virtud modelo, Flor trasplantada del suelo Para brillar en la altura.

Vos la sola sin mancilla
De Adan en la prole insana,
A cuya voz soberana
Dobla el ángel la rodilla:
Que vencisteis el delito,
Y al precito
Quérub quebrasteis la frente;
Vos cuyo nombre potente
Es en los cielos bendito.

Vos que ocupais regio asiento En Sion hermosa y santa, Y teneis á vuestra planta Por alfombra el firmamento: Vos que mirais, ¡vírgen pura! La amargura De esta mujer solitaria, ¡Ay! escuchad su plegaria, Desde el trono de la altura.

En tempestuoso oceáno
Mi bajel navega incierto,
Sin que un fanal en el puerto
Encienda piadosa mano:
Entre escollos gira roto
Sin piloto;
Y sin brájula ni vela
A merced deshecho vuela
Del vendabal ó del noto.

Vos en la noche sombría
Pura luz, celeste faro,
De los débiles amparo,
De los tristes alegría:
Ved mi vida abandonada,
¡Madre amada!
Mi juventud sin amores,
Débil planta á los rigores
De ardiente sol marchitada.

Campo estéril, seco arroyo Donde no juegan las brisas, Mi infancia no tiene risas Ni mi vejez tendrá apoyo. Noche triste cual ninguna Y sin luna Fué la noche desgraciada Que fuera al mundo lanzada...; La orfandad meció mi cuna!

¡En torno miro!.... no existe
Ni patria, ni hogar querido,
¡Soy el pájaro sin nido!
¡Soy sin olmo yedra triste!
Cada sosten de mi vida,
Desvalida,
Fué por el rayo tronchado,
Y débil caña he quedado
De aquilones combatida.

Estranjera en este mundo No comprendo su alegría, Ni él penetra, madre mia, En este abismo profundo: Este abismo de dolores Que con flores Disfraza tal vez la suerte; ¡Volcan que encierra la muerte Coronado de verdores!

Seres hay en este suelo
Enigmas ¡ay! de amargura,
Ni el cielo les da ventura,
Ni el mundo les da consuelo.
Van por ignotos caminos
Peregrinos,
Solitarios y sin nombres,

No les conocen los hombres Ni comprenden sus destinos.

¿ Qué quiere hacer, ¡oh María! De estas almas el Eterno?.... ¿ Es del cielo ó del infierno La mision que les confía? ¿ Para qué fueron lanzados ¡ Desgraciados! Al bello mundo estos seres, Entre risas y placeres A padecer destinados?...

Yo los misterios venero Que comprender no consigo, Y á vos, ¡oh vírgen! os digo, «¡Madre! yo ruego y espero.» Se dice que el Señor vierte En el fuerte La amargura de su ira, Y con blandos ojos mira Al indefenso é inerte.

¡Ay! no soy soberbia encina Firme del cierzo á la saña, Sino humilde y frágil caña Que al menor soplo se inclina. Pase por el mundo ciego Con sosiego Mi solitaria existencia, Y de Jehovah la clemencia, Alcance mi ardiente ruego.

Del árbol de mi esperanza Secas las flores cayeron, Y cual humo leve huyeron Mis sueños de bienandanza: Despojados de ilusiones Corazones No ambicionan alegría, Solo os piden, vírgen pia, Paz, suspiros y oraciones.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

LA ORACION POR TODOS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I. .

Vé à rezar, hija mia. Ya es la hora De la conciencia y del pensar profundo: Cesó el trabajo afanador, y al mundo La sombra va à colgar su pabellon. Sacude el polvo el àrbol del camino, Al soplo de la noche; y en el suelto Manto de la sutil neblina envuelto, Se ve temblar el viejo torreon.

Mira! su ruedo de cambiante nácar El occidente mas y mas angosta; Y enciende sobre el cerro de la costa El astro de la tarde su fanal. Para la pobre cena aderezado Brilla el albergue rústico, y la tarda Vuelta del labrador la esposa aguarda Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apénas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del dia,
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento En la arboleda, el pájaro en el nido, Y la oveja en su trémulo balido, Y el arroyuelo en su correr fugaz. El dia es para el mal y sus afanes: Hé aqui la noche plácida y serena! El hombre tras la cuita y la faena Quiere descauso, y oracion, y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños Conversan con espíritus alados; Y los ojos al cielo levantados, Invocan de rodillas al Señor. Las manos juntas, y los piés desnudos, Fe en el pecho, alegría en el semblante, Con una misma voz, á un mismo instante, Al padre Universal piden amor.

Y luego dormirán, y en leda tropa Sobre su cama volarán ensueños, Ensueños de oro, diáfanos, risueños, Visiones que imitar no osó el pincel. Y ya sobre la tersa frente posan, Ya beben el aliento á las vermejas Bocas, como lo chupan las abejas A la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala Esconde su cabeza la avecilla, Tal la niñez en su oracion sencilla Adormece su mente virginal. ¡Oh dulce devocion, que reza y rie! ¡De natural piedad primer aviso! ¡Fragancia de la flor del paraíso! ¡Preludio del concierto celestial!

II.

Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella,
Por aquella que te dió el ser, y la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una alma celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acíbar y te dió la miel.

Ruega despues por mí. Mas que tu madre Lo necesito yo.... Sencilla, buena, Modesta como tú, sufre la pena, Y devora en silencio su dolor. A muchos compasion, á nadie envidia, La vi tener en mi fortuna escasa: Como sobre el cristal la sombra, pasa Sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos.... ni le sean A tí jamas.... los frívolos azares De la vana fortuna, los pesares Ceñudos que anticipa la vejez; De oculto oprobio el torcedor, la espina Que punza á la conciencia delincuente. La honda fiebre del alma, que la frente Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco, Conozco el mundo, y sé su alevosía; Y tal vez de mi boca oirás un dia Lo que valen las dichas que nos da. Y sabrás lo que guarda á los que rifan Riquezas y poder, la urna aleatoria, Y que tal vez la senda que á la gloria Guiar parece, á la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma, Y cada instante alguna culpa nueva Arrastra en la corriente que la lleva Con rápido descenso al ataúd. La tentacion seduce; el juicio engaña; En los zarzales del camino deja. Alguna cosa cada cual; la oveja Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé. hija mia, á rezar por mí, al cielo Pocas palabras dirigir te baste; "Piedad, Señor, al hombre que criaste Eres Grandeza; eres Bondad, perdon!»; Y Dios te oirá; que cual del ara santa Sube el humo á la cápula eminente, Sube del pecho cándido, inocente, Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin, á la luz pura Del sol, la planta; el cervatillo atado, A la libre montaña; el desterrado. Al caro suelo que le vió nacer. Y la abejilla en el frondoso valle, De los nuevos tomillos al aroma; Y la oracion en alas de paloma A la morada del supremo Ser.

Cuando por mí se eleva á Dios tu ruego, Soy como el fatigado peregrino, Que su carga á la orilla del camino Deposita y se sienta á respirar. Porque de tu plegaria el dulce canto Alivia el peso á mi existencia amarga, Y quita de mis hombros esta carga, Que me agovia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea, En esta noche de pavor, el vuelo De un ángel compasivo, que del cielo Traiga á mis ojos la perdida luz. Y pura finalmente, como el mármol Que se lava en el templo cada dia, Arda en sagrado fuego el alma mia, Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos, Los que contigo crecieron. Y un mismo seno esprimieron, Y un mismo techo abrigó. Ni por los que te amen solo El favor del cielo implores: Por justos y pecadores Cristo en la Cruz espiró.

Ruego por el orgulloso Que ufano se pavonea, Y en su dorada librea Funda insensata altivez. Y por el mendigo humilde Que sufre el ceño mezquino De los que beben el vino Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios Sumido en profundo cieno, Hace ahullar el canto obsceno De nocturno bacanal. Y por la velada virgen Que en su solitario lecho Con la mano hiriendo el pecho, Reza el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas, En cuyo pecho no vibra Una simpática fibra Al pesar y á la afliccion. Que no da sustento al hombre Ni á la desnudez vestido, Ni da la mano al caido, Ni da á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza Su puñal de sangre rojo, Buscando el rico despojo, O la venganza cruel. Y por el que en vil libelo Destroza una fama pura, Y en la aleve mordedura Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso La mar, de peligros llena; Por el que arrastra cadena, Y por su duro señor. Por la razon que leyendo En el gran libro, vigila; Por la razon que vacila; Por la que abraza el error.

Acuérdate en fin de todos Los que penan y trabajan; Y de todos los que viajan Por esta vida mortal. Acuérdate aun del malvado Que à Dios blasfemando irrita. La oracion es infinita: Nada agota su caudal.

IV.

Hija, reza tambien por los que cubre La soporosa piedra de la tumba, Profunda sima adonde se derrumba La turba de los hombres mil á mil: Abismo en que se mezcla polvo á polvo, Y pueblo á pueblo; cual se ve á la hoja De que al añoso bosque abril despoja, Mezclar las suyas otro y otro abril.

Arrodílla, arrodíllate en la tierra Donde segada en flor yace mi Lola, Coronada de angélica aureola; Do helado duerme cuanto fué mortal; Donde cautivas almas piden preces Que las restauren á su ser primero, Y purguen las reliquias del grosero Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonríes, Y cien apariciones peregrinas, Sacuden retozando tus cortinas; Travieso enjambre, alegre, volador. Y otra vez á la luz abres los ojos, Al mismo tiempo que la aurora hermosa Abre tambien sus párpados de rosa, Y da á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas!.... si supieras Qué sueño duermen:... su almohada es fria: Duro su lecho; angélica harmonía No regocija nunca su prision. No es reposo el sopor que las abruma; Para su noche no hay albor temprano; Y la conciencia, velador gusano, Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo, Hará que gozen pasajero alivio, Y que de luz celeste un rayo tibio Logre á su oscura estancia penetrar. Que el atormentador remordimiento Una tregua á sus víctimas conceda, Y del aire, el agua, y la arboleda, Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto La sombra ves, que de los cielos baja, La nieve que las cumbres amortaja, Y del ocaso el tinte carmesí; ¿En las quejas del aura y de la fuente No te parece que una voz retiña, Una doliente voz que dice: «niña, Cuando tu rezes, rezerás por mí?»

Es la voz de las almas. A los muertos Que oraciones alcanzan, no escarnece El revelado arcángel, y florece Sobre su tumba perennal tapiz. Mas ay! A los que yacen olvidados Cubre perpetuo horror, hierbas estrañas Ciegan su sepultura; á sus entrañas Arbol funesto enreda la raíz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia) Huésped seré de la morada oscura, Y el ruego invocaré de un alma pura, Que á mi largo penar consuelo dé. Y dulce entónces me será que vengas Y para mí la eterna paz implores, Y en la desnuda losa esparzas plores, Simple tributo de amorosa fe.

¿ Perdonarás á mi enemiga estrella Si disipadas fueron una á una Las que mecieren tu mullida cuna Esperanzas de alegre porvenir? Sí, le perdonarás; y mi memoria Te arrancará una lágrima, un suspiro Que llegue hasta mi lóbrego retiro Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRES BELLO.

RUEGO.

Inclina aurem tuam ad precem meam.
Ps. 87.

En tí, Señor, confío,
A tí, mi Dios, me entrego;
Mi humilde y triste ruego
Implora tu piedad;
No mires con desvío
Mi llanto y amargura,
Que aunque mi alma está impura
No abriga la impiedad,

Mi espíritu se humilla A tu divina planta, Y su dolor levanta Esperanzado á tí. Acoge la sencilla Plegaria que te envía, Señor, y tu faz pia Vuelve un instante á mí.

Henchido de pasiones
Mi corazon demente,
Se abandonó al torrente
Del mundo seductor,
Mas ya, sus ilusiones
Falaces desdeñando,
Se vuelve á tí implorando
Consuelo en su dolor.

Si algun tiempo embriagado De deleites mundanos Los tuyos soberanos Insensato olvidé, Perdona á un descarriado, Que buscando hoy ansioso Tu bálsamo precioso Va en alas de la fe.

Soy pecador ndigno; Pero mi alma sincera Arrepentida espera En tu inmensa bondad; Contempla, pues, benigno Señor, y no indignado, A quien atribulado Se acoge á tu piedad.

De dolor consumido,
De angustias y dolencia
Tu divina asistencia
Necesito, Señor;
Levanta mi abatido
Corazon, vuelve á mi alma,
Vuelve la dulce calma
Que le roba el dolor.

Atiende á tu criatura Que mísera fenece, Sus penas adormece, Escucha su clamor: Pues en mar de amargura Se anega mi existencia, Mírame con clemencia Aunque soy pecador.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

TRADUCCION DEL SALMO: SUPER FLUMINA BABYLONIS...

Sentados en la márgen Del babilonio rio, Allí, Sion, tu nombre Recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras harpas Y címbalos festivos, Tristes ya y destemplados De los frondosos sauces suspendimos.

Pues los que á servidumbre Nos llevaron vencidos, Por escarnio intentaron Oir nuestras canciones allí mismo.

Y los que nos trajeron A la ignominia uncidos, Entonad, nos decian, De Sion los cantares y los himnos.

¿Cómo cantar podremos Y profanar impíos Del Señor los cantares En tierra ajena y en ajenos grillos?

No, Sion; y primero
Que así te dé al olvido,
Y en tu ignominia cante,
Me olvide de mi diestra y de mi mismo.

Yerta mi lengua y fija Al paladar indigno, Si de tí me olvidare, Pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere, O. si indolente y tibio, Jerusalen no fuese De mi alegría origen y designio, Tu ira, Señor, se acuerde De los infandos hijos De Eden cuando disfrute Jerusalen su dia apetecido.

Ellos son los que dicen Sedientes de esterminio: Hasta los fundamentos Asolad, asolad los edificios!

Hija desventurada
Del pueblo aborrecido,
Feliz quien te dé el pago
Del tratamiento vil, que te debimos.

¡Oh, bien aventurado Quien goce vengativo Levantar con sus manos Y en la piedra estrellar tus parvulillos!

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

LA ORACION.

TRADUCCION DEL INGLES DE LA SRA. HEMANS.

Pregar, pregar, pregar, Ch'altro ponno i mortali al' pianger nati.
ALFIERI.

Niño, que entre flores juegas, Cuando el bello sol declina; Tierna madre que en silencio Con afan de todo cuidas; Y tú, padre laborioso, Que al descanso te retiras, Orad ántes que la angustia Emponzoñe vuestras vidas; Elevad los corazones Y doblad vuestras rodillas.

Peregrino en tierra estraña, Léjos ¡ay! de tu familia; Tú que oir la voz creyeras De ente amado ya no en vida; Prisionero cuya estancia Claro sol nunca ilumina; Navegante que combates De un airado mar las iras; Elevad los corazones Y doblad vuestras rodillas!

Vencedor en lid cruenta
Que á la paz tornas amiga;
Tú, mujer, que entre los muertos
Gimes de afliccion movida;
Tú mortal desventurado;
Tú á quien colman las delicias,
Pues á todo aquel orbe
Su esplendor á par envía;
Elevad los corazones,
Y doblad vuestras rodillas.

JOAQUIN M. DE CASTILLO Y LANZAS.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

POEMA EUCARISTICO.

Dividido en tres cantos.

INTRODUCCION.

Léjos, léjos de mí, versos profanos, Y con sagrada lira Cantemos al Señor que nos inspira Asuntos soberanos: Léjos de mí los versos que son vanos.

Como aquel que despierta alborozado Despues de haber soñado Mil quimeras preciosas, Pero que como sombra su alegría Desparece, mirando que estas cosas Fueron engaños de su fantasía: Así pienso el que estoy: un gran vacío Hallo en el pecho mio, Despues de que canté tantos amores De inocentes zagalas y pastores.

Mas ya que la verdad con presto vuelo De la mansion lumbrosa Baja, y disipa como luz del cielo La apariencia engañosa Que tuvieron por fútiles mis versos, Otros caminos seguiré diversos, Y elevaré mis tonos entre tanto Que alabo la divina providencia Del numen sacrosanto.

¡Oh si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entónces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiria
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

¡Oh, abrásame, mi Dios! déme tu aliento, Que no tiene la pobre musa mia Para tanto argumento, Ni discurso, ni gracia, ni ornamento. ¡Oh si todo lo hubiese de tu mano! Dáme, Señor, tu aliento soberano, Y mi agradecimiento, y mis amores, Saliendo del letargo mas profundo, Cantarán tus favores, Y estenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

Cuando con alas de inmortal deseo Vuelo hácia todos lados, Subo y bajo los cielos elevados, Y tantos seres veo En su órden respectivo colocados: Como la luz me guia De la alma religion, nunca pudiera Preguntarles dudosa el alma mia, ¿Cuál es el númen misericordioso Que desde su alta esfera Cuida de tantos seres amoroso?

Alza, mortal, los ojos: vé y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.

Rie el alba en los cielos, avisando Que viene el claro dia, Y luego asoma el sol resplandeciente: A cuyo fuego blando Restaura su alegría Y su vital color todo viviente. Solo Dios pudo ser tan providente: Su infatigable empeño Aun en lo mas pequeño Se muestra cuidadoso: Porque ¿quién sino el Todopoderoso Dice á las aves, al dejar sus nidos, Que vuelven en bandadas A los anchos y fértiles ejidos, Para volver cargadas A socorrer sus míseros hijuelos, Que al padre de los cielos En flébiles piadas Le piden el sustento? Solo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun á mas se estiende su cuidado, Viendo por lo que está mas retirado: Porque ¿ quién sino el mismo pule y viste En el valle mas hondo y apartado De tan bello color, al lirio triste? Solo Dios, el Señor de cuanto existe: Y su mano ahora Hace que salga por el alto cielo La rutilante aurora, Para alegrar la habitacion del suelo; Despues hará á la noche que descienda Sobre nuestra morada, Y del sueño tranquilo acompañada, Hará benigno que sus alas tienda.

Entónces, cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido....
Pero el Señor no duerme,...cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿ Quién sino Dios entónces, al rugido
Del formidable leon que en la espesura
Estremece los montes levantados,
Quién sino Dios sus manos estendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entónces de su cueva oscura?

Tales son del Eterno los cuidados: Al fin es su criatura, Ella, cual todas, su favor espera, Pues solo Dios pudiera Mantener providente cuantas cosas Salieron de sus manos poderosas.

Sí, Señor, solo tú: desde el brillante Alcázar de diamante Que elevaste en el alto firmamento, Sobre todos los seres vigilante, Y poniendo en seguro movimiento Las orbes celestiales, Sí, Señor, desde allá, segun el modo Que á penas se trasluce á los mortales, Todo lo miras, y lo arreglas todo. ¡Todo!....sí, pues no fuera consiguiente Que siendo tú el autor de lo criado, Otro fuera encargado De ser en cosa alguna providente, Todo lo riges acertadamente; Sin que lleve Eolo El carro de los vientos, ni Neptuno El cerúleo tridente: Porque tu cetro solo, Tu cetro de esplendor y no otro alguno, Sobre el vasto universo representa El gobierno de Dios que lo sustenta.

Mas ¿qué genio divino, Como á recios impulsos, me ha obligado A subir sobre el cielo cristalino? Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja, y canta al Señor que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO.

Al modo que los hábiles pintores En ingeniosos cuadros aplicando Oportunos colores, Nos van representando Los aspectos que el año va mudando; Y como en cuatro imágenes procura, De admirable y feliz correspondencia Con la madre natura, Instruirnos la pintura, Hasta hacernos tocar con evidencia Los favores de la alta Providencia: Así tambien ufano vo querria Que en sus versos lo hiciera La alegre musa mia. Oh tu sabio Barquera! Dirígela entre tanto, Dirígela; te ruego, miéntras canto La dulce primavera.

¡Cuán bella se nos muestra por el llano, Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al jóven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo...,
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la divina providencia.

Sigue el año su curso presuroso, Y en tanto que los cielos van rodando Sobre sus firmes ejes, va tornando El sol por su camino luminoso. Asoma luego el caluroso estío, Y las espigas de los campos dora, Que hizo brotar la mano agricultora Entre la escarcha del infierno frio. Arden los valles; pero el ancho rio, Los bosques y las auras matinales Restauran el vigor de los mortales: Cuando por otra parte los despojos De la alegre y fecunda sementera Ofrecen mil contentos á los ojos: La rubia mies preséntase en manojos Sobre los altos carros: la galera En su anchuroso seno la atesora: Prepárase la era: Y la hambre asoladora, Que hace á las gentes formidable guerra, Como asustada sale de la tierra. Resuena en las cabañas la alegría De la gente del campo bienhadada, Y la sombra de Céres disipada, El canto sube á la region del dia.

Pero el Señor se escucha, y con violencia Convoca á su presencia Mil espesos nublados Que de agua y refrigerio van cargados: Su seña aguardan, y en el mismo instante Que responde á su voz el firmamento. La máquina del mundo vacilante Se pone en movimiento: Sopla agitado el viento; El polo cruje; el éter se ilumina; La catarata se abre repentina, Y baja por el aire estrepitosa En torrentes la lluvia cristalina, Cruza la tempestad y la frescura Que deja por la tierra calurosa, Fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena Su abundancia nos brinda ya madura De frutas tantas con que Dios la llena! Este es el tiempo en que el cantor famoso

De la otoñal riqueza nos mostraba Las matutinas horas, y ardoroso Con su citara dulce las cantaba En la cuna del alba amaneciente: Al punto que asomaba Vertuno con sus ninfas ofreciendo A los hombres sus huertos en bonanza. Sí, Canazul feliz, hijo de Apolo, Tú les cantaste con tu dulce afluencia; Tuya fué para Dios esta alabanza: Ahora que veas que só el alto polo, Al parecer, su sábia providencia, Para igualar las noches y los dias, Pese las horas en que tú decias, Mostrando de tu númen un destello: «Mira cuál brilla en el oriente bello «La rozagante aurora.» Vuelve á templar tu cítara sonora, Y que repita ufana Del rico otoño la oriental mañana. Repítala, mirando la franqueza Del año dadivoso, Y allá como en encanto primoroso De su genial destreza, Recorra el velo al cuadro milagroso De la alegre y feraz naturaleza.

Mas jay! que á nuestros ojos Otra escena se va representando, Y la dura inclemencia y los enojos Del cielo me parece estar mirando, Cuando el orbe de aspecto va mudando. Como un sueño ligero Desparecen los gustos Y regalos del tiempo lisonjero. Ya tornan los disgustos Y con ellos al alma su tormento. Los recios golpes siento Del robusto aquilon que se desata, Y la abundancia y todo el ornamento De la estacion fructifera arrebata. ¿Qué nuevo, qué terrible poderío Triunfa del año, y su verdor maltrata? Este es el tiempo del invierno frio.

Pero sin él ¿qué fuera Del orbe terrenal? La primavera,

Para hacerlo dichoso bastaria Que de vistosas flores lo cubriera? El ardor estival feliz lo haria, Cuando tan solamente sazonara La mies que le prepara El labrador robusto? ¿Y qué, si no pasara El luminar mayor á mas altura? ¿El otoño á su mesa presentara Sus dones de mas gusto, Que próvido ha sacado De las entrañas de la tierra dura? Y ¿á qué el invierno, pues, llega cargado De la escarcha y el hielo? ¿ Qué beneficios trajo á nuestro suelo Su brazo fuerte de rigor armado? Cual obra en el enfermo y estenuado Tornándolo á su vida y fortaleza, La virtud de Esculapio milagroso, Así obra en la comun naturaleza La fuerza del invierno riguroso; Miéntras que el delirante Filósofo atribuye á desconcierto Del mundo maquinal, lo que es concierto De la ley del Señor siempre constante; Aunque aparente elemental desórden. Y á quién tanta armonía, Tanto primor, tanto órden, Y tanta divinal sabiduría? Todas son de la suma providencia Altas disposiciones, Que á fin de conservar nuestra existencia Arregló las anuales estaciones. Nuestra existencia ha sido su cuidado: Oh! dílo, musa, en plectro concertado.

CANTO TERCERO.

Ahora mas que nunca yo quisiera Que felice tuviera Mi musa el arpa de oro, El arpa misma y cántico sonoro Del genio deificado Que só el trono de Israel colocado Despertó á la natura, y á su influencia La hizo cantar la suma providencia. Cantáronla los hombres, y estendieron El nombre del Señor de las alturas Y todas las criaturas, A todos al momento se movieron. Cantáronla.... los páramos sombríos La cantaron, y montes, y collados, Y piélagos, y rios, Y overonse mil cantos redoblados: En tanto que la bóveda del cielo Con festival estruendo respondia Al general aplauso con que el suelo A su gran bienhechor reconocia. Entónces, ¿cuál seria Mi gozo? Yo esclamara, Despues de contemplar atentamente La luna, las estrellas, El mar, la tierra, el aire, y cuantas cosas Son á la vista mas maravillosas: Pero que todas ellas A las plantas del hombre se postraron, Y á su arbitrio y su ley se sujetaron: Entónces, sí, esclamara: Dios benigno! (El pecho lleno de palabras santas) ¿ Porque de tus favores me haces digno Sobre criaturas tantas? Poco ménos que un ángel te he debido Segun las excelencias que me has dado; Sacásteme á tu esencia parecido, Y de gloria y de honor me has coronado: ¿Cuál será despues de esto tu cuidado?

Gracias te sean dadas
¡Oh padre de los hombres bondadoso!
Y tu nombre celebren amoroso
Las gentes por la tierra esparramadas.
¡Oh; acaba de salir del seno oscuro
En que ciego te tiene la ignorancia,
Discipulo insensato de Epicuro;
Y en la acorde y eterna consonancia
De la naturaleza,
Encontrarás motivos poderosos
De amor y de fineza,
Con que la providencia
Destruye tus sofismas engañosos:

¿ Qué motivo mayor que tu existencia? Así exclamara contra el grito horrendo De la carne orgullosa, que murmura Del númen que en sí propia está sintiendo, y que ve en todas partes, á manera Que por el velo de una nube oscura Vemos del claro sol la antorcha pura.

¡Qué! ¿porqué no nos pone en alta esfera, Cual só el trono argentado de la luna, La ambicion altanera, Se ha de pensar que ciega la fortuna Nos lleva tropezando por el suelo, Cuando estamos mirando en tierra y cielo La sábia providencia que gobierna Todo; conforme con su ley eterna?

¡Mil veces venturoso, amigo Fabio, El verdadero sabio, Que, como tú, contempla su existencia Un milagro de la alta providencia: Y conforme en su estado, Juiciosamente advierte Que lo lleva la suerte Por los rumbos que Dios le ha señalado! Sí, Fabio: pues ¿qué importa que el destino Nos cargue de miserias y de males, Como dura pension de los mortales? ¿ Qué importa que el camino De nuestra vida esté lleno de abrojos, Si termina en las puertas eternales De la patria? Es verdad: yo estoy mirando Delante de mis ojos El camino derecho de la gloria....

Cuando acá en sus recuerdos la memoria Me va representando
Tantos peligros de mi triste historia:
Y miro entónces mismo
Que una deidad me libra protectora
Tantas veces de dar en el abismo:
¿Qué te podré decir? ¿Qué podré hacerte,
¡Oh amable providencia bienhechora!
Que tantas ocasiones me has librado
Del hambre, de la sed, de la dolencia...
De mil ministros de la cruda muerte?
¡Un milagro es mi vida!

¡Milagro de la suma providencia, Que me lleva por senda conocida A la ciudad de eterna refulgencia!

Vos cantadla por mí, cielo estrellado, Y tierra florecida: Alabad al Señor de las alturas, Porque tiene cuidado De todas sus criaturas: Y alabémosle todos los mortales, Repitiéndole gracias eternales.

FR. MANUEL NAVARRETE.

SALMO XVIII.

Coeli enarrant.

El profeta celebra en este salmo la gloria de Dios, contemplando las obras admirables de la naturaleza; y hace un elogio de la ley divina. Las prerogativas que se atribuyen aquú á la ley, solo se verifican perfectamente en el evangelio.

Con clara voz publican
Los cielos la escelencia
De la gloria de Dios; su omnipotencia
Las obras de sus manos testifican;
Y el claro firmamento
Las declara en armónico concento.

Cada dia al que sigue
Anuncia su grandeza:
Sus encomios tambien la noche espresa:
La que sucede el cántico prosigue;
Y este himno permanente
En todo idioma se oye claramente.

Su armonioso sonido En la tierra percibe Hasta el salvaje que en su estremo vive; Y solo el temerario, que su oido Cierra á este lenguaje, Le niega al Hacedor el homenaje, Su trono majestuoso,
De clara luz formado,
Parece que en el sol ha colocado:
Pues cual sale del tálamo el esposo,
Así es la bizarría
Del astro refulgente que hace el dia.

Con pasos de gigante
Emprende su carrera,
Desde un estremo al otro de la esfera:
La repite gozoso en el instante;
Y al mundo vivifica
Con la luz y calor que comunica.

Sin mácula y hermosa
Mas que el sol la ley santa,
Al sumo bien las ánimas levanta;
Y en sus promesas fiel y generosa,
Hace á los pequeñuelos
Que aquí gusten la ciencia de los cielos.

Sus mandatos son rectos;
Dirige las acciones;
Alegra los devotos corazones,
Escitando dulcísimos afectos;
Y es su luz tan activa,
Que á la razon ilustra y la cautiva.

Inspira el temor santo
Que al alma fortalece,
Y que en el justo siempre permanece.
Es muy veraz; no admite algun quebranto;
Y en el premio ó castigo,
Su justificacion está consigo.

Aquesta ley divina,
Mas que el oro es amable
Y las piedras preciosas; porque estable
Es la felicidad á que encamina,
Y porque mas dulzura
Que la miel tiene para el alma pura.

Tu siervo, ¡o Dios! la observa, Y tal deleite gusta, Que todo fuera de ella le disgusta: Y al que esta santa caridad conserva, Le tienes preparada Copiosa recompensa en tu morada. Mas ¡ay! ¿quién tener puede ¡O Señor! sin tu lumbre, De todos sus delitos certidumbre? Haz que de los ocultos libre quede: Y tu perdon imploro De los ajenos que contrito lloro.

Mírame, pues, propicio;
Tu indignacion se acabe;
Tu santa gracia mis pecados lave,
Y echa de mí al orgullo, al grande vicio,
Que á ninguno perdona,
Porque á todos los hombres inficiona.

Entónces mis loores
Serán á tu oido aceptos:
Rumiaré en tu presencia los preceptos,
Con grato corazon á tus favores;
Y por ninguno motivo
Me apartaré jamas de tu atractivo.

Así, Señor, lo espero,
Porque ya con tu ayuda,
De falsos bienes mi alma está desnuda,
Y solo quiere amar al verdadero.
A tí se dé la gloria,
Pues tuya, o Redentor, es mi victoria.

DR. D. JOSÉ MANUEL VALDES.

SALMO VIII.

Domine Deus noster.

El Salmista celebra la grandeza de Dios, y las prerogativas naturales concedidas al hombre.

¡O Dios y Señor nuestro! Qué escelso y admirable En la tierra es tu nombre, Pues su gloria reluce en todas partes.

¡Qué mucho si en los ciclos Tu grandeza no cabe, Y tanto los escede, Que no pueden contigo compararse.

A párvulos sencillos Inspiras que te alaben: Y de este modo humillas A los que no te rinden homenaje.

Pero yo cuando miro Esos cielos tan grandes, Que formaron tus dedos, A la luna y estrellas rutilantes:

¿Qué es el hombre, te digo, Que recuerdo de él haces? ¿Qué es el hijo del hombre, Para que tú te dignes visitarle?

A los ángeles santos Poco inferior le criaste; Mas tú le glorificas Para que á todos los vivientes mande.

Para que como á dueño Le sirvan y le acaten Las abejas, los bueyes, Y cuantos brutos en el campo pacen.

Los pájaros veloces, Que atraviesan los aires: Y hasta los mismos peces, Que surcan los senderos de los mares.

¡Oh Dios y Señor nuestro! ¡Qué escelso y adminable En la tierra es tu nombre, Pues su gloria reluce en todas partes.

DR. D. JOSÉ MANUEL VALDES.

Artes annales - 1 - 1

II.

NATURALEZA.



HIMNO AL SOL, EN EL OCEANO.

En los yermos del mar, donde habitas, Alza ¡oh musa! tu voz elocuente: Lo infinito circunda tu frente, Lo infinito sostiene tus piés. Ven: al bronco rugío de las ondas Une acento tan bello y sublime, Que mi pecho entibiado reanime, Y mi frente reanime otra vez.

Las estrellas en torno se apagan. Se colora de rosa el Oriente. Y la sombra se acoge á Occidente Y á las nubes lejanas del Sur: Y del Este en el vago horizonte, Que confuso mostrábase y denso, Se alza pórtico espléndido, inmenso De oro, púrpura, fuego y azul.

Vedle ya.... Cual gigante imperioso, Alza el sol su cabeza encendida.... ¡Salve, padre de luz y de vida, Centro eterno de fuerza y calor! ¡Cómo lucen las olas serenas De tu ardiente fulgor inundadas! ¡Cuál sonriendo las velas doradas Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego Poderoso renueva este mundo: Aun del mar el abismo profundo Mueve, agita, serena tu ardor. Al brillar la feliz primavera Dulce vida recobran los pechos, Y en dichosa ternura deshechos Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego De verdura las viste y de flores, Y sus brisas y blandos olores Feudo son á tu noble poder. Aun el mar te obedece, sus campos Abandona huracan inclemente, Cuando en ellos reluce tu frente, Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas Que saludan tu brillo primero, Y en la tarde tu rayo postrero Las corona de bello fulgor. Tuyas son las cavernas profundas, De la tierra insondable tesoro, Y en su seno el diamante y el oro Reconcentra tu pálido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio, Y al poeta tus rayos animan; Su entusiasmo celeste subliman, Y le ciñen eterno laurel.
Cuando el éter dominas, y al mundo Con calor vivificas intenso, Que á mi seno desciendes, yo pienso, Y alto númen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros De tu luz en las alas envía Al autor de tu vida y la mia, Al señor de los cielos y el mar. Calma eterna do quiera respira, Y velado en tu fuego le adoro: Si yo mismo, mezquino! me ignoro, ¿Cómo puedo su esencia esplicar?

A su inmensa grandeza me humillo, Sé que vivo, que reina y me ama, Y su aliento divino me inflama De justicia y virtud en amor. Ah! si acaso pudieron un dia Vacilar de mi fe los cimientos, Fué al mirar sus altares sangrientos Circundados por crimen y error.

José Maria Heredia.

CREPUSCULO EN EL MAR.

Antes de espirar el dia Vi morir à mi esperanza. ZARATE.

Allá en el horizonte el rey del dia Su frente hunde radiosa, Y por el vasto espacio va flotando Su cabellera de oro luminosa.

De arreboles vistosos y cambiantes Se adorna el firmamento Que entre negros celajes se confunden En su brillante airoso movimiento.

Y poco á poco sus inmensas alas La noche va estendiendo, Y con manto de duelo los adornos, Y las galas del orbe va cubriendo.

Es la hora en que los tristes corazones Ven la imágen sombría De la esperanza que los sustentaba, Desvanecerse con la luz del dia.

Y la hora en que yo veo de mi vida La trama deshacerse, Y el porvenir glorioso que halaga, Como el cielo entre sombras esconderse.

En que yo digo adios á la esperanza Y á los gozos del mundo, Y con incierto paso y sin vigía Marcho por un desierto tremebundo.

En que contemplo mi fugaz aurora Sin lucir disiparse, Y las lozanas flores de mi vida Sin exhalar perfume deshojarse. En que á la vez mis bellas ilusiones Toman cuerpo, se abultan: Tocan la realidad, y desmayadas En crepúsculo negro se sepultan.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

LA NOCHE DE LUNA.

O sabio autor de tantas maravillas, Del universo augusto soberano! Qué dulce llanto inunda mis mejillas Al contemplar las obras de tu mano! Ah! de amor y de asombro conmovido, Mi corazon palpita enternecido.

Y la prision del cuerpo abandonando Mi espíritu ya libre, presuroso Por el inmenso espacio penetrando, Hasta los tronos del Señor glorioso Atónito y absorto se levanta, Y humilde besa la divina planta.

> Este solemne reposo Do yace naturaleza, ¡Qué tierra y pura tristeza Inspira á mi corazon!

Todo calla..... ¡ O poderoso Movedor de las estrellas! A tu voz salieron ellas Del cáos y confusion.

Bañando está con opio la noche á todo el mundo Que duerme sumergido en letargo profundo. ¿ A quién no habla ahora terrible la conciencia? ¿ Y quién ahora duda, gran Dios, de tu existencia? Por estas soledades, yo te oigo, yo te veo. Ven á escucharle y verle, ven, desgraciado ateo.

Este vasto silencio religioso, Estos callados montes lo aseguran, El ruiseñor lo entona melodioso, Plácidas esas aguas lo murmuran, Y el estruendo distante del torrente Es la voz del Señor omnipotente.

¿ Quién el órden mantiene, con que gira La reina de las noches por el ciclo? ¿ Ves aquella ciudad?....allí suspira La inocencia oprimida y sin consuelo. Sí, la tierra y el cielo y nuestro pecho, Todo nos habla del que todo lo ha hecho.

Apacible y majestuosa Marcha la luna plateada, Dejando en su luz bañada Del universo la faz.

Bañada en luz deliciosa, Que la turbacion del alma Destierra, y la dulce calma Le vuelve, y la dulce paz.

¡ De los hombres sensibles, salve deidad amable! ¡ Cuál conmueve mi pecho tu influjo favorable! Tu paz, tu luz suave y tu melancolía, Cuánto son preferibles al esplendor del dia! ¡ Salve, esposa del sol, que cuando está él ausente, Reinas sobre ese carro de plata refulgente.

Mas ¿ qué voz pavorosa se ha escuchado De la negra montaña en la espesura? Es el funesto buho que ha empezado Su triste canto lleno de amargura; El huye de tu vista, Luna hermosa, Y yo te busco, antorcha deliciosa.

Ya relucen tus rayos en manojos Que alternan con las sombras; ya en el llano Serenos estendiéndose á mis ojos, Forman un mar de luz, manso oceano, Cuyas olas inmóviles no altera Sino la leve sombra pasajera.

Modesta como la esposa Que me ha destinado el cielo, El embeleso y consuelo Eres de mi corazon. Y en tanto que silenciosa Vas pasando el firmamento, Yo me transporto al momento De la augusta creacion.

Adoren veinte pueblos al sol en el Oriente, Y el Inca poderoso; su falso descendiente, Edifíquele templos, preséntele oblaciones; Bella luna, tus templos son nuestros corazones; Ellos en el silencio y en el recogimiento De la virtud te ofrecen el puro sentimiento.

> Cuando de la opresion un inocente, Y del encono de la tiranía Huye, como si fuera delincuente, Solo guiado por tu luz sombría; Tu diriges sus tímidas pisadas Por mil sendas ocultas é ignoradas.

Tú del poeta dulce inspiradora, Tú eres del sabio amiga y confidente, Tú del pobre que gime bienhechora, Tú la esperanza de la esposa ausente; Aun el bárbaro déspota suspira Y siente un corazon cuando te mira.

A veces al marinero, Despues de negra tormenta, La luna se le presenta Con toda su claridad;

Se disipa el horror fiero, Cesa la desconfianza, Y renacen la esperanza, El gozo y serenidad.

Siempre, cándida luna, serás interesante, Ya sea que aparezcas despejada y brillante, Ya sea que te oculte la nube pasajera, Como á una hermosa jóven una gasa lijera; El velo trasparente cubre sus atractivos, Tanto mas agradables, cuando ménos activos.

> Pero, ¿ qué conmociones repentinas Padecen mis potencias agitadas, Al paso que las cumbres iluminas De esos montes de nubes condensadas? Ah! mirar me parece del Tolima El yelo eterno, la nevada cima!

¿ Cuándo disfrutaré de tu regazo, Cuándo, mi cara patria, podré verte? Soberbios Cotopaxi y Chimborazo; ¿ Cuándo permitirá mi adversa suerte Que os vuelva á contemplar? Ah! ¿ cuándo Podré veros, tranquilo, amenazando?

Vastos Andes, estoy viendo Vuestra inmensa cordillera, Y esa frente que altanera Va los cielos á tocar.

Y la voz estoy oyendo De sus hijos tumultuosos, Esos rios caudalosos Que compiten con el mar.

Mas ; ay! que ya aparece la bella precursora Del caloroso febo, ya la rosada Aurora, Y ya de la mañana el puro y fresco albor, Anuncian la venida del astro abrasador; Ah! la benigna luna, temiendo su presencia, A los mortales priva de su dulce influencia.

José Fernandez Madrid.

LA NOCHE.

Que le ciel rayonnant donne au monde la nuit.....
V. Hugo.

Hé aquí la apacible luna Que asoma tras de los Andes, Cual nunca bellos y grandes De la tiniebla al traves. Y en las ruinas solitarias De la ciudad silenciosa, Su pálida luz reposa Sobre un antiguo cipres.

A mis plantas con blando murmullo El Gualí mansamente resbala, Y á mis sienes ardidas regala De sus linfas el caro frescor. Y á la trémula luz de los astros, En las timidas alas del viento, Me parece que vaga el acento De un arcángel que canta al Señor.

A lo léjos en la orilla Volando de peña en peña, Fantástica se diseña Una negra confusion: Como el vago sentimiento De un grande dolor pasado, Que un no-sé-qué ha fecundado De pena en el corazon.

Un acento de pronto se escucha, Y á una lumbre que trémula brilla, Se oye el remo de frágil barquilla Que de un eco preside el compas. Y engolfada en airada corriente En las olas incierta divaga, Mas la lumbre de pronto se apaga, Y el acento no suena ya mas.

Un pensamiento de muerte Me da la opuesta ribera, A donde la Sombra impera, De un negro barranco al pié; Y cuando se alza la luna Y lo ilumina curiosa, Parece que allí reposa Alguna vida que fué.

A mi frente se eleva de un templo Silenciosa la pálida ruina, Que entre nubes la luna ilumina, Cual sudario de un resto mortal; Y al acento del buho solitario Me parece que vaga una sombra, Que otro mundo mas bello me nombra, De quien este es parodia infernal.

Del Gualí miro en los aires El lindo puente lanzado, Y á su traves, despeñado El Magdalena en tropel: Cual las férvidas pasiones De un alma jóven y fuerte, Hasta dormir de la muerte Bajo el sublime nivel.

A la luz de una esfera sin mancha Acarician las auras mis sienes, De otra vida adivino los bienes, Y me elevo hasta el trono de Dios, Y al mirar las miserias del mundo, Sus placeres, sus vanos enojos, Una lágrima asoma á mis ojos, Y á mi labio una mágica voz.

Y el aroma de la noche En su misterioso vuelo, Lleva en sus alas al cielo El himno de mi piedad Y un ángel de Dios querido Siento que llena mi alma, Y estasiado adoro en calma La sagrada eternidad.

De los cielos la bóveda inmensa, De las olas plateadas el ruido El silencio del mundo dormido Y del céfiro el blando gemir; Al incierto rumor de la yerba Que en las ruinas tan triste se mece; De la muerte la voz me parece Que en sus brazos me llama á dormir.

M. M. MADIEDO.

LA NOCHE.

Reina la noche: con silencio grave Girán los sueños en aire vano; Cándida, pura, el silencio llano Viste la luna de su luz suave. Hora de paz!.... Aquí do á nadie miro En esta cumbre alzado, Heme, Señor del mundo abándonado.

Cómo embelesa la quietud augusta De la natura, á la sensible alma Que oye su voz, y en deleitosa calma De esta mansion y su silencio gusta! Grato silencio, que interrumpe el rio Distante muridurando, O en las hojas el viento susurrando.

Ya de la noche con el fresco ambiente Gira en lánguidas alas el reposo, Que vela fiel bajo del cielo umbroso, Y huye la luz del sol resplandeciente. Invisible con él y misterioso En llano y montes yace El bello horror que contristando place

¡Cómo en el alma estática se imprime El delicioso y triste pensamiento! ¡Cómo el cuadro feliz que miro atento Es á par melancólico y sublime! Ah! su paz de la música prefiero Al eco poderoso Con que se anima el baile bullicioso.

Allí en salon soberbio, por do quiera Terso cristal duplica los semblantes: De oro yestida y perlas y diamantes Hermosura gentil danza lijera, Y con sus gracias y afectado hechizo De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.

Admirable es aquesto! Yo algun dia, De la simple niñez salido á penas, En los bailes magnificos y cenas De mi amor al objeto perseguia, Y atesoré con mágica ventura De la jóven amada Un suspiro fugaz, una mirada.

Mas ya por los pesares abatido, Y á languidez y enfermedad ligado, Muy mas me place pue salon dorado Este llano en la noche oscurecido; A la brillante danza prefiriendo El meditar tranquilo Bajo este cielo, en inocente asilo.

Ay! brillenme por siempre las estrellas En un cielo tan puro como ahora Y á la alta mano de mi ser autora Puédame yo elevar, viéndola en ellas. A tí, Dios de los cielos, en la noche Alzo en humilde canto La dolorosa voz de mi quebranto.

Te saludo tambien, amiga luna: Siempre tierno te amé, reina del cielo: Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo, En la adversa y la próspera fortuna. Tú sabes cuántas veces anhelando Gozar tu compañía, Maldije el brillo del ardiente dia.

Asentado tal vez á las orillas Del mar cuyo cristal te retrataba, En cavilar dulcísimo pasaba Las leves horas en que leda brillas; Y recordando mi nublada gloria, Miré tu faz serena Y en tierno llanto desahogué mi pena.

Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita, Herido ya de consuncion tirana, Y cual tú al esplendor de la mañana, Palidece mi rostro y se marchita. Cuando caiga por fin, inunde al ménos Esa luz calma y pura De tu amigo la humilde sepultura.

Mas ¡qué canto suavísimo resuena Del inmediato bosque en la espesura? Es tu voz, ruiseñor, que de ternura En dulce soledad mi pecho llena. Siempre te amé, porque debiste al cielo Genio triste y sombrio Tierno y agreste como el genio mio.

Perezca el que á tu nido te arrebata, Y porque gimas gusta de oprimirte; Por qué no viene como yo á seguirte Del bosque espeso entre la sombra grata? Salta libre y feliz de ramo en ramo En torno de tu nido, Que á nadie quiero esclavo ni oprimido.

Noche, antigua deidad, que el cáos profundo Produjo antes que al sol y al sol postrero Has de sobrevivir, cuando severo El brazo del Señor trastorne el mundo: Oyeme: tú serás miéntras me dure Este soplo de vida, Celebrada por mí, de mí querida.

Antes del primer tiempo, sepultada Del cáos en el vórtice yacias: Inspirada tal vez ya preveias A tu beldad la gloria destinada; Y ociosa, triste, en el sombroso velo Tu frente arrebozabas, Y en el futuro imperio meditabas.

A la voz del criador, del oceano Reina, saliste, el cetro levantando, De estrellas coronada, desplegando El manto rico por el éter vano; Y al mundo silencioso deleitaba En tu frente severa De la alma luna la argentada esfera.

Cuántas altas verdades he aprendido En tu solemne horror, sublime Diosa! En el silencio de la selva umbrosa; ¡Cuántas inspiraciones te he debido! En tí miro el Criador, y arrebatado De fervoroso anhelo, Pulso mi lira y me levanto al cielo.

Salve, gran Diosa! En tu apacible seno Déjame consolar y recrearme.
Tu bálsamo feliz puede aliviarme El triste pecho de dolores lleno.
Noche, de los poetas y almas tiernas Dulce, piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga.

José Maria Heredia.

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana Con su rostro apacible: el horizonte

Se baña de una luz resplandeciente, Que hace brillar la cara de los cielos, Huyen como azoradas las tinieblas A la parte contraria. Nuestro globo, Que estaba al parecer como suspenso Por la pesada mano de la noche, Sobre sus firmes ejes me parece Que le siento rodar. En un instante Se derrama el placer por todo el mundo, Agradable espectáculo! ¿Qué pecho No se siente agitado, si contempla La milagrosa luz del almo dia! Ya comienza á volar el aire fresco, Y á sus vitales soplos se restauran Todos los seres que hermosean la tierra, El ámbar de las flores ya se exhala Y suaviza la atmósfera: las plantas Reviven todas en el verde valle Con el jugo sutil que les discurre Por sus secretas delicadas venas. Alegre la feraz naturaleza Se levanta risueña y agradable: Parece cuando empieza su ejercicio, Que una mano invisible la despierta. Retumban los collados con los voces De las cantoras inocentes aves: Susurran las frondosas arboledas, Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco Pero alegre murmullo entre las piedras. ¡Qué horas tan saludables en el campo! Son estas de la luz madrugadora, Que los lánguidos miembros vigorizan, Y que malogran en mullidos lechos Los pálidos y entecos ciudadanos! Todo escita en el alma un placer vivo, Que con secreto impulso la levanta A grandes y sublimes pensamientos. Todo lleva el carácter estampado De su hacedor eterno. Allá á su modo Parecen alabar todos los entes La mano liberal que los produce. Todo se pone en pronto movimiento: Cada cual de los simples habitantes Comienza su ejercicio con el dia. Tras su manada de corderas blancas Leda la pastorcilla se entretiene, Tejiendo una guirnalda, que matiza

De várias flores para su a la frente. El vaquero gobierna su ganado, Que se dilata en el hermoso ejido, El labrador robusto se dispone Para el cultivo del terreno fértil. Voyme al sembrado que la providencia Con su invisible diestra me señala: Sufriré el sol ardiente; pero alegre Con los frutos sazones y abundantes Que los sulcos me dan que beneficio. Apagado el bochorno de la tarde, Me volveré á mi choza apetecible, Morada de la paz y de los gustos, Donde mi esposa dulce ya me espera Con sus brazos abiertos: mis hijitos, Despues de recibirme con mil fiestas, Penderán de mi cuello: ciertamente Que vendrá á ser entónces como el árbol De que cuelgan racimos los mas dulces. X he de trocar entónces mi cabaña, Aunque estrecha y humilde, por el grande Y soberbio palacio, donde brilla Como el sol en su esfera un señor rico. Pisando alfombras con relieves de oro? Nada ménos. Tampoco este instrumento, Este instrumento rústico y grosero, Bienhechor que me da lo necesario En todas las urgencias de mi vida, Por el cetro brillante que un monarca Empuña con su diestra poderosa. No cabe el gozo dentro de mi pecho; Ni de alabar me canso en la mañana Al padre universal de las criaturas, Que miro en esa luz madrugadora: Sin dejarlo de ver en las restantes Producciones tan grandes de su seno. Oh, cuántas! ¡cuáles son! ¡v qué admirables! Pero ninguna como el alba hermosa, Que parece que á todos le da vida, Enviándoles la luz de su semblante. Oh, risa de los cielos, y alegrías De estos campos felices! Precursora De los rayos del sol, yo te saludo. Las frescas sombras, las campiñas verdes, Las fuentes claras, los favonios blandos, Las aves dulces y las flores tiernas Te saludan tambien allá á su modo.

Su faz hermosa la naturaleza Sacar parece del sepulcro ahora: Todos sus entes cobran nueva vida A tu presencia dulce y agradable. Corren las fieras á sus cuevas hondas, Brincan las cabras, los corderos balan, Llaman las vacas á sus becerrillos, Mugen los toros, y responde el eco, Que sale de los montes retumbando. Los pastorcillos, y las zagalejas, Sonoros himnos cantan al eterno Autor que baña tu semblante hermoso De tan alegre luz por la mañana.

FR. MANUEL NAVABRETE.

AL COMETA DE 1825.

Planeta de terror, monstruo del cielo, Errante masa de perennes llamas Que iluminas é inflamas Los desiertos del éter en tu vuelo; ¿Qué universo lejano Al sistema solar hora te envía? ¿Te lanza del Señor la airada mano A·que destruyas en tu curso insano Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu orígen, astro pavoroso? El sabio laborioso
Para seguirte se fatiga en vano,
Y mas allá del invisible Urano,
Ve abismarse tu carro misterioso:
¿El influjo del sol allá te alcanza,
O una funesta rebelion te lanza
A ilimitada y férvida carrera?
Bandido inaquietable de la esfera,
Ningun sistema habitas,
Y ¿tan cerca del sol te precipitas
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado A su vasta atraccion ceder te ordene, Y entre Jove y Saturno te encadene, De tu brillante ropa despojado Mas si tu curso con furor completas, Y le hiere tu disco de diamante, Arrojaras triunfante Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira Tu faz el vulgo con asombro y miedo, Yo al contemplarte, ledo Elévome al Criador: mi mente admira Su alta grandeza, y tímida le adora. Y no tan solo ahora En mi alma dejas impresion profunda: Ya de la noche en el brillante velo, De mi niñez en los ardientes dias, A mi agitado mente parecias Un volcan en el cielo.

El angel silencioso Que hora inocente direccion te inspira, Se armará del Señor con la palabra Cuando del libro del destino se abra La página sangrienta de su ira. Entónces furibundo Chocarás con los astros, que lanzados Volarán de sus órbitas, hundidos En el éter profundo, Y escombros abrasados De mundos destruidos Llevarán el terror á otro sistema!... Tente, Musa, respeta el velo oscuro Con que de Dios la majestad suprema Envuelve la region de lo futuro: Tú, cometa fugaz, ardiente vuela, Y á millones de mundos ignorados Al Hacedor magnifico revela.

José Maria Heredia.

LAS NUBES.

Gloria á vosotros, vaporosos velos, Que flotais en la frente de los cielos, Como alientos perdidos Del que arrojó los astros encendidos.
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura,
Enseñando al traves de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,

Su labio de corales, Y en bellas espirales Su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos Del alma de mi Dios? Bendice al mundo Cuando de oro y de azul pintais la esfera Y derramais colores Ricos en fantasías y en amores Como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe Cuando á la frente cándida del alba Asomais con el tinte de la rosa, Cual el rubor al pálido semblante De vírgen candorosa Al primer beso de su tierno amante? ¿Al contemplar el mundo, Se acuerda de su bello paraíso, Y que el hombre infeliz cambiarlo quiso Por el que habita lodazal inmundo: Y por el hombre siente, Y se le anubla de pesar la frente Cuando quedais en la tranquila tarde Con esa luz fantástica, sombría, Entre el ser y el no ser del tibio dia?

¿Sois el iman entónces misterioso Que arrastra á meditar el pensamiento Y agita silencioso Dentro del corazon el sufrimiento? ¡Quién en vosotras, húmedos los ojos No clavó alguna vez, cuando del dia Va muriendo la luz, cual va muriendo Del alma con los años la alegría, Y la enlutada noche hasta el ocaso Llega, cual la vejez, paso tras paso!!

Decid, nubes, decid, ¿sois los reflejos
Del alma de mi Dios?... El rudo crímen
De la obcecada humanidad primera
Arrancó de sus labios soberanos
Tremenda maldicion. Cayó en la frente
De la obra de sus manos
El rayo de su voz omnipotente;
Y vosotras rodando por la esfera
Hidrópicos los senos,
Lanzasteis cual torrente furibundo,
Entre millon de truenos
Las aguas del diluvio sobre el mundo.

Cuarenta veces la inundada tierra En sus ejes rodó; y en todas ellas No iluminara el sol ni las estrellas Las sombras del airado firmamento, Y tan solo á vosotras en contino Y rápido volar negras mirara Lanzando en torbellino A su maldita frente Las ondas y las ondas del torrente. Cumplióse el fallo irrevocable y justo Del poderoso juez del universo, Y á su semblante, adusto Al castigar al crimen del perverso, Asomó el alegría, Y vosotras con ella Bañadas del color del claro dia, Al decir basta y levantar del arca El porvenir del mundo en el Patriarca.

Allí está con la réproba Sodoma
Su maldicion tambien. Allí vosotras
Al eco de su voz acudís luego,
Y en encendidas fuentes se desploma
De vuestro rojo seno un mar de fuego...
Y al volver el semblante
De la hirviente ceniza el ser divino,
En pos de su camino
Vais siguiendo su planta
A iluminar de Abraham la ciudad santa.

Allí exhala Jesus al postrimero Dolorido suspiro en el madero: Allí tambien ¡oh nubes misteriosas! Pálidas os contemplo y silenciosas Cubrir la luz del luminar del ciclo Y por el hombre-dios vestir de duclo. Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo Del alma de mi Dios? son sus enojos

Y el eco de su acento, Y el fuego de sus ojos Terribles centellando

Cuando en montes trepais al firmamento La recia y nuda tempestad rodando? Ese trueno es su voz? Esa serpiente De fugitiva luz, es la mirada Que lanza de repente Al volar su carroza de topacios Chispeando estrepitosa en los espacios?

Salud nubes, salud!... Si sois las bellas Luces de un rico y eternal espejo, Donde el Dios que conserva las estrellas De su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos estasiamos Cuando azulais los cielos, Bellas cual los primeros dulces años; Y tímidos temblamos Cuando os tornais encapotados velos Tristes como los tristes desengaños. Y en la tarde tranquila Por eso el corazon medita y flota En la mar de recuerdos dilatada, Y del cáliz del alma tibia gota Empaña la pupila, Fija en el horizonte la mirada Por vuestro iman fatídico arrastrada.

Ay! cuántas veces de la verde orilla Del rio cuyas ondas arrullaron Mis sueños al nacer, húmeda en llanto La pálida mejilla, Mis ojos en vosotros se clavaron!

Y no era aun infeliz! aun no la mente Desplegando la momia de la vida, Al corazon valiente Con su esquelete lívido asustara, Y el corazon volviendo La vista entristecida Sus lazos con el mundo desatara!

Pero ya un no-sé-qué de misterioso En el fondo de mi alma se escondia, Y os procuraba inquieto y silencioso Entre el ser y el no ser del tibio dia! Así la jóven que inesperta siente La primera impresion dentro del alma, Sin saber el por qué de sus sonrojos Teme y evita los estraños ojos, Y el corazon sin calma. Por el jardin, perdida, En las flores se fija distraida. Cuántes veces proscripto y peregrino, Sin amor, sin hogar, sin esperanza, Desde estranjera roca Os contemplé llorando mi destino, Y con esa espresion que nunca alcanza El labio á repetir, el alma mia Os contó sus pesares, Triste como el crepúsculo del dia, Desde el areno de estranjeros mares!....

Hay momentos ¡o nubes! Que misterioso elèctrico fluido El alma con vosotras armoniza, Y al hombre con el polvo confundido Angel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erais ¡oh nubes!
De oro y rubíes movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es mas espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Mas bordados de fúlgidos destellos.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume emanacion de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caida.

Mas ¡ay! tambien del aterido polo Cubris los cielos como pardo manto: Y yo desde un bajel perdido y solo Donde nadie cantó, Nubes, os canto. Despeñadas cruzais el firmamento Rápidas como herido pensamiento, Y atónita os contempla Mi alma, como el enojo soberano Lanzado en derredor de este Oceano, Que encarcelado y solo Entre el linde de América y del mundo, Maldice de su cárcel los confines, Y en rudos parasismos Sacudiendo sus crines Salta de los abismos Para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño, Dios y la humanidad en mi memoria, La humanidad con su doliente ceño, Dios con su poderío y con su gloria; Decid, nubes, decid ¿quién un tributo No os rindió alguna vez? En el contento, O con el alma en luto, ¿Qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas
Cuando flotais en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apénas,
Soplo sutil á deshacerlas basta,
El corazon dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdida?
O amorosa y prolija,
No imaginó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?...

¿ Qué vírgen no os ha dicho sus amores, O la tardía ausencia Del ídolo feliz de su existencia? En la noche sombría Cuando volais en densa muchedumbre Como inquietas ideas De recóndita negra incertidumbre, Adónde el alma impía Que miró sin temor al cielo airado? ¿ Qué genio no ha volado En alas de su ardiente fantasía? ¿ Que desterrado, acaso, En los velos de nácar y zafiro Que bajais al Ocaso, No ha mandado á su patria algun suspiro?...

Pasad, nubes, pasad; pasad serenas
Para aliviar las escondidas penas
De mis tristes hermanos en el Plata.
Y del proscripto Bardo
Que vaga peregrino
Y os canta ¡oh nubes! desde el frágil pino,
Revelad á su patria bella
Cuánto suspira el corazon por ella!
Que por ella en el mundo errante llora,
Y cuanto mas padece mas la adora.

JOSÉ MARMOL.

EL ARCO IRIS.

Arco sublime de triunfo Que adornas el vasto cielo Cuando su confuso velo Recoge la tempestad; No al oráculo severo De la alma filosofía Pregunta la mente mia La causa de tu beldad.

Paréceme como en tiempo De mi niñez deliciosa, Cuando tu frente radiosa Parábame á contemplar; Y estacion te imaginaba Para que entre tierra y cielo Descansara de su vuelo Del justo el alma inmortal.

¿Pueden los ópticos frios Esplicar tu forma bella Para agradarme con ella Cual mi ignorancia feliz? En lluvia fugaz convierten El espléndido tesoro De perlas, púrpura y oro, Que ardiente soñaba en tí.

Cuando á natura la ciencia Quita el misterioso encanto, Cuánto disminuye, cuánto El brillo de su beldad! Cuál ceden á yertas leyes Mil deliciosas visiones! Cuán plácidas ilusiones Miramos ¡ay! disipar!

Pero el mismo omnipotente Nos revela, arco divino, Tu orígen y tu destino Con su palabra inmortal: Al dibujarse tu frente En el cielo y mar profundo, Al cano padre del mundo Fuiste sagrada señal.

Cuando tras fiero diluvio
La verde tierra te amaba,
Cada madre á su hijo alzaba,
A ver el arco de Dios.
El campo te daba incienso,
Y aroma pura la brisa,
Cuando en tu luz la sonrisa
Del cielo resplandeció.

Y como entónces brillabas,
Sereno brillas ahora,
Y cual del mundo la aurora,
Su fin tremendo verás:
Que Dios, fiel á su promesa,
Intacta guarda tu gloria,
Para perpetua memoria
De que á la tierra dió paz.

De la música primera Sonó en tu honor el acento, Y del primer poeta el viento Oyó la mágica voz. Sigue, pues, siendo mi tema, Símbolo de la esperanza, Fiel monumento de alianza Entre los hombres y Dios.

José Maria Heredia.

EN UNA TEMPESTAD.

AL HURACAN.

Huracan, huracan, venir te siento Y en tu soplo abrasado Respiro entusiasmado Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido Vedle rodar por el espacio inmenso, Silencioso, tremendo, irresistible En su curso veloz. La tierra en calma Siniestra, misteriosa, Contempla con pavor su faz terrible. ¿Al toro no mirais? El suelo escarba De insoportable ardor sus pies heridos, La frente poderosa levantando, Y en la hinchada nariz fuego aspirando Llama la tempestad con sus bramidos! Qué nubes! qué furor! El sol temblando Vela en triste vapor su faz gloriosa, Y su disco nublado solo vierte Luz fúnebre v sombría, Que no es noche ni dia..... Pavoroso color, velo de muerte! Los pajarillos tiemblan y se esconden Al acercarse el huracan bramando, Y en los lejanos montes retumbando Le oyen los bosques, y á su voz responden. Llega ya.... ¿No le veis? Cuál desenvuelve Su manto aterrador y majestuoso!... Gigante de los aires, te saludo!... En fiera confusion el viento agita Las orlas de tu parda vestidura.... Ved!... en el horizonte

Los brazos rápidísimos enarca. Y con ellos abarca Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte. Oscuridad universal!... Su soplo Levanta en torbellinos El polvo de los campos agitado!... En las nubes retumba despeñado El carro del Señor, y de sus ruedas Brota el rayo veloz, se precipita Hiere y aterra al suelo, Y su livida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada Cae á torrentes, oscurece el mundo, Y todo es confusion, horror profundo. Cielo, nubes, colinas, caro bosque, ¿Dó estais?... os busco en vano: Desparecisteis.... La tormenta umbría En los aires revuelve un oceano Que todo lo sepulta.... Al fin, mundo fatal, nos separamos; El huracan y yo solos estamos. ¡Sublime tempestad! Cómo en tu seno De tu solemne inspiracion henchido, El mundo vil y miserable olvido Y alzo la frente de delicia lleno! Dó está el alma cobarde Que teme tu rugir?... Yo en tí me elevo Al trono del Señor: oigo en las nubes El eco de su voz: siento á la tierra Escucharle y temblar. Ferviente lloro Desciende por mis pálidas mejillas, Y su alta majestad trémulo adoro.

José Maria Heredia.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Vendo que se sostem nas ondas tanto.

Camoens.

¡Cuál bramas, mar ferviente, y de tu seno Airado lanzas espumantes olas! ¡Cómo de saña lleno Luchas contigo mismo Y turbas el abismo!

¡Ay! ya niega su luz el rubio Febo, Ya no refleja en tu cristal su llama; La noche del Erebo Corre el funebre manto De tinieblas y espanto.

A tu rido formidable y bronco
Del seno oscuro de la espesa nube
Estalla el trueno ronco
Que por la esfera zumba;
Y horrísono retumba;

Y el relámpago breve y luminoso Se repite, anunciando el fuerte trueno, Y este al rayo espantoso: Así es que no termina Fuego, estridor, ruina!

Y Eolo suelta los fugaces vientos De sus húmedos antros, y seguidos De huracanes violentos Hinchan el oceano, El cual se agita insano.

Mas ay! que con un débil blando pino La oscura tempestad furiosa juega, Y flotando sin tino La frágil navecilla Se aproxima á la orilla;

A la orilla, de rocas escarpadas Guarnecida: y en ellas á estrellarse Sus tablas mal trabadas Vuelan con rumbo incierto, Cual si ese fuera puerto.

Y el piloto aturdido, que al acaso El timon y la brújula confía, Porque en tan arduo caso Ya ve inútil su arte, Toma en el llanto parte.

Siente en aquel momento, no su vida, Sino al anciano padre, al hijo tierno Y á la esposa querida, Que deja en la indigencia Si pierde la existencia.

Entónces tiende por el ancho cielo Flébiles ojos, y á distancia mira Un lampo de consuelo; Las nubes enrarecen, O bien desaparecen.

Brilla el astro criador; su voz calmando El huracan; las aguas se nivelan, Y un vientecillo blando, Que leve se desliza, Las frescas ondas riza.

Prosigue el nauta su maniobra y cierto De dulce calma que promete el íris, Corre á tomar el puerto, Alegre y victorioso Del piélago espantoso.

Así el triste se salva de inminente Riesgo de ver su nave dividida, Y aunque este le amedrente, Le queda la esperanza Que vendrá la bonanza.

Y así la frágil existencia mia En la furiosa tempestad que sufre, Con las penas porfía Hasta que llegue el alma A recobrar la calma.

GABRIEL A. REAL DE AZUA.

EL VERANO.

Ya lanzo al fin mi rústica piragua En las ondas ¡oh estío! de tu mar, No agites, no, contra su prora el agua, Deja que cumpla su destino en paz. Deja que siga en veloz carrera El carro eterno del fecundo sol, Y que aborde por fin á una ribera, Donde halle un campo y en su bosque un Dios.

Deja se aduerma á mis cantares la ola Y humilde halague mi infeliz batel, La fama al oirlos, con gloriosa aureola Mi sien de niño ceñirá talvez.

Y ora del prado en las floridas galas, A la sombra de verde pabellon, Traeráme el aura en sus fragantes alas Refugio blando á mi azaroso ardor:

Ya en su ancha taza la sonora fuente Sus limpias aguas brindará á mi sed, Y allí inspirando su frescor la mente ¡Oh sol! tus cantos modular podré.

O allí el naranjo de escarlato y verde Su estensa copa brindará talvez, Y el bello fruto que entre azahar se pierde Bálsamo dulce á mi calor será:

O acá el granado sus purpúreos globos Con su agridulce brindará tambien, Y los coposos altos algarrobos De fresca sombra me darán dosel:

O mas allá la bi-frutal higuera Que en los misterios escondió la flor, Con su ancha copa llenará la esfera, Y á un limpio arroyo privará del sol.

¡Y, qué delicia en lo alto del cogollo Su dulce fruto de ébano gustar, Luego bajando al fondo del arroyo Dejar nos lama trémulo el cristal!

En ella encierra el pueblo una creencia Heredero de santa tradicion..... Cuánto halaga la mísera existencia Hallar en todo y por do quiera un Dios!

Dicen se ven celestes resplandores En su copa la noche de San Juan, Y apareciendo súbito sus flores Ciérranse al punto y la ilusion se va.

Pobre de aquel, se dice, que quisiere El misterioso arcano sorprender, La cólera de Dios allí le hiere Y á otro mundo refiere lo que ve.

Todo al verano ofrece su tributo, Al impulso feraz de ardiente sol. Yo me deleito en ir de fruto en fruto Bendiciendo la mano de mi Dios.

JACINTO CHACON.

EL VERANO.

Ya el verano se acerca Coronado de rosas, Vertiendo por los campos Flores de todas formas. Los prados que rodean Mi granja encantadora, Empiezan á cubrirse De verbas olorosas. ¡Ojalá vieras, Fabio, La fuente bullidora . Que baña los cimientos De una arruinada choza! A su orilla sentado Vieras rodar las olas, Formando remolinos Las aguas espumosas. El manzano que un dia Junto á musgosa roca · Plantámos los dos juntos Al despuntar la aurora, Qué airoso está! qué bello! Qué gentilmente asoman Las sabrosas manzanas Entre las verdes hojas! Aquella grande palma De susurrante copa,

A cuyo pié dormias Las siestas calorosas, Ya por el suelo yace Falta de jugo y hojas: Ejemplo formidable A las hermosas todas. ¡Qué seca está! qué triste! Los pájaros se asombran Cuando ven abatida Palma tan orgullosa. Pero la que sembraste En la cercana loma, Esa sí está muy bella, Muy verde y silbadora. Cuántas veces sentado Bajo su inmensa copa Miro alzarse la luna Espléndida v redonda! Deja el poblado, Fabio, Deja su vana pompa, Que el verano se acerca. Coronado de rosas.

José BERNARDO CONTO

LAS FLORES.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA....

Hermosas en la espléndida mañana Alzais ¡oh flores! la hechicera frente, Porque el aura gentil que os engalana Venga á daros sus besos inocentes.

Ojalá que rodando placentero En las alas del aura el canto mio, Se prenda en algun caliz hechiçero Como una fresca gota de rocío:

Ojalá que por siempre lindas flores Inspiraseis mi loca fantasía... Ojalá mis recónditos dolores Entre vosotras adurmiera un dia. Felices sois que en el jardin precioso Por los juegos del viento remecidas, Sin que os turben el plácido reposo Vuelan las horas leves y perdidas.

Felices sois que no teneis una alma Ni un corazon que siente la amargura; Vosotras bellas que dormís en calma Miéntras el aura en derredor murmura.

Felices sois que al rayo de la aurora El seno alzais bellísimo y galano, Porque las perlas que preciosa llora Venga á traeros el céfiro liviano.

Y no teneis ni un vago pensamiento; Ni una espina en el cáliz oloroso Que brinde solo matador tormento Robando á la existencia su reposo.

Felices sois... ¿pero por qué marchitas Doblais á veces las hermosas frentes, Y pareceis que vegeteis malditas Las secas hojas arrugando ardientes?

¿ Porqué cerrais el seno perfumado Y à las auras huyendo con desvío Ni os levanta la luz del sol dorado, Ni os refresca el purísimo rocio?

Cuando así estais, sin duda el sentimiento Os cubre con su manto de agonía, Luego teneis tambien un pensamiento, Una alma y una ardiente fantasía.

Luego tambien teneis en esta vida El llanto y el placer, preciosas flores, Y esa esperanza que en el corazon anida Y ese fuego que encienden los amores.

Luego teneis pasiones roedoras Que vuestras frentes al dolor dobleguen, O ilusiones de amor encantadoras Que los senos purísimos os rieguen.

Tal vez cuando columpia su albo coche La reina de la noche limpia y grave, Abrais del seno el delicado broche Por recibir un beso puro y suave.

Tal vez en un lenguaje misterioso En el jardin donde yaceis unidas, Os mandais con el viento voluptuoso Pensamientos de amor, flores queridas.

Tal vez amándoos en union divina, Miéntras la fuente vuestros piés halaga, Resbala la existencia peregrina Y en las alas de amor tranquila vaga.

Si es cierto que abrigais, cándidas flores, La blanca luz de hermosa fantasía, Si mucho gozareis, tambien dolores Vendrán á tormentaros dia á dia.

Mil veces miraréis al ronco viento Tronchar el tallo de la flor querida, Y enredarla en sus pliegues turbulento Y verla, ay triste! para siempre ida.

Otras veces veréis hoja por hoja Arrancar el revuelto torbellino, Y la flor bella á quien el viento arroga Ir á cruzar el polvo del camino.

Y así tendréis en la existencia amarga Eternos dias de tristeza y llanto.... Eternos, sí, porque la vida es larga Si la angustia lo envuelve con su manto.

Mas si esperanza, oh flores, os asiste, Tal vez en el sufrir tendréis la calma, Esperar y sufrir, cualidad triste Del ser que siente porque abriga una alma.

EUSEBIO LILLO.

A UNA MARIPOSA.

Fugaz mariposa, Que de oro y zafir Las alas ostentas, Alegre y feliz:

¡Cuál siguen mis ojos Tu vuelo gentil, Que al soplo desplegas Del aura de abril!

Ya rauda te lanzas Al bello jardin, Ya en rápidos giros Te acercas á mí.

Del sol á los rayos Que impieza á lucir, ¡Con cuánta riqueza Te brinda el pensil!

Sus flores la acacia Desplega por tí, Y el clavel fragante Su ardiente rubí.

Abre la violeta Su seno turquí, La anémona luce Su vario matiz.

Ya libas el lirio, Ya el fresco alelí, Ya trémula besas El blanco jazmin.

Mas ¡ay! cuán en vano Mil flores y mil, Por fijar se afanan Tu vuelo sin fin!...

Ay; que ya te lleva Tu audaz frenesí Do ostenta la rosa Su puro carmin.

Temeraria, tente! ¿Dó vas, infeliz?... ¿No ves las espinas De punta sutil?

Torna á tu violeta, Torna á tu alelí, No quieras, incauta, Clavado morir.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

PASEO POR EL BETIS.

Ya del Bétis. Por la orilla Mi barquilla Libre va.

Y las auras Dulcemente En mi frente Soplan ya.

Boga, boga, Buen remero, Que el lucero Va á salir:

Y á occidente Ledo sube En su nube De zafir.

De la tarde Que ya espira, Se retira Lento el sol:

Y á medida Que se aleja, Huellas deja De arrebol.

A ocultarse Va sereno En el seno De la mar. Y del ciclo Cae en tanto Leve llanto Sin cesar.

Con su riego Mil olores Dan las flores Del pensil;

Halagadas Por la brisa, Blanda risa Del abril.

Busca el nido, Do se mece Y adormece Luego al fin

En las ramas Del granado El pintado Colorin.

Y allá léjos De la orilla Ve á Sevilla Reposar,

De cien torres Coronada, Perfumada De azahar.

Sorprendente Panorama, Do derrama Su fulgor,

De la noche Mensajero, El lucero Brillador.

Oh! no esperes A que muera La postrera Claridad.

Boga, boga, Buen remero, Mas lijero, Por piedad!

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

A UNA MARIPOSA.

SONETO.

Hija del aire, nívea mariposa, Que de luz v perfumes te embriagas, Y del jazmin al amaranto vagas, Como del lirio á la encendida rosa;

Tú que te meces cándida y dichosa Sobre mil flores que volando halagas, Y una caricia por tributo pagas Desde la mas humilde á la orgullosa;

Sigue, sigue feliz tu raudo vuelo, Placer fugaz, no eterno, solicita, Que la dicha sin fin solo es del cielo:

Fijar tu giro vagaroso evita, Que la mas bella fior que adorna el suelo Brilla un momento y dóblase marchita.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida Breves horas marca el cielo, Para imágen en el suelo Del contento mundanal. Es tu aroma regalado A mi espíritu doliente, Cual de vírgen inocente El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas Te dió grata la natura, Y á tu cálîz amargura De las hieles del amor.

En su negra cabellera La hermosura te ensortija, O tu trono alegre fija En sus labios de rubí.

En tí encuentra blando alivio El ausente que padece, Tu belleza se le ofrece La que su alma cautivó;

Y mirándote arrobado, Mil recuerdos en su mente Se despierten blandamente: ¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores, Flor querida, disipaste! ¡Cuántas veces mitigaste De mi amada la esquivez!

Hoy de nuevo la esperanza En tí el alma deposita, ¡La esperanza! que marchita Veré luego con la flor.

Adolfo Berro.

AL JAZMIN.

Blanca flor que en la mañana, Empapada del rocío, Das consuelo al pecho mio Con tu aroma sin igual; Vida tienes en la rama, Cual mis dichas, un momento; Que marchitas al aliento Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio Las mosquetas y las rosas; Que te ponen las hermosas Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste De una vírgen sin ventura, Que del alma la amargura Dió á tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche De los hombres el murmullo, Abre luego tu capullo Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena De la aurora apetecida En tí encuentra nueva vida El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura El color de la esperanza; Que tu aroma solo alcanza Doblegar á la esquivez.

Yo te vi en el puro seno De quien causa mis dolores; La mas bella entre las flores Desde entónces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro Marque al pio viandante No te apartes un instante, Aromático jazmin.

Al mirarte así enlazado, Pensativa y lacrimosa, Dirá acaso alguna hermosa? «Fué poeta é infeliz.»

ADOLFO BERRO.

LAS FLORES.

Solo el que no es dichoso sufriendo oculta pena Comprende cuánto vale una olorosa flor, Cuando con dulce risa de mil encantos llena La ofrece una belleza, teñida de rubor.

Las flores son un bálsamo al alma acongojada, Que al respirar su aroma se eleva á otra region, A esa region sublime en sueños figurada Donde todo es ventura, donde todo es pasion.

Cuando presa la mente de pensamiento impío Olvida cuanto tiene el hombre en derredor, Y no hay en torno suyo mas que ese desden frio Que marchita una á una las horas del amor;

Es dichoso si entónces una amiga mano, Le brinda cariñosa, con tímido mirar, Una flor olorosa que su dolor tirano Embota, y un momento suaviza su pesar.

Acaso se respiran aromas en el cielo: Tiene algo de divino la esencia de una flor; Y cuando yo he soñado con mi ángel de consuelo Una flor en el seno le vi de albo color.

Cuánto, cuánto se goza, si en la sombría Al reclinar cansada la calorosa sien, Se desliza hasta el alma la célica ambrosía De flores que una bella brindara sin desden!

Tal vez en ese instante resbala silenciosa Una lágrima ardiente que nadie enjugará! Tal vez algun suspiro del alma congojosa Se pierde entre sus hojas...y las marchitará!

JOSÉ MARIA CANTILO.

LA MARIPOSA.

Inocente mariposa Que andas vagando sencilla Del Atoyac á la orilla Las puras tardes de abril. Los cazadores te asustan Y dejas la flor mas bella, Pero retornas á ella, Y chupas luego otras mil.

Bates las alas azules
Por la ribera arenosa,
En donde la agua espumosa
Se quebranta con furor.

En tanto tú sosegada Te diviertes á tus solas Con ver las movibles olas, Movibles como el amor.

En vano un inquieto niño Te acecha allá entre las ramas, Pues burlas todas sus tramas Solo con querer volar.

No conseguirá el travieso Despojarte de tus galas, No te arrancará las alas Ni aun te las podrá empañar.

Pura eres como la luna, Y airosa como la palma, Que vive en la dulce calma Del desierto en que nació.

El alba, el agua y las flores Encantan tus bellos ojos, Y por la tarde los rojos Celajes que el sol tiñó.

Lleno el corazon de luto
Envidio tus dulces dias,
Tus sencillas alegrías
Y tu inocente candor.

Miéntras que paso la vida Sumido en negra tristeza, Léjos de aquella belleza En quien coloqué mi amor.

MANUEL CARPIO.

LA PALMA DEL DESIERTO.

AL SR. D. CARLOS BELLO.

Palma altiva y solitaria Que en los bosques te presentas, O en agreste fado ostentas Tu gigante elevacion: Ese ruido misterioso Que se escucha en tu ramaje, ¿Es acaso tu lenguaje; Es tu idioma; es tu espresion?

Respondes, quizá, y no entiendo Tu respuesta, palma bella, Por mas que quisiera en ella Lo que dices comprender: Mas yo escucho tu murmullo, Y que tú me hablas sospecho. ¡Ay, no puedo satisfecho Tus palabras entender!

De tus abanicos verdes, Por el céfiro movidos, Los misteriosos sonidos Creo que palabras son. Porque ¿qué es la voz humana, Si palabras articula, Sino el aire que modula El hombre con precision?

Si él espresa en sus palabras Ideas y pensamientos, ¿Quién sabe si tus acentos Ideas no son tambien? Ideas que tú á tu modo Espresas en tu lenguaje Modulando en tu ramaje El aire con tu vaiven?

Pero sea lo que fuere, Bástame á mí para amarte, Tan gallarda contemplarte, Tan altiva, y tan gentil; Mas, sabiendo que á las naves Do truena el bronce horadado, Jamas una tabla has dado Ni á una lanza duro astil.

Por ti ningun pueblo llora Los males de la conquista; Ninguno se halla en la lista De los esclavos por ti. Al contrario al hombre enseñas Que el primer bien de la vida. Es buscar una querida Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera De flores el campo inunda, Tu caliz no se fecunda Si companera no ves: Pero si otra copa erguirse Divisas á la distancia, Racimos en abundancia Se desgajan á tus piés.

Alzarse graciosa he visto
Mas que el pino tu cabeza,
Y ostentar su gentileza,
A orillas del Paraná.
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamas al pichon querido
Tu altura le ha sido infiel:
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

Ah si en ardorosa siesta Me das tu sombra propicia, Y el cefirillo acaricia Tu verde copa al pasar; Cuán dulce, cuán delicioso Es quedarme alli dormido, Al son del blando gemido Que repites sin cesar!

En ti la imágen admiro Del ángel que es mi tesoro, De la bella que yo adoro Tú me das la copia fiel; En ese talle gallardo Con que se engalana el valle, De su delicado talle La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores El aroma es de su aliento, Que al acercarme de ella siento Perfumar su alrededor; Y embriagado al aspirarlo Es tan dulce su incentivo, Que si entónces sé que vivo Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa Que sombrea el tronco bello, Un rizo es de su cabello Que el cuello viene á sombrear. Y los racimos do escondes, Linda palma, tu simiente, El blanco pecho turgente Me parecen diseñar.

Ojalá que un siglo entero Te mire verde y frondosa, Ojalá que majestuosa Tu tronco eleves galan; Sin que roedor gusano Haga de horadarlo ensayo; Sin que lo consuma el rayo Ni lo quiebre el huracan.

Otra fortuna no envidio Que descansar á tu sombra, Bajo la olorosa alfombra De trébol que hay á tu pié. No importa que sepultura, En la bella patria mia Me niegue la tiranía, Con tal que á tu sombra esté.

JUAN GODOY.

CEDRO Y PALMA.

De un arroyo sin nombre en las orillas La palma con el cedro se enlazó, El viento que juntara sus semillas Los ramos de los ramos separó.

El sol que tanto fecundó su vida Lisonjero halagándola al nacer, Vibró mas fuerte la calor querida, Quemó las fibras y agostó su ser.

El agua que regalo era á su frente Y espejo á la hermosura era en su pié, Desatando la lluvia y la corriente, Azote y tumba á sus amores fué.

Nada valió la oscuridad de asilo, Nada el misterio de ignorado amor. Hermoso el sol amaneció tranquilo Y era no mas que un dia de dolor.

El viento, el sol, el agua, les dió el cielo Prendas asaz de duradero bien, Bastó que fuera su morada el suelo, Les fué un erial el prometido Eden.

Solitario y desnudo el cedro queda Simpático y gigante en el sufrir, La tempestad en su cabeza rueda, Sin poder arrancarlo ni abatir.

JUAN CARLOS GOMEZ.

EL PENSAMIENTO.

O for de alta fortuna. Rioja.

Yo soy una flor oscura
De fragancia y hermosura
Despojada,
Flor sin ningun atractivo
Que solo un instante vivo
Acongojada.

Nací bajo mala estrella, Pero me miró una bella Enamorada, Y me llamó pensamiento, Y fuí desde aquel momento Flor preciada.

No descuello en los jardines Como los albos jazmines O las rosas; Pero me buscan y admiran, Me contemplan y suspiran Las hermosas.

Si me mire algun ausente Que de amor la pena siente, Cobra vida; Y es feliz imaginando Que en él estará pensando Su querida.

Yo soy grata mensajera, Que bajo forma hechicera Voy volando; A llevar nuevas de dicha, Al que vive en la desdicha Suspirando.

Símbolo del pensamiento,
Del amor y el sentimiento,
Mi destino;
Es deleitar al que adora,
Y consolar al que llora
Peregrino.

ESTEVAN ECHEVERBIA.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

De otoño el viento, la tierra Llenaba de hojas marchitas, Y en el valle solitario Mudo el ruiseñor yacia.

Soio y moribundo un jóven Lentamente recorria El bosque donde jugaba En sus niñeces floridas.

«Adios adorado bosque, Voy á morir, le decia, Y mi fin desventurado Tus hojas ; ay; vaticinan. La enfermedad que mi seno Está devorando impia, Pálido cual flor de otoño. Hácia el sepulcro me inclina. Apénas breves instantes Disfruté la dulce vida, Y siento mi primavera Cual sueño desvanecida. Caed efimeras hojas Y por el suelo tendidas, A mi desolada madre Ocultad mi tumba fria. Mas si mi amante velada Viene en la tarde sombría A llorar en mi sepulcro, Agitándoos conmovidas, Despertad mi triste sombra; Y su fiel llanto reciba.»

Dijo y partió.... para siempre! Murió y al tercero dia La sepultura le abrieron Debajo la árida encina. Su madre, ay! por poco tiempo, Vino á llorarle afligida; Pero no su fiel amante Como el infeliz creia. Solo del pastor los pasos En aquella selva umbría,

Perturban hoy el silencio En torno de sus cenizas.

José Maria Heredia.

LOS TRÓPICOS.

FRAGMENTOS DE UN POEMA MANUSCRITO:
«EL PEREGRINO.»

Y en medio de las sombras
Enmudece la voz del peregrino,
Y el rumor de las ondas solamente
Y el viento resbalando por el lino,
Sobre el Fénix se oia,
Que como el genio de la noche huia
En las alas del viento tristemente;
Alumbrando sus huellas
Sobre el azul y blanco las estrellas.

Qué bello es al que sabe sentir con la natura Pasar al mediodía del circo tropical, Y comparar el cielo de la caliente zona Con el que tibia pinta la luz meridional.

Los trópicos! radiante palacio del crucero, Foco de luz que vierte torrentes por do quier! Entre vosotros toda la creacion rebosa De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creacion tercera Y le arrojó el diluvio la mano de Dios, Naturaleza llena de timidez y frio Huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «basta!» volviéndola sus ojos, Y decretando al mundo su nuevo porvenir, El aire de su boca los trópicos sintieron Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entónces como premio del hospedaje santo Naturaleza en ellos su trono levantó, Dorado con las luces de la primer mirada, Bañado con el ámbar del hálito de Dios. Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes, Los bosques de azucenas, de mirtos y arrayan: Las aves que la arrullan en melodía eterna, Y por su linde rios mas anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas, Se visten con las nubes, de la cintura al pié: Las tempestades ruedan y cuando al sol ocultan Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna, No habita ese bandido del Andes morador, Que de las duras placas de sempiterna nieve Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigra y el jilguero, Tocanos, guacamallos, el leon y la torcaz, Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche Su duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetacion exhala Formando pabellones para burlar al sol, Ya que su luz desdeña, pues tiene el diamante Del oro y topacio magnífico esplendor.

Naturaleza vírgen, hermosa, radiante, No emana sino vida y amor y brillantez: Donde cayó una gota del llanto de la aurora, Sin ver pintadas flores no muere el astro rey;

Así como la niña de quince primaveras De gracias rebosando, de virginal amor, No bien recibe el soplo de enamorado aliento Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde Resbala como tibio suspiro de mujer, Y en voluptuosos giros besándonos la frente Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ay! otra indecible, sublime maravilla Los trópicos encierran, magnífica: la luz. La luz ardiante, roja; cual sangre de quince años, En ondas se derrama por el espacio azul. Adónde está el acento que describir pudiera El alba, el mediodía, la tarde tropical; Un rayo solamente del sol en el ocaso, O del millon de estrellas un astro nada mas?

Allí la luz que baña los cielos y los montes Se toca, se resiste, se siente difundir; Es una catarata de fuego despeñada En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo Que cual si reflectase de placas de metal, Traspasa como flecha de imperceptible punta La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos radiantes Que en torbellino brota la frente de Jehová Parado en las alturas del Ecuador mirando, Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica La tierra que recibe los rayos de su sien, E hidrópica de vida revienta por los poros Vegetacion manando para alfombrar su pié.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos, Partidas las montañas fluctuando entre vapor, Las luces son entónces vivientes inflamados Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses Caracoleando giran en derredor á él, Y azules mariposas en bosques de rosales Coronan esparcidas su rubicunda sien:

Y mas arriba, cisnes de nítido plumaje Nadando sobre lagos con lindes de coral, Saludan el postrero suspiro de la tarde Que vaga como pardo perfume de la altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas Que muestran indecisas escuálido color; Así como las hijas en torno de la madre Cuando recibe su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos Las fantasías bellas de los poetas van, Son ellas las que brillan en rutilantes mares Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma; Allí se poetiza la voz del corazon: Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos Discurren solamente por la region de Dios.

Un poco mas... y el mustio color de las estrellas Al paso de la noche se aviva en el cenit, Hasta quedar el cielo bordado de diamantes Que por engaste llevan auréolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas, Parecen las ideas del infinito ser, Que vagan en el éter en glóbulas de lumbre No bien que de su labio se escapan una vez:

Y en medio de ellas rubia, cercana, trasparente, Con íris y auréolas magníficas de luz, La luna se presenta como la vírgen madre Que pasa bendiciendo los hijos de Jesus.

José Marmol.

CANTO Á LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

DEDICADO AL SR. DON P. PALAZUELOS Y ASTABURUAGA.

En qué tiempo, en cuál dia, ó en qué hora No es grandioso; soberbio é imponente, Altísima montaña,
Tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la aurora
Se refleja en las nieves de tu frente:
Grande, si desde en medio del espacio
El sol las ilumina;
Y magnífico, en fin, si en el ocaso
Tras de la onda salada y cristalina
Su disco refulgente se ha escondido,
Dejando en tu alta cumbre
Algun rayo de luz que nos alumbre;
Aunque no veamos ya de dó ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado A tus escelsas cimas elevarse? ¿ Quién es el que ha estampado En las eternas nieves que las cubren El rastro de su planta? El condor que en su vuelo Mas allá de las nubes se levanta, Y que á escalar el cielo Parece destinado. Jamas fijó la garra ensangrentada En sus crestas altísimas en donde A la tierra Argentina el sol se esconde. Qué sublime y grandiosa es la presencia En las ardientes noches del verano: Cuando la luz incierta de la luna Alumbra una por una Las hondas quiebras de tu frente altiva! Al contemplar mi mente La siempre caprichosa alternativa De eminencias sin límite patente, Y de profundidades sin medida, Absorta y conmovida Cree estar viendo los pliegues del ropajo De un fantasma nocturno cuva planta En la tierra está fija, Y su cabeza al cielo se levanta. ¿Qué serian los Alpes, el Caucaso, El Pirineo, el Atlas y Apeninos, Si se hallaran vecinos Al agreste empinado Chimborazo? Solo tú, Dolhaguer, de las alturas Que el mortal ha podido Sujetar á mensuras Mas alto te levantas; Pero ¿quién ha medido El gran Loncominí, ni el Illacmani? Y quién del Tupungato inaccesible La enorme elevacion ha calculado? Cordilleras inmensas donde el hielo A los fuegos del sol es insensible Forman el pedestal donde su asiento Tiene esta mole, cuya helada cima Parece que sostiene el firmamento. Huye sañudo ó iracundo el viento Y las selvas y torres estremece, Y su espantosa furia tanto crece Que arranca los peñascos de su asiento.

Las nubes sobre nubes amontona; Y de la tempestad el ronco estruendo De valle en valle su furor pregona. Rasgan mil rayos de la nube el seno, Y el horrendo estampido Del pavoroso trueno, De la oscura guarida hace que huya El leon desvaporido. Mas cuando en las montañas De un órden inferior, y en las llanuras, Todo anuncia el estrago y esterminio De las selvas, peñascos y criaturas, La tempestad no estiende su dominio A la cumbre elevada inconmovible Del siempre encanecido Tupungato, Do fluye el éter puro y apacible. En la edad primitiva de la tierra, Cuando el fuego voraz que en lo mas hondo De sus senos recónditos se encierra Mas á la superficie se acercaba; Y cuando en cada una De tus cumbres altísimas se via, Que en torbellinos de humo ardiente lava El cráter inflamado despedia De cien volcanes, cuyas erupciones Nuevos montes y valles, nuevos lagos Dejaron por señal de sus estragos: Cuando las convulsiones Que agitaron la tierra de contino A los mares abrieron el camino Que despues Magallanes descubriera; Entónces: ¿qué mortal hubiera visto Impávido y sereno Su cabeza amagada por el trueno, Y el pié no hallar asiento Que seguro le fuera Cuando la tierra estaba en movimiento? Sí fué en aquella era En la que la salvaje Patagonia Una raza habitaba de gigantes, De mas gran corazon que lo es ahora El hombre envilecido, Oiria en el rugido Que la esplosion violenta producia, El orbe conmoviendo en sus cimientos, La voz del Grande Espíritu ordenando A los astros distintos movimientos,

Hacer la division de noche y dia Y varias sazones arreglando, En el fuego, veria, que arrojaban Las cóncavas entrañas De las crespas y altísimas montañas Otras tantas antorchas con que quiso Iluminar su trono. El Ente eterno que los mundos hizo. Si á la tierra bajara La libertad querida, hija del cielo, ¿Dó su trono fijara En el mísero suelo, Sino donde el aliento emponzoñado Del despotismo mancillar no pudo El aire primitivo? Y cuál lugar en fin no ha profanado En su inquieto furor la tiranía? La corva quilla de guerrera nave Corta la onda agitada del Oceano, Y el despotismo fiero que no cabe En el recinto que ocupar solia, Estiende su poder al país lejano; Nuevas víctimas halla En que ejercer sus bárbaros furores, Y el hombre infeliz, del despotismo; Cuando ni la ballena En lo mas hondo del salado abismo De su influjo fatal se mira esenta, Y fuera de su alcance no se cuenta! El pino, de los bosques ornamento, En el recinto oculto y solitario La erguida copa ostenta Mecida blandamente por el viento; Pero el brazo nefario La cortante segur al tronco aplica, Y en el fugaz período de un instante, El mismo que hasta el cielo Elevarse orgulloso parecia, Sin vida cae tendido sobre el suelo. De allí á la húmeda playa El esfuerzo del hombre hace que vaya: En bajel se transforma y ¡quién creyera Que este árbol tan gallardo, tan lozano, Que en la remota selva habia nacido Exento no estuviera Del poder formidable de un tirano! El ordenó que nave se volviera,

Y nave se volvió, do ahora truena El cañon matador cuando él lo ordena. Empero apor ventura, La mísera morada Seria la mansion augusta y pura En que la libertad moró algun dia? No: que á la tiranía El hombre como el bruto Le pagan de dolor triste tributo: Los míseros humanos Bajo el yugo do quier de los tiranos Arrastraron su mísera existencia. Do quiera que hombres hubo Alzó la tiranía Su estandarte sangriento en mano impía. Tan solo en la eminencia Do nieves sobre nieves amontona La sabia providencia Cual en los polos frios, Do ni el viento, ni el sol las desmorona, No pueden los tiranos, Como en los hondos valles y los llanos El suelo mancillar con piés impíos. Oh dulce patria mia! quién creyera Cuando al salir del sueño de la infancia Admiradas te vieron las naciones Alzarte como el águila altanera; Y que en tu vuelo audaz, con arrogancia, Humillabas los leones De Castilla, que tanto respetaron, Y ante los cuales á su vez temblaron; Quién creyera, repito, que algun dia Doblases la cerviz al yugo duro, A que te habia de uncir la tiranía Bajo la planta de un tirano oscuro! Pero todo en tu seno lo ha manchado Ese funesto aborto del abismo: Por miles las cabezas ha cortado, Con la sonrisa aleve del cinismo: Y en todo lo que abarca Tu suelo desde La Plata á Catamarca, Y del pié de los Andes à Corrientes, Con sangre señalaron su camino Sus bárbaros tenientes. Solo la nieve eterna de la cumbre De ese cordon que ciñe al Occidente Tus inmensas llanuras.

No sostuvo jamas la pesadumbre De sus plantas impuras. Mas tus picos nevados No así se resistieron En otro tiempo, altísima montaña, Para no ser hollados De aquellos que valientes combatieron Por libertarse del poder de España. Legiones de mi patria enarbolando El bicolor do el sol su faz ostenta, Vi vo escalar tu cima; Y el yugo de Fernando Que tres centurias de existencia cuenta Roto le vi caer en Chile y Lima. Libertad en tus cumbres se proclama; Y desde el cabo helado do la tierra Con el sañudo mar siempre está en guerra. A la desierta arena de Atacama, De monte en monte se repite el grito; Y el eco dice «Libertad» en Quito. ¡Mas o dulce ilusion! ¿Porqué concluiste? Independencia y gloria consiguieron; Pero la libertad que á tantos dieron No alcanzaron jamas, jo verdad triste! Yo saludo las cumbres en que ostentas Nieves que una edad cuentan con el mundo, Montaña inaccesible. Y al contemplar las faces que presentas, Desde el valle profundo; Que mísero gusano imperceptible, Me diera el Ser eterno por morada: Al beber de los rios y torrentes Que se desprenden de tu helada cima, Y que rugiendo van par la quebrada En que Dios encerrara sus corrientes: El soplo del Eterno que me anima Bendice su hacedor, y agradecido Se postra en su presencia enmudecido. Yo veo en esa mole gigantesca La obra de un ente eterno, Y de la eternidad me da la norma. Llegará talvez tiempo en que perezca Y la voz de gobierno Con que los soles y los mundos forma. Quizas en los arcanos de su mente Está ya decretado. Que en polvo se disuelva de repente;

Pero mi entendimiento Débil y limitado A comprender no alcanza El supremo poder, que movimiento Al universo ha dado, Fijando el equilibrio y la pujanza De los cuerpos que pueblan el vacío, Do ejerce su poder y señorío. Mas su saber y su grandeza admiro Cuando al insecto imperceptible miro; Y siento que su mano, Que todo lo que sacara de la nada, Ha podido arrojar sobre ancho llano Una montaña enorme y elevada; Y á polvo reducirla en un momento Arrancando de cuajo su cimiento. Cuando las tempestades Las razas esterminen de los hombres, Estinguiendo los nombres De naciones, imperios y ciudades: Cuando el fuego del cielo Por la mano de Dios lanzado sea, Y descendiendo al suelo Hecho pavesas por do quier se vea; Y que los altos montes y collados Como la cera fluven liquidados: Cuando el fiero Aquilon embravecido Sublevando las aguas del oceano Las saque del abismo donde han yacido, El escarpado cerro y ancho llano Bajo sus ondas cubran encrespadas: Cuando ninguna voz, viviente, unida Al mugir de las olas agitadas, Deje sentir de vida Un eco solo que repita el monte: Entónces esas puntas siempre heladas Respetará la furia de los mares; Y en el vasto horizonte El punto enseñarán donde algun dia La libertad tuviera sus altares. Y así como los mástiles indican, El lugar do la nave ha zozobrado; Y que mudos publican El fracaso que allí los ha fijado: O cual cruz solitaria en el desierto Anuncia al caminante, Que en aquel punto ha muerto

Y sepultado está su semejante: Así esas crestas que orgullosa elevas, Del naufragio del mundo y los mortales Vendrán á ser las únicas señales, Que puedan consultar las razas nuevas; Hasta que un gesto del eterno obrero La grandeza les vuelva y ser primero.

JUAN GODOY.

AL NIAGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento En mi alma estremecida y agitada Arder la inspiracion. Oh! cuánto tiempo En tinieblas pasó, sin que mi frente Brillase con su luz!... Niagara undoso, Tu sublime terror solo podria Tornarme el don divino, que ensañada Me robó del dolor la mano impía. Torrente prodigioso, calma, acalla Tu trueno aterrador; disipa un tanto Las tinieblas que en torno te circundan; Déjame contemplar tu faz serena, Y de entusiasmo ardiente mi alma llena. Yo digno soy de contemplarte: siempre Lo comun y mezquino desdeñando, Ansié por lo terrífico y sublime. Al despeñarse el huracan furioso, Al retumbar sobre mi frente el ravo. Palpitando gocé: vi al oceano Azotado por austro proceloso, Combatir mi bajel, y ante mis plantas Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro. Mas, del mar la fiereza En mi alma no produjo La profunda impresion que tu grandeza, Sereno corres, majestuoso, y luego En ásperos peñascos quebrantado, Te abalanzas violento, arrebatado, Como el destino irresistible y ciego. ¿Qué voz humana describir podria De la sirte rugiente

La aterradora faz? El alma mia En vago pensamiento se confunde Al mirar esa férvida corriente, Que en vano quiere la turbada vista En su vuelo seguir al borde oscuro Del precipicio altísimo: mil olas Cual pensamientos, rápidas pasando Chocan y se enfurecen, Y otras mil y otras mil ya las alcanzan, Y entre espuma y fragor desaparecen. Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo Devora los torrentes despeñados: Cruzanse en él mil íris, y asordados Vuelven los bosques el fragor tremendo. En las rígidas peñas Rómpese el agua: vaporosa nube Con elástica fuerza Llena el abismo en torbellino, sube, Gira en torno, y al éter Luminosa pirámide levanta. Y por sobre los montes que le cercan Al solitario cazador espanta. Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista Con inútil afan? Porqué no miro Al rededor de tu caverna inmensa Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas Que en las llanuras de mi ardiente patria Nacen del sol á la sonrisa y crecen, Y al soplo de las brisas del oceano Bajo un cielo purísimas se mecen? Este recuerdo á mi pesar me viene.... Nada joh Niagara! falta á tu destino. Ni otra corona que el agreste pino A tu terrible majestad conviene. La palma y mirto y delicada rosa, Muelle placer inspiran y ocio blando En frívolo jardin: á tí la suerte Guardó mas digno objeto, mas sublime: El alma libre, generosa, fuerte, Viene, te ve, se asombra, El mezquino deleite menosprecia, Y aun se siente elevar cuando te nombra. Omnipotente Dios! En otros climas Vi monstruos execrables Blasfemando tu nombre sacrosanto, Sembrar error y fanatismo impío, Los campos inundar en sangre y llanto,

De hermanos atizar la infanda guerra, Y desolar frenéticos la tierra. Vilos y el pecho se inflamó á su vista En grave indignacion. Por otra parte Vi mentidos filósofos que osaban Escrutar tus misterios, ultrajarte, Y de impiedad al lamentable abismo A los míseros hombres arrastraban. Por eso te buscó mi débil mente En la sublime soledad: ahora Entera se abre á tí; tu mano siente En esta inmensidad que me circunda, Y tu profunda voz hiere mi seno De este raudal en el eterno trueno. Asombroso torrente! Cómo tu vista el ánimo enajena, Y de terror y admiracion me llena! ¿Dó tu origen está? Quién fertiliza Por tantos siglos tu inexausta fuente? ¿Qué poderosa mano Hace que al recibirte No rebose en la tierra el oceano? Abrió el Señor su mano omnipotente, Cubrió tu faz de nubes agitadas, Dió su voz á tus aguas despeñadas, Y ornó con su arco tu terrible frente. Ciego, profundo, infatigable corres, Como el torrente oscuro de los siglos En insondable eternidad!...Al hombre Huyen así las ilusiones gratas, Los florecientes dias, Y despierta al dolor!...Ay! agostada Siento mi juventud, mi faz marchita, Y la profunda pena que me agita Ruga mi frente de dolor nublada. Nunca tanto sentí como en este dia Mi soledad y mísero abandono Y lamentable desamor..... Podria En edad borrascosa Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa Mi cariño fijase, Y de este abismo al borde turbulento Mi vago pensamiento Y ardiente admiracion acompañase! Cómo gozara, viéndola cubrirse De leve palidez, y ser mas bella En su dulce terror, y sonreirse

Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirio de virtud! Ay! desterrado
Sin patria, sin amores,
Solo miro ante mi llanto y dolores.
¡Niagara poderoso!
Adios! adios! dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en occidente
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

José Maria Heredia.

UN RECUERDO DE PUERTO-CABELLO.

EL MANGLE.

Cuán bellas son tus aguas azules y dormidas, Tus islas solitarias, tu calma perennal, Y tus garcelas blancas, que habitan escondidas Sus olvidados nidos pintados de coral!

Cuán gratos los cantares que en lánguido desvelo Tendido en su piragua levanta el pescador, En tanto que en sus redes ó en su traidor anzuelo Se prende el pez incauto del fondo habitador;

Y ver desde tus costas entre el redondo hueco Que el viento en ancha nube y ennegrecida abrió, La trasparente luna y el argentino fleco Que en el contorno oscuro su tibia luz prendió;

Y allá sobre las cumbres de los lejanos montes Cuando la niebla invade su agreste soledad, Fosfórico relámpago hender los horizontes Sus cóncavos tiñendo de fatua claridad!

Acaso un dios marino visita en la alta noche Tu alcázar incrustado de concha y caracol, Y tiran los delfines su misterioso coche Que se hunde entre las aguas al asomar el sol.

Un coro de sirenas tal vez en pos le canta Salvajes harmonías que nunca oyó el mortal, Y el céfiro dormido, por escuchar, levanta De tus manglares bellos sus alas de cristal.

Las ondas espumosas del ronco mar vecino Respetan en sus iras tu plácida quietud, Como respeta el crímen el resplandor divino Que arroja de su frente la tímida virtud.

Del mar son los furores, del mar las tempestades, Las trombas, y del trueno la retumbante voz, Lenguaje con que en medio sus anchas soledades Maldice los linderos que le señala Dios.

Y tuyos los aromas que vierte la mañana Sobre los ténues alas del plácido terral, Y de la fresca tarde la tibia luz lejana Que trémulo refleja tu límpido cristal.

Innúmeros gaviotas que habitan las arenas Por visitarte cruzan la atmósfera sutil; Y dejan en las noches las mágicas sirenas, Por arullar tu sueño, sus lechos de marfil.

Yo he visitado tus dormidas linfas En las tardes purísimas de Abril: De tus marinas y salvajes ninfas Los cantares dulcísimos oí.

Era yo niño entónces, y embriagado A estas voces de cielo me adormí, Y en mi sueño inocente y nacarado, Vi la sombra fugaz de un serafin.

¿Fué la imágen falaz de la fortuna, De la celeste gloria, del amor, O el ángel invisible que en la cuna Mis ilusiones cándidas meció?

Yo no lo sé... pero sentí en mi frente El contacto de un ósculo de paz. Yo desperté...las forma trasparente Vi sepultarse rápida en el mar.

Sueño feliz, bellísimo, encantado, Que jamas en mi vida olvidaré, Dulce como el ambiente embalsamado, Como el beso de amor de una mujer.

Sueño que vive oculto en mi memoria Como una faz que adora el corazon, Como el eco de un cántico de gloria, Como una gota de agua entre una flor.

Oh! bellas son tus aguas azules y dormidas, Tus islas solitarias, tu calma perennal, Y tus garcelas blancas que habitan escondidas Sus olvidados nidos pintados de coral.

A. LOZANO.

EL GUAILI.

¿Veis estos montes azules Y ese despejado cielo, Puro y misterioso velo Que cubre la faz de Dios, Dosel inmenso del mundo Bajo el cual, suntuosa brilla La estupenda maravilla De la inmunera creacion?

El sol limpio señorea En la mitad del espacio, Como un inmenso topacio De espléndida brillantez, Y cual aliento de un ángel Un dulce ambiente murmura, En la trémula verdura De las palmas del verjel.

Empero, ¿ qué caro ruido Llena toda el alma mia, Cual la sublime armonía De un concierto celestial?... Oh! no es el robusto acento De las olas del oceano, Ni su horizonte lejano Que inspira la libertad....

En un bullicioso rio
Que pega de peña en peña,
Y cuya orilla risueña
Coronan árboles mil:
Es el Guaili delicioso,
Cuyas ondas cristalinas
Van huyendo de las ruinas
De otro pueblo que hubo aquí.

Sobre el escombro de un puente Alguna vez me reclino, Y nuestro frágil destino Pienso en las olas mirar.... Volando de roca en roca Un instante sin descanso Y mas luego en un remanso, Morir sin dejar señal.

Al fin, desnudo, á la sombra De algun cancho centenario, Al blando concierte vario, Del viento y del agua azul; Oyendo sobre mi frente El tierno canto de un ave, Quisiera á su voz suave Mezclar mi triste laud.

En un recodo apacible, Baja un dosel de verdura, Vigor, placer, y frescura Hallo alegre al zabullir; Y miéntras hundido vago, O en las olas jugueteo, Acariciado me creo En un regazo gentil.

Aquí la planta del hombre Apénas tiene una huella: El agua duerme ó se estrella Con belleza natural. Las rocas en toscos grupos Allá y acá se presentan, Y aquí las aguas revientan, Y allá las ciñen en paz.

Amable naturaleza!...
¿ Podrá del hombre la ruina
Tu faz grandiosa y divina
Con su tumba entristecer?...
No, porque tú eres hermosa
Aun en tus mismos furores...
Tú embelleces los horrores
Con tu sublime pincel.

El hombre, pobre copista De tu elegante belleza, Busca en vano en su cabeza Algo mas bello que tú; Pues cansado al fin, conoce Que en tí el modelo se anida En las glorias de la vida, Y en la paz del ataud.

M. M. MADIEDO.

UNA IMPRESION AL PIÉ DEL ILLIMANI.

I.

Era una tarde de Julio En que el sol se desplomaba Todo su ardor derramando Sobre una vega templada, En que la naturaleza Por los velos agostada, Con el moribundo invierno Ya victoriosa luchaba. Por todas partes mis ojos Con dulce placer miraban Praderas enriquecidas De vegetacion lozana, Que fertiliza fecundo El Chuquiapu con sus aguas. Verjel que forma un contraste Con la tierra cabrinada, De cenicientas colinas

Por todas partes cortadas En pendientes precipicios, De mil picos erizadas; Parece que un cataclismo Con sus encendidas lavas Hubiera vuelto cenizas Estas peladas montañas, De verde vegetacion Otro tiempo coronadas. Lánguida mi fantasía Y de esta idea embargada, Un objeto mas grandioso Con toda ansiedad buscaba; Un objeto que pudiese Aplacar la sed del alma, Y calmar ese deseo Que el corazon abrumaba. Ya me gozaba en las flores Que embalsaman la quebrada Dando vida al que respira Tan tibia y tan vital aura: Ya con placer el murmullo De las aguas escuchaba, Que entre las piedras del valle Quebrándose se quejaban, Regando con sus cristales Una alfombra de esmeraldas. En tan risueños objetos Y escenas tan variadas, Vagaba la mente mia Sin quedar nunca fijada: Cuando al volver una peña Por un torrente cortada Se presentó ante mis ojos Esa gigante montaña, Dominadora del mundo, De los Andes soberana.

Como al salir de un letargo Si el sol la pupila hiere, Palpita, vacila y muere Velada en negro capuz: Y los ojos deslumbrados Y en las tinieblas sumidos Quedan de pronto perdidos En un torrente de luz: Así al verla tan inmensa Tocando su frente al cielo, Cubrió mis ojos un velo, Y lleno de admiracion, Contemplaba con asombro Aquel cuerpo prodigioso; Monumento portentoso De toda la creacion.

Mustio quedé, sin aliento Viendo el inmenso coloso, Y un respeto religioso Absorbió mi pensamiento.

Y estasiado yo miraba Sin movimiento y sin voz. Aquel gigante en que Dios Todo su poder mostraba.

Cubierto de eterno yolo A todo el orbe domina, Su cabeza diamantina Es el pedestal del cielo.

En su nieve virginal Jamas ha sido posada Del hombre la planta osada Ni del águila real.

Esa cabeza eminente Perdida en el firmamento, Es tocada solamente Del rayo del sol fulgente Y del huracan violento.

De sus nieves plateadas Cien trasparentes cascadas Espumantes se desatan: Y en mil hilos destrenzadas Por su falda se dilatan.

Y fecundas resbalando Por aquel ameno suelo, Bellas flores van regando Y árboles mil que ostentando Están sus copas al cielo. Allí el granado encendido Y de corales cubierto, Se alza á los aires florido; Y su tronco eleva erguido El palmero del desierto.

Forman juntos bosque vivo, El añoso cocotero Que crece junto al olivo; Y el cedro que abriga altivo Al preciado limonero.

Esta risueña pradera Es sitio de bendicion, En ella fijó hechicero Una eterna primavera Su encantadora mansion.

II.

En un bosque de naranjos Respirando aromas mil Con que el ambiente embalsaman El azahar, el aleli, El nardo, la rosa pura Y el oloroso jazmin; Una deliciosa tarde En dulce placer viví. El alma toda ocupada De inspiracion juvenil, Adormida se mecia Cual la flor en su pensil: Y el corazon embargado De dulce quietud feliz, Calmaba aquellos latidos En que oscilando ¡ay de mí! Entre el dolor y el fastidio, Y en agitacion febil, Solo á mi mente delirios Inspiraba y frenesí. Allí toda mi amargura En un instante la vi Disipada, y en placeres Convertido mi sufrir: Y toda la mente mia Ocupaba ya el matiz De las esmaltadas flores,

O ya el armonioso fin Con que las sentidas notas De su gorjeo sutil, Hace escuchar melodioso El pintado colorin.

En uu instante volaron Estas apacibles horas, Empero otras seductoras Mis momentos ocuparon.

Apénas el rey del dia Escondió sus luces puras. Un mar de nieblas oscuras Los hondos valles tubria. Y presuroso subiendo A las altas serranías, Entre sus ombras sombrías Las iba todas hundiendo.

De pronto cubierto el mundo Por este diluvio inmenso, Quedó sepultado en denso Y oscuro vapor profundo.

Solo la frente elevada Del encumbrado gigante Por la viva luz brillante Del sol era iluminada.

Y esa frente colosal En el espacio encendida, Parecia desprendida De su eterno pedestal.

Radiante en la oscuridad Asombro causaba verla, Como una infinita perla Colgada en la inmensidad.

Este faro luminoso Al fin tambien se apagó Y todo se halló cubierto De la oscura inundacion: Y en un solemne silencio De aletargado sopor, Muda la naturaleza Como los hombres quedó. Entónces al sentimiento De triste meditacion, En la soledad tranquila Toda mi alma se entregó; Y en la misteriosa noche Sintiendo la emanacion Deliciosa que exhalaban Los limoneros en flor, Gozaba eu silencio mudo De la asombrosa impresion Que me causó ese coloso Obra gigante de Dios!

MARIANO RAMALLO,

CHORONI. FRAGMENTO.

Cuán dulce es ver las aguas cristalinas Ir por el valle susurrando amores, Y salpicar las hojas purpurinas Con sus blancas espumas á las flores.

Y ver cómo sin tregua y sin descanso Con giros mil la retozona brisa En ondulantes pliegues, del remanso La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplenderoso Su lumbre cuelga en la mitad del cielo, Y con su rayo ardiente y caloroso Deslumbra y quema el fatigado suelo;

Cuán dulce es reposar bajo la sombra De la seiba ramosa y estendida, Y entre la yerba ver que el suelo alfombra Correr la fuente que á beber convida!

Y esa ráfaga ver arrébolada, Manto oriental de púrpura y de grana, Que el sol tiende en la bóveda azulada Al ocultar su lumbre soberana.

Y cuando al aclarar en Occidente Su luz sepulta al fin su última estrella; ¡Cuán grato es ver en el opuesto oriente, La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas, Que la noche al pasar dejó prendidas Sobre la abierta flor, colgando en ondas Al borde de las hojas suspendidas.

Y entónces escuchar en la espesura De la paloma la sentida queja, Que mas que la espresion de su ternura, Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece Al desatarse en dulce melodía, Y que desde la rama en que se mece, Con sus himnos de amor saluda al dia.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo Que vagas libre en pos de tus amores! ¡ Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo, Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado Con que su amor tu compañera llora, El gorjeo sentido y delicado Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores Sin que te pesen importunas leyes, Que del aire los plácidos cantores No han menester repúblicas ni reyes.

Yo buscaré la dicha en tus cantares, En tus bosques la paz y la ventura: Y allanaré la voz de mis pesares De quieta soledad en la espesura.

José Antonio Maitin.

LA MAÑANA.

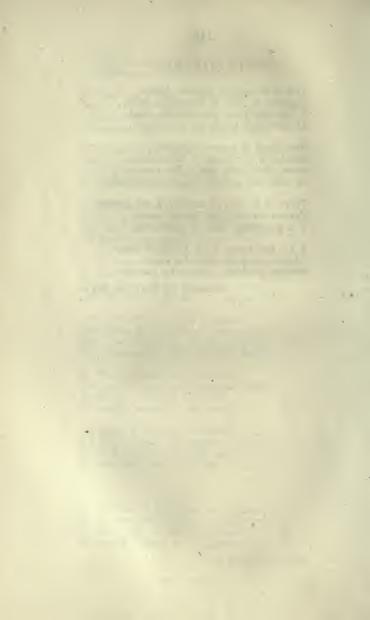
Alza la aurora su virgínea frente Bañando el cielo de encendida grana, Y húmedas rosas despidiendo ufana Al mostrarse gentil por el oriente.

Pero ántes el lucero refulgente, Heraldo y precursor de la mañana, Subió anunciando que la luz cercana Es muy mas que su luz resplandeciente.

Vuelve á la vida el mundo; á sus amores Tornan las aves con festivo canto; Y á su rústico afan los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto Cálices puros de gallardas flores, Brindan perfume, suavidad y encanto.

GABRIEL A. REAL DE AZUA.



III.

JUVENTUD, AMOR. Y AMISTAD.

MONA, ATTERNATE

A LA JUVENTUD.

«Abre tus puertas, mundo!..ensancha, vida, Para mí tu camino!
Broten raudales de placer divino,
De amor, de libertad! grandes pasiones
Dadme, dadme sin fin...mi alma encendida
Se agita en sed de vivas emociones.
Quiero agotar ¡o vida! tus tesoros,
Devorar quiero, mundo, tus placeres,
Gloria, virtud, festines y mujeres;
Cantos, risas, y amores...
Todo debe formar mi alta ventura,
Todo lo encierras en tu rico seno,
Como guardan las flores
En su caliz feliz la esencia pura.».

«Es tan bella la vida!...y vigorosa
Palpita, hierve en mi agitado pecho:
Y cual hielo deshecho
Al rayo vencedor del astro ardiente,
De mi inspirada mente
Se disipan las áridas lecciones
De la adusta esperiencia,
De la helada vejez vanas visiones
Para espantar la crédula inocencia.»

«Horrible te pintaban, mundo amado, Y un eden puro de delicias eres: Tu ambiente perfumado En languidez sublime me aletarga... Dáme, dáme placeres, Que el alma es grande, la existencia larga! Gozar quiero, gozar!...tantas hermosas De frente pura, de mirar sereno,

8*

Mi ardiente culto aceptarán gozosas: Coronado de rosas Y adormecido en palpitante seno, Gozando cantaré su amor divino, Que es amor de la vida el dulce encanto Y amor será mi plácido destino: Mi destino feliz! quién ; ay! merece Culto tan santo, adoracion tan pura Como vosotras, que debeis al cielo, Con el alma de un ángel su hermosura? ¡ Mujeres adorables! no se mece Tan bella flor en esmaltado suelo Al soplo de la brisa, Ni de aromas tan suaves, Como es hermosa y dulce la sonrisa De vuestra pura boca, Que al beso ardiente del amor provoca.»

«En vuestro seno, cándido, inocente No cabe, no, la falsedad traidora, Pura el alma teneis, pura la frente, Como la luz primera de la aurora. Vírgenes celestiales! De vuestro amor las dulces emociones Me inundarán de áromas y armonía, Y vosotras seréis los manantiales De mi eterna alegría: Y si penetro de la gloria al templo, Si pulsando la lira al orbe admiro; O dando heróico ejemplo, De amor de patria y libertad ardido A las lides me lanzo, Y el laurel á los héroes concedido Por mi valor y mi entusiasmo alcanzo: La guirnalda preciosa, Por vuestras manos de marfil tejida. Refrescará mi enardecida frente: Y en vuestros brazos bellos La laureada cabeza descansando, Me adormiré escuchando Del popular aplauso el alto grito, Y en ensueños de gloria Veré mi nombre en letras de oro escrito Entre los grandes héroes de la historia.»

«¡ Gloria! don celestial! númen divino! Eterna fuente de grandiosos hechos! ¿ Dó estan los tibios pechos Que no palpiten á tu nombre augusto? ¿ Dó las almas cobardes Que no se inmolen en tu altar sublime? Sed de tí me devora, Y de alcanzarte la ambicion me oprime... No mas ¡ ay! con tu sombra me desveles; Toma mi vida, y dáme tus laureles.»

«La vida, sí, la vida!...hermosa ofrenda Si en las aras divinas se consagra De la alma libertad, y tu aureola La ciñe en torno de celestes rayos. Oh! la muerte no es muerte!... Si eterna vida me concedes, gloria, La muerte es la victoria! ¡Verdugos! preparad vuestros cuchillos, Vuestros cadalsos levantad, tiranos! Aquí os espera mi entusiasmo ardiente, La palma del martiro entre las manos Y el eterno laurel sobre mi frente!»

«De mi tumba gloriosa El tierno amor y la amistad sincera Con llanto y flores regarán la losa... El amor! la amistad! bienes divinos Que á mis bellos destinos Serán perfumes de celeste rosa.»

«Abre tus puertas, mundo, que ya ansío Tus goces devorar y aun tus dolores... Todo es sublime en tí, nada sombrío; Placeres, amistad, cantos, laureles, En tí mezclado con virtudes veo: Puros tus goces, tus amores fieles, Grande tu gloria y tus encantos creo.»

Dice la juventud, y ardiente avanza Por el estéril campo de la vida, De mil flores ceñida, Llena de fe, radiante de esperanza... ¿ Qué haces del hombre ¡ oh mundo! Que lleno de ilusiones A tí llegó con férvido entusiasmo Pidiéndote virtudes y emociones?... Su dardo agudo el desengaño esgrime,
La fe vacila, el entusiasmo calma,
Nace la duda que emponzoña el alma
Y entre tinieblas la esperanza gime.
Esto le das ¡oh mundo! y cuando todas,
Sus creencias y virtudes
En tus abismos el dolor derrumba,
Triste y árido hastío
Le roe el alma con su diente frio,
Y le arrojas cadáver en la tumba.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

RECUERDOS A LOS LUGARES DE LA INFANCIA

Lugares gratos, risueños,
De mi juventud primera
Do mi dulce primavera
Pasé entre plácidos sueños;

Palmas bellas, bosque umbrío, Fuentecilla, aves canoras Que llenabais, seductoras, De embriaguez el pecho mio.

Me encantó vuestra presencia Cuando el alma no gemia, Cuando el corazon dormia El sueño de la inocencia.

Cuando la vida á mis ojos Era espléndido un jardin, Un horizonte sin fin, Sin espinas y sin abrojos.

Ahora ese vasto horizonte, Ese jardin de ventura Es cual honda sepultura Al pié de un áspero monte.

Ahora es la vida un letargo, Que solo finge á la mente El cuadro oscuro y doliente De nuestro sufrir amargo. Es como nave ligera Que impelida por el viento Sobre un lago turbulento Va á estrellarse en la ribera.

Y no pudiendo evitar El náufrago la tormenta, Tranquilo á mirar se sienta El escollo en que ha de dar.

Es fatídica una llama Que sin alumbrar devora, Que sobre el pecho, traidora, Su incendio voraz derrama.

Y si en el alma nos queda Oculta alguna pasion, Es lava de destruccion Que quemando el pecho rueda.

¡Oh! ¿ porqué corren los años De la niñez inocente, La niñez en cuya frente No se sientan los engaños?

Veloz el tiempo y sutil Prendidas lleva en sus alas Las visiones y las galas De la juventud gentil.

Por eso es dulce el placer De recordar lo pasado De ese tiempo afortunado Que jamas ha de volver.

Por eso, sí recordamos Un bien que ya no tenemos, Que nos alejamos creemos Del mal que experimentámos.

Que la desventura misma Solo por haber pasado La mira el pecho encantado Al través de lindo prisma.

Oh sitios blandos, risueños, De mi juventud primera, Do mi dulce primavera Pasé entre plácidos sueños.

Aun os quedan esas flores Que en mi niñez conocí, Os queda el bosque que vi Rico en matiz y en olores.

Aquí todo entre ilusion Sigue su marcha invariable; Aquí todo es inmutable Excepto mi corazon.

Ese lago en cuya hondura Brilla la luna argentada Sigue en paz sin perder nada De su transparencia pura.

A ese bello firmamento Le queda su fondo azul; Le queda el flotante tul De nubes que lleva el viento.

Ellas se disuelven hoy Para aparecer mañana Sirviendo al alba temprana De cortejo y de convoy.

Le queda al limpio horizonte Su tarde y su blanca aurora, Le queda ese sol que dora El verde y distante monte.

Y esos celajes risueños Que hacen su lujo y su gloria, Pero á mí...solo la historia De mis pasados ensueños.

¿ Adónde voló el encanto De la inocencia pasada? ¡ Nuestra ventura es soñada Y despertamos al llanto!

En esa edad de ventura El mundo y el falso aliño Deslumbra y ciega de un niño El alma cándida y pura. Yo creia ver en mi anhelo Un Dios en cada mujer, En cada objeto un placer Y en cada placer un cielo.

Yo entónces no sospechaba Que hubiese hombre engañador; Yo creia en el amor Porque entónces deliraba.

Yo pensaha en mi contento Que el labio jamas mentia, Y que el tiempo sucumbia A la fe de un juramento.

Yo miraba á la mujer Linda como errante estrella, Y creí al verla tan bella Que era eterna en su querer.

Ahora busco en mi fatiga Una ilusion hechicera, Alguna blanda quimera, Alguna esperanza amiga.

Y solo hallo en mi ansiedad Orgullo, mentira, nada.... Y la imágen descarnada De la estéril realidad.

Sí volaron las visiones De la cándida inocencia; Y en hiel trocó la experiencia Mis ántes blandas canciones.

En tanto la tierra rueda Entre un mundo de ilusion; ¡Solo el seco corazon Una sola no le queda!

Y yo correré anhelante De la vida en el sendero, En pos de un bien que no espero Y que toco á cada instante.

Y en este vivir ansiando, Y en este morir viviendo, Vase el tiempo transcurriendo Y nuestra vida menguando.

¿ Qué nos importa vivir Si aunque cien años contemos Se tocan en los extremos El nacer con el morir?

¿ De qué vale un año mas De existencia pasajera Si es la vida una carrera Mas inquieta que fugaz?

¿ De qué sirve que el espacio Eterno corras ; oh sol! Y tiñas con tu arrebol Esos techos de topacio?

¿ De qué vale que tu luz Mi vista ansiosa deslumbre Si al fin es fuerza que alumbre Un sepulcro y una cruz?

Porque habremos de llegar A nuestro término impío, Como las ondas de un rio A los abismos del mar.

Vendrá el dia en que renuncie A esta gran naturaleza, A su pompa, á su belleza Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora en que todo Lo mire desparecer, Cuando se borre mi ser Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora en que otro hombre Me cave en la tierra dura Una estrecha sepultura Y ponga en ella mi nombre.

En vano entónces la tierra Brotará plantas y flores; No mas veré los primores Que ella en sus senos encierra. En vano soberbio el mar Ostentará su presencia; No mas desde una eminencia Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí Embriagará con su aliento, En vano, sí, porque el viento No soplará para mí.

En vano levantará Su blando arullo la fuente, Que su murmurio inocente Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oido Ni para el pecho habrá amores, Para la vista colores, Ni un placer para el sentido.

Entónces, luna, del cielo Emperatriz y señora, Benigna dispensadora De la calma y del consuelo;

Entónces tú seguirás En tu marcha misteriosa, Y mi tumba silenciosa, Blanca luna, alumbrarás.

Tú correrás el espacio Para no acabar tal vez, Del firmamento al traves Que te sirve de palacio.

Y tu lánguida lumbrera De la noche en el misterio Alumbrará un cimenterio Y una seca calavera.

José A. MAITIN.

EL AURA DE AMOR.

Al beso del aura derraman las flores Sus copas de olores Con suave candor; Y llenos de aroma, de vida y consuelo, El bosque, la tierra, la brisa y el cielo, Exhalan perfumes de paz y de amor.

Y es pura y es santa la esencia primera Que vierte hechicera La tímida flor; Como es inocente la lágrima pura Que brilla en los ojos de casta hermosura Al beso primero del aura de amor.

La cándida niña, donosa, inocente, Que mira en su frente Brillar el pudor; Suspira y ansía sentirse inspirada, Y en sueños divinos verter perfumada La esencia primera del aura de amor.

Y en dulces delirios mirar seductoras La vida y las horas Rodar sin dolor, Cual ruedan sencillas en noches de estío Las ondas ligeras del diáfano rio Al leve suspiro del aura de amor.

El ave nos brinda sus nítidas plumas, El mar sus espumas, Las flores su olor; La tierra sus galas brillantes y bellas, Y el cielo sus nubes y blancas estrellas, Antorchas divinas de paz y de amor.

Empero, ¿ qué fueran sus castas dulzuras, Sus lágrimas puras, Su eterno fulgor... Si nunca vinieran en rápidos giros Vertiendo ligeras sus dulces suspiros Las cándidas alas del aura de amor?...

Horrible nos fueran los mares y estrellas, Las tristes querellas Del ave y la flor; Y lánguidas fueran las suaves caricias, Que llenan el alma de afables delicias, Apénas sentimos el beso de amor.

El mundo nos brinda sus mil serafines, Sus ricos jardines De angélico olor; Y en tanto sentimos su dulce armonía, Los goces del alma nos dan poesía, Y eternos nos dicen: «¡la vida es amor!»

RAFAEL MARIA MENDIVE.

SIN CONOCERTE.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA A. O. DE C.

En las remotas playas
Donde la luz primera,
En mi infantil pupila
Se reflejó al nacer,
Antes que el sol asome,
Su roja cabellera
Los horizontes dora
Con oro y rosicler.

Y las sedientas nubes Aspiran el aroma, Que arranca á un suelo vírgen Su aliento abrasador, Y á perfumar la senda Del astro rey que asoma, Formando su guirnalda, Se agolpan en redor.

Cuando la tarde tiende
Su diamantino velo,
Y luchan confundidas
La sombra con la luz,
Mucho ántes que serena
Cruce la luna el cielo,
Anuncia su venida
La ardiente cruz del sud.

Si en medio de los campos
Donde su mano toda
Henchida de altos dones
Abriera el Hacedor,
En ágil parejero
Vagar os acomoda,
Marchando paso á paso
Para escuchar mejor:

Mucho ántes que de cerca Los contempleis ardiendo, Sentís de los volcanes El grito colosal, De rios y torrentes El fragoroso estruendo, De los lejanos vientos El eco sepulcral.

Al pié de un ancha sierra, Sobre el estenso llano Donde los ojos giran Con ansia y nada ven, La brisa de repente Con ámbar soberano Inunda del viajero La fatigada sien.

Y aspira la fragancia Del Seibo majestuoso, De las plateadas hojas Y de encarnada flor, De el Guayacan, el trébol Y el tala vigoroso, Que al márgen de los rios Se eleva triunfador.

O escucha los suspiros Del aura que recorre, Y vibra entre las hojas Del férreo ñandubay, O el áspero mugido Con que bramando corre, Quebrándose en las rocas, Veloz el Urugay.

Así aunque no conozco Tu angélico semblante, Ni de tu voz celeste La mágica espresion, Al hojear tu álbum He visto rutilante, Bellísimo reflejo De un ángel de ilusion.

Pintores y poetas
Revelan de antemano,
Que iguala á tus hechizos
Tu gracia y tu virtud,
Y liras y pinceles
Intentan ; ay! en vano
Pintar lo que no es dado
Pero que inspiras tú!

¿ Qué importa?... son el eco, La voz que donde quiera Traiciona tu existencia Y un himno eleva á tí: Perdona si arrostrado Por tu beldad, sincera Quise una flor humilde Poner tambien aquí.

Recuerdo de un estraño,
De un triste peregrino,
Es flor de ajeno suelo
Que marchitó el dolor...
Alzarla de tus plantas
Querrás, ángel divino,
Y por tu bien con ella,
Mis ruegos al Criador.

ALEJANDRO MAGORIÑOS CERVANTES.

CANCION.

Las tiernas hijas del Plata Mas frescas son que las flores, Sus palabras son amores, Dulce halago es su mirar. Infeliz quien sus virtudes Y quien sus gracias no admira, Mas infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!
Ten tus alas un momento,
No me robes el contento,
Manso viento.

Cual la lumbre que de noche La luna esparce en los cielos, Nos vierten ellas consuelos En las horas de amargor; Y, si risueño el destino Placeres nos atesora, Son como flor que en la aurora Nos embriaga con su olor.

> Ten tus alas un momento, No me robes el contento, Manso viento.

Sus negros ojos alcanzan De los amores la palma; A traves de ellos el alma Se ve cándida brillar; Como entre arena plateada, Refleja el nácar luciente A traves de su corriente El augusto Paraná.

> Ten tus alas un momento, No me robes el contento, Manso viento.

Sus corazones abrigan La pureza de su cielo, La inocencia de su suelo, Lo benigno de su sol: Al picaflor ellas vencen En viveza y en donaire, Y les da la flor-del-aire Su fragancia y su frescor.

Ten tus alas un momento, No me robes el contento, Manso viento.

Pobre de mí, que ya nunca Las veré en playa estranjera! Pobre de mí cuando muera Sin que me aliente su voz. Si escribió suertes risueñas Allá en su libro el Eterno, Tambien cual noches del invierno Oscuras las escribió.

> Ten tus alas un momento, No me robes el contento, Manso viento.

Adios, estrellado cielo, Adios, oh Rio Argentino, Donde me lleve el destino Serán tus hijas mi amor. ¿Cuál habrá entre ellas que un dia Mi oscuro nombre repita? ¿Ningun corazon palpita Cuando oye mi triste voz?

Ten tus alas un momento, No me robes el contento, Manso viento.

FLORENCIO BALCARCE.

A LA ESPERANZA.

Mágico nombre que el mortal adora, Sueño feliz de encanto y de ilusion, Tú cuya luz al porvenir colora, Tú, cuyo aroma embriaga al corazon:

Supremo bien, que el cielo bondadoso Otorgar quiso al infeliz mortal, Cual en desierto estéril arenoso, Hizo nacer un puro manantial:

Eres de Dios la paternal sonrisa, Eres el don de su divino amor, Mas suave que el murmullo de la brisa, Mas dulce que el aroma de la flor.

Eres un ángel que acompaña al hombre Desde la cuna al fúnebre ataúd, A la inocencia hechizas con tu nombre, Alientas con tu voz á la virtud.

Tú sola das un bálsamo divino Al lacerado y yermo corazon, Y de la vida en el erial camino Tuyas las flores que se encuentran son. Hasta en la losa de la tumba fria Vierte tu luz divina claridad, Y al penetrar en su mansion sombría El hombre espera inmensa eternidad.

Por ti el guerrero de su hogar querido Corre al combate con heróico ardor, Y del cañon el hórrido estampido Escucha sin espanto ni temor.

Tuya es la voz que le promete gloria, Tuyo el afan que se despierta en él, Mostrándole una página en la historia Y una corona eterna de laurel.

Al marinero que en el frágil leño Surca el imperio del terrible mar, Tú le prometes de tesoros dueño A la patria querida retornar.

Ay! tu tambien delirio lisonjero Siempre serás del triste trovador. Tú de su vida el áspero sendero, Perfumarás con encantada flor.

Tuya es la voz que escucha enardecido, Que le revela un alto porvenir, Y de las leyes del eterno olvido Intenta audaz un nombre redimir.

En vano envuelta en el inmundo cieno La envidia exhala su infernal vapor, En vano vierte insana su veneno, En vano lanza el grito detractor.

Que cuando se alza en el brillante cielo Mirando al sol el águila real, No ve al reptil que en el oscuro suelo Clavarle intenta su aguijon fatal.

> Y tú, tierno amante Que triste suspiras De ausencia las iras, De olvido el rigor,

¿ Qué balsamo suave Mitiga tu pena, Y encanta y serena Tu acerbo dolor?...

Tú sola, Esperanza! Tu influjo divino Del crudo destino Se sabe burlar.

No temen tus flores La fuerza del hielo, Y en árido suelo Las haces brotar.

Ven, pues, ¡ oh Diva! tu favor imploro, Muéstrame ya tu seductora faz... Ah, no te pido ni el laurel, ni el oro, Solo ambiciono sosegada paz.

Déjame ver en venidero dia Una choza pajiza entre verdor, Miéntras trinando en la enramada umbría Las aves canten su inocente amor.

Allá me ofrece la apacible calma Exenta de temor y de inquietud, Descanso dulce que apetece el alma, Supremo bien, que anhela la virtud.

De las ciudades el ambiente impuro No osará, no, mi asilo penetrar. Ni de un palacio el ostentoso muro La luz del sol me llegará á robar.

No verè allí ni mármoles ni bronces Que presten su dureza al corazon, Y libre siendo por mi bien entónces, Me inspirarán sus dueños compasion.

No allí la envidia arrastrará su planta, Ni la calumnia elevará su voz, Ni la perfidia, que al herir encanta, Ni la codicia, allí estará, atroz. Ni allí abrazada de la fiebre impía Beberá el alma en turbio cenagal, Ni en el silencio de la noche umbría Oiré el rumor de inmundo bacanal.

Ni veré frentes pálidas, marchitas, Surcadas ¡ay! en tierna juventud, Cual si de Dios por el furor malditas Ansias enoja la paz del ataúd.

Mas en la tarde, al márgen del arroyo, Veré cansado al labrador pasar, Del pueblo honor, de su familia apoyo, Que alegre torna á su tranquilo hogar:

Y del ganado escucharé el balido, Y allá distante el compasado son Con que se anuncia al ánimo abatido La hora feliz de calma y oracion.

Sauces dolientes, palmas solitarias, Templos serán, no ingratos al Señor, Donde dirija al cielo mis plegarias, Cual puro aroma de inocente flor.

Será la grama mi alfombrado suelo, Tendré do quier magnífico dosel, Harán las hojas su vistoso velo Y flores mil resaltarán en él.

Y miéntras duerma en el modesto lecho No sentiré latir el corazon, Ni conturbarse mi agitado pecho Con sueños ¡ay! de gloria ni ambicion.

Al despertar con las pintadas aves Saldré à los campos, saludando al sol, Y entre perfumes cándidos, suaves, Me embriagaré de luz y de arrebol.

Para mi mesa ofrecerá la oveja Su blanca leche, y frutas el verjel, Agua la fuente, y la industriosa abeja Panales mil, de perfumada miel.

Ay! este cuadro, en que descansa el alma Pinta, esperanza, en mágico cristal, Y en dulce sueño de inocencia y calma Deja que olvide el ruido mundanal.

Deja que alegre tus promesas crea, Deja que venza al desaliento atroz, Aunque mentida mi ventura sea, Aunque desmienta el porvenir tu voz.

> Y pasen del mundo Placeres risueños, De gloria los sueños, De amor la ilusion.

> Y pasen las voces Del frio ateismo, Que arroja el abismo De estéril razon.

Y pasen pugnando Las viejas naciones, Queriendo eslabones Eternos romper.

Y oprima el tumulto Legitimo dueño, Y tiemble del ceño De intruso poder.

Y pasen del hombre Locuras, dolores, Blasfemias, furores, Proyectos sin fin.

Veré solamente, Mecida en tus alas, Mi choza, las galas Del bello jardin.

Y en vano del mundo La pompa engañosa Mi paz venturosa Querrá perturbar. Seré á su atractivo, Que al necio alucina, Del monte la encina, La roca del mar.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

LA VIRGEN BAÑANDOSE.

Sobre la playa estendida El mar sus ondas desliza, Y en la arena movediza Templa el ímpetu fugaz.

Ríela en las verdes aguas Del sol la luz placentera: Cruza en tanto la ribera Doncella de blanca tez.

No es mas hermosa en el cielo De amor la fúlgida estrella; No el azahar que descuella En el florido jardin.

Sueltos los cabellos viene, Desnudo el pié torneado, Y el albo cuerpo velado En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas Templar el ardor de cuero, Por eso al rayo primero Dejará el paterno hogar.

Llega á la orilla y se para, Que frio el líquido siente; Córtale luego impaciente Como veloce alcion.

Mirábala yo embebido Perderse en alegre juego, Y sobre las aguas luego Húmedo el cuello mostrar. Dichoso el mortal, la dije, Que amor encuentre en tus ojos, Disiparas sus enojos, Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata De un ángel de paz al lado, Para, en su seno, arrullado, Dormir, exento de afan:

Beber el hálito suave Que exhala inocente boca, Cuando el halago provoca, Con sus palabras de amor.

Mirar el rostro sereno, Contino de la hermosura, Que á ser del hombre ventura, Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda, Que aguarda, niña hechicera, A quien la diestra sincera De vírgen esposa des.

Mas ¡ay! si á lazos profanos Sujetas el débil cuello, Verás, cual vano destello, Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga, Por siempre, niña, en el pecho, Si cae una vez deshecho Muro, que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso Las seductoras miradas, Que van en ellas mezcladas Venturas y perdicion.

Así la rosa que aromas Esparce en el prado ameno, Perece si el tierno seno Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta, Vuelve á tu pobre morada, Y allí del mundo olvidada, Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío La ruborosa violeta, Y nunca mano indiscreta La roca al suelo feliz.

ADOLFO BERRO.

ESPERA A ORILLAS DEL MAR.

Ven, mujer, á mis ojos mas hermosa Que en la mañana purpurina rosa Ornato del jardin: Pura como María Que el Gólgota vió un dia Verter llanto sin fin.

Ven, que reina la noche, y la ribera Con mustia luz alumbra en su carrera La luna virginal; Ven y aspira el ambiente Que circunda mi frente A orillas de la mar.

Todo al sueño se entrega sin temores:
Nadie perturbará nuestros amores
Al pálido destello:
Y en tu seno, bien mio,
Se enjugará el rocío
Que moja mi cabello.

Llega, pues, que sin tí todo en el suelo
Ofrece solo imágenes de duelo
Al alma combatida:
Y solo en tu presencia
Recobra mi existencia
La paz apetecida.

Deja hermosa el blando lecho Do no encuentras dicha alguna; Es mas dulce aquí en mi pecho Reposar, miéntras la luna Se refleja en blanco techo. ¿ Qué placer mas acabado Puede darse en este suelo, Que mirar á su adorado Bajo puro y vago cielo En amores abrasado?

¿ Qué mayor contentamiento Que, cruzando la ribera Escuchar el dulce acento Del que prueba ya el tormento Que da amor á quien espera?

¿ Mas deseados los sonidos De la danza, siempre impura, Son tal vez á tus oidos, Que del pecho los latidos, Cuando colmas mi ventura?

¿ Porqué, pues, con loco anhelo, Do te llama la velada, Vas corriendo engalanada, Y hoy olvidas que yo velo En la orilla despoblada?

Ven, ingrata, á esta ribera Sin joyeles, desceñida Tu flotante cabellera, Y aun serás mas hechicera Que la aurora á su salida.

Aquí crecen blandamente Nacaradas bellas flores, Esperando solamente Para dar suaves olores Que las ponga yo en tu frente.

Todo aquí al amor provoca, Todo, amor está diciendo; Llega, hermosa, que tu boca Lo repita al ronco estruendo De las aguas en la roca.

Acolfo Berro.

YO TE AMO.

Je t'adore ange, et t'aime femme. Dieu, qui par toi m'a complété, A fait non amour pour ton âme Et mon regard pour ta beauté.

V. Hugo.

Como la rosa nueva Que su perfume exhala Cuando refleja el cielo Su colorido al alba, Así pura es la vírgen Que yo amo con el alma, Y es linda cual la aurora Teñida de oro y nácar.

Cual la paloma tierna Que entre la selva canta, Meciéndose graciosa En una débil rama, Así su voz es dulce Cuando esta frase mágica: «Yo te amo,» me repite Estremeciendo mi alma.

Como vestal purísima, Como vision fantástica, Que forja entre misterios La mente acalorada, Así á mí me parece Cuando la luna pálida Sobre su talle esbelto Su luz tenue derrama.

Como la sombra al cuerpo Sigue siempre ligada, A esta mujer angélica Así está unida mi alma: Que ella es para mi vida Como el rocío á la planta, Como el azul al cielo, Como la estrella al nauta.

Luis L. Dominguez.

LA DIAMELA.

Dióme un dia una bella porteña, Que en mi senda pusiera el destino, Una flor cuyo aroma divino Llena el alma de dulce embriaguez; Me la dió con sonrisa halagüeña, Matizada de puros sonrojos, Y bajando hechicera los ojos, Incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla Como don misterioso del cielo, Que algun ángel de amor y consuelo Me viniese, durmiendo, á ofrecer; En mi seno inflamado guardéla, Con el suyo mezclando mi aliento, Y un hechizo amoroso al momento Yo sentí por mis venas correr.

Desde entónces, do quiera que miro Allí está la diamela olorosa, Y á su lado una imágen hermosa Cuya frente respira candor; Desde entónces por ella suspiro, Rindo el pecho inconstante á su halago, Con su aroma inefable me embriago, A ella sola consagro mi amor.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

AVISO.

Quejábase llorosa
La insensible Dorina,
Y en nada halla consuelo
Al dolor que la agita:
Quejábase y á todos
Inquiere y solicita,
Y á su perrita llora
O robada ó perdida.

Aquellos ojos bellos Donde el amor se anida, Para herir con ventaja Al que incauto los mira; Ya tristes y agitados Opacamente brillan, Mostrando de su pena La imágen espresiva.

Los labios que á la rosa Los colores imitan, Por donde entre corales Las perlas te divisan; Los labios, que teniendo Tantas almas cautivas Con un «no» dan la muerte, Con un «sí» dan la vida: Ya trémulos exhalan, No la amable sonrisa, Sino los tiernos ayes Que su pecho suspira; Su pecho de diamante Donde el amor afina Las flechas, porque hagan Incurables heridas, Tambien siente la pena Y agitado palpita, Cual tierna flor que el cierzo Del vástago derriba. Ligeros cupidillos En torno de ella giran, Mariposas amantes Que el dulce aroma liban. De Citerea el hijo Satisfecho la mira, Ya á su víctima bella Engañado acaricia. Ya del triunfo ilusorio La proeza publica, Clamando ... la he vencido!... Mas entónces Dorina, Volviendo del deliquio Que la embarga y atrista Le dice: «rapazuelo De condicion maligna, Ni tu imperio ocasiona, Ni tu ciencia adivina

El motivo que causa La amarga pena mia... Dime si acaso sabes Qué mano cruel, impía, Robó de mis halagos A mí dulce perrita. Ay! no sabe el tirano De cuánto bien me priva, Y el tesoro del alma Que con ella me quita. Cleópatra es su nombre Y bien pudo la egipcia Mas soberbia ostentarse, Pero nunca mas fina. Su delicado cuerpo Suave vellon cubria, Que en cándidos anillos Los céfiros agitan. En torno al albo cuello, Para señal te sirva, Es su joyante seda Ménos larga y pulida. Y sus pequeños ojos Cual negras estrellitas, Entre copos de nieve Le bailan y le brillan. Ah! cuán fina do quiera A mi encuentro salia Removiendo la cola Juguetona y festiva, Y al mirarme enojada, Con espresion sumisa Arrastrándose humilde Desarmaba mis iras. A veces oficiosa Al verme pensativa, Agitada espresaba Su curiosa fatiga: O fijándome inmóvil Atenta é indecisa, Leer mis pensamientos En mis ojos queria. Tan fiel como celosa, Si acaso alguna amiga Me tomaba la mano O el cuello me ceñia, Con sonorosos ladridos

A su rival gruñia. Como quien reclamaba Sus derechos...ó altiva Atacando al zapato Mas resuelta me hacia Con el ebúrneo diente Agradables cosquillas. Estas son, o Cupido, Las señas distintivas Con que debes buscarme A mi fiel falderita Si la encuentras, protesto A tu imperio rendida, Que mi pecho á tu aljaba No mas fiero resista; Y llevar en ofrenda A tus aras propicia Mas blancas que mis manos Dos tiernas palomitas.» Mas Cupido que atento La contempla y suspira, Arrojando á sus plantas El carcaj y la vira, Balbuciente la dice Con espresion divina: Tu pecho y tus palomas Conserva, amable niña. Yo buscaré con ansia Y encontraré á fe mia, A ese objeto dichoso De tu amor y mi envidia; Darételo adornado De flores y de cintas Mas oye'... que has de darme Un beso por albricias.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

MALVINA.

Cuando va tu voz, Malvina, Siguiendo cada inflexion Del tierno armonioso son Que esprime tu harpa divina: Guando tu mano graciosa
Pulsa la trémula cuerda
Sin que á su contacto pierda
Su blandura deliciosa:
Entónces, bella Malvina,
Imposible es, que haya un alma,
Que se mantenga en su calma
En tu presencia divina.

Si de la verde gramilla,
Al compas que da el Obué,
Tu pequeñísimo pié
Los tiernos tallos humilla:
Si de actitud voluptuosa,
Tu talle gentil, esbelto
Agil cambia, y siempre suelto
Otra toma mas airosa;
Entónces, bella Malvina,
Apénas hubiera un alma,
Que conservase su calma
En tu presencia divina.

Si tus labios de carmin
Los conmueve una sonrisa,
Y en tus dientes se divisa
La blancura del jazmin;
Si el pañuelo trasparente,
Que el cándido pecho cubre,
Al blando latir descubre
La móvil forma turgente,
Entónces, bella Malvina,
No hay sobre la tierra un alma
Que pueda mostrarse en calma
En tu presencia divina.

Si tus ojos humedece Centellante y cristalina Una lágrima, Malvina, Al ver un ser que padece; Si al correr por tu mejilla, Pára en ella un solo instante, Como chispa de diamante Que sobre una rosa brilla, Entónces, bella Malvina, No creo que hubiera un alma, Que permaneciese en calma En tu presencia divina. Cuando el nítido arroyuelo,
Con su linfa cristalina,
Cubre tus formas, Malvina,
Como trasparente velo;
Y que bulliciosa y pura,
Lamiendo el nevado cuello
Los rizos de tu cabello
Acaricia con blandura:
Entónces, bella Malvina,
Estoy cierto que no hay alma,
Que pudiera estar en calma
En tu presencia divina.

En blanco y mullido lecho Vi de Malvina dormida, La cabellera esparcida Sobre el cuello y lindo pecho, No era de simple mujer, Era de ángel su presencia, Era la misma inocencia Representada en su ser. Entónces, bella Malvina, Entónces sentí que mi alma Habia perdido su calma En tu presencia divina.

JUAN GODOY.

EN EL ALBUM DE UNA BRASILERA.

¿ A qué nacer la flor en el desierto
De las galas del lujo asaz cubierto,
Si su vida inocente es ignorado?
Rebosar en sus pétalos la almíbar,
Si los seres que tienen por morada
Bosques de naranjeros no la liban?
Porqué naciste, vírgen, en la tierra
Que tanta dicha y tanto bien encierra
Con tus ojos formados para el llanto
Y tu sonrisa de inefable encanto?
Ah! no haber elegido aquí otro suelo
Del tiempo y las tormentas azotado,
Do es necesario el ángel de consuelo
De la desgracia al lado.

JUAN CARLOS GOMEZ.

EL CONVITE.

Llega, llega á mis brazos, Objeto amable, que encantar supiste Mi tierno corazon: con faz serena Tiende tus brazos de mi cuello en torno, Y bésame otra vez Oh! cuánto el alma Se llena de placer! Cómo al mirarte Huyen mis penas cual la nieble fria Al relucir del sol ...! Nunca ; oh amada! Nunca podrá olvidar el alma mia · Tu beldad y tu amor . . . Mírame, hermosa, Y que otra vez al contemplar mi gloria Aplauda amor entre festiva risa, Batiendo alegre las divinas palmas. Mil veces infeliz el que no sabe Como Fileno amar...! Su árido pecho Cerrado á la alma voz de la natura Nunca supo gustar de sus favores; Y muy mas infeliz quien no ha encontrado Una amante cual tú cuya ternura En su pecho abrasado Funde un trono inmortal á los amores.

Tú, adorada, mi llanto enjugaste Consolando mi amargo dolor: Yo adoré tu beldad, tú me amaste, Y aplaudió nuestras dichas amor.

Mas, qué? sobre mis hombros te reclinas Y tu cabello nudoso Cubre mi frente? Tu nevada mano Tiende, hermosa, hácia mi...; Mi mano ardiente Mórbida estrechas con la mano tuya, Y me juras amor, y en él me inflamas Con tu ardiente mirar?

Oh dulce amiga! Una vez, y otra, y mil los dos juremos No olvidarnos jamas: ven y sellemos Nuestro ardiente jurar con mil caricias...

Nunca fuí tan feliz: no arrebatado Hora me siento del amor furioso Que encendiera en mi pecho una perjura, Ménos bella que tú, ménos amable. Infiel! cuál me vendió!...¡Yo que rendido Por siempre la adoré!... Léjos empero Memoria tan fatal: de hoy mas la olvido Por adorarte á tí.... Ven ; oh querida! Sienta yo palpitar bajo mi mano Tu blando corazon y torne á oirte Suspirar de placer entre mis brazos; Y que al mirarme en languidez envuelto, Tú con sonrisa plácida me brindes A coger en tus labios regalados El dulce beso en que el amor se goza; Y que al cogerlo, en tus celestes ojos Mi ventura y tu amor escritos mire Y te bese otra vez; y luego espire.

José Maria Heredia.

LA QUE VI EN EL BAILE.

A MI HERMANA.

(Inédito.)

Era jóven, y era linda, De una estatura mediana, Negro el cabello, los ojos grandes, La mejilla sonrosada; En su festivo semblante De espresion abierta y franca, Por una mano invisible La bondad lleva grabada; Dulce su voz, harmoniosa, Penetrantes sus miradas, De afable y sencillo trato, Alegre como una pascua, Sin melindres de doncella Ni escrúpulos de beata. De blanco toda vestida De sencillez hace gala: Tanto mas bella parece Cuanto ménos esmerada. Chalcito color celeste. Sujeto al pecho llevaba Con una «mariposita» De filigrana de plata. En cada una de sus formas, En sus modales, en su habla,

Hay un secreto que hechiza, Hay un hechizo que encanta. Cuando baila qué donaire! Qué gentileza! qué gracia! Si parece que no toca Al suelo la leve planta. Entre el bullicio y tumulto De la alegre contradanza, Atónito la seguia Con la vista y con el alma: Solo á ella veian mis ojos, Solo su voz escuchaba. Si fuera como está hermosa La que el destino me guarda, Cuán dichoso me creyera! Oh, cómo tierno la amara!

Miéntras bailaba ligera Una presurosa valsa, Cayérasele un ramito Que en la cabeza llevaba; Recogilo en el momento Como una cosa sagrada, Y guardélo aquí en mi pecho Que agitado palpitaba. Entre confiado y dudoso, Acerquéme luego á hablarla, Y mirándome risueña Estendió su mano blanca, Brindándome una diamela Que sobre el pecho ostentaba. Al tomarla yo la dije, Con no sé qué desconfianza: "Por qué la empleais tan mal?" «En nadie mejor empleada, Me contestó cariñosa, Que en el que humilde se abaja A levantar una flor Acaso ya pisoteada»....

Desde entónces ando loco, Yo no sé lo que me pasa: Soñé con ella esa noche, Tambien soñaré mañana. Ella, el ramo, la diamela, Y aquella boca torneada Como el arco del amor Me siguen como fantasmas:
Unas veces todas juntas,
Otras veces separadas,
Siempre las tengo presentes
Y no pudiera olvidarlas,
Ni aunque tú me lo pidieras,
Ni aunque ella me lo mandara,
Ni porque traiga en el pecho
«La imágen de la inconstancia.»

MANUEL INURRIETA.

A UNA ROSA.

SONETO.

Señora de la selva, augusta rosa, Orgullo de setiembre, honor del prado, Que no te despedaze el cierzo osado Ni marchite la helada rigorosa.

Goza mas ¡á las manos de mi hermosa Pasa su trono! y luego el agraciado Cabello adorna; y el color rosado Al ver su rostro aumenta vergonzoso.

Recógeme estas lágrimas que lloro En tu nevado seno, y si te toca A los labios llegar de la que adoro,

Tambien mi llanto hácia su dulce boca Correrá, probarálo, y dirá luego: Esta rosa está abierta á puro fuego.

JUAN CRISOSTOMO LAFINUR.

MUCHO AMOR.

CANCION. (Imitacion de Béranger.)

Si de un tesoro pudiera Disponer á discrecion, A mi Amira se lo diera Como le di el corazon. Satisfaria al momento Hasta su antojo menor; No soy, no soy avariento, Pero tengo mucho amor.

Oh! si me inspirase Apolo! En las cuerdas de mi lira Se inmortalizara solo El dulce nombre de Amira.

Fuera eterna su memoria, Y eterno fuera mi honor: No tengo amor á la gloria, Pero tengo mucho amor.

Si el destino me elevara Hasta el trono de los reyes, Ella fuera quien reinara Y quien dictara mis leyes:

Quisiera para mi dueño De una corte el esplendor; No tengo ambicion ni en sueño, Pero tengo mucho amor.

Mas, qué importuno deseo! ¿No soy de Amira el esposo? ¿Qué glorias, bienes ni empleo Me hicieran tan venturoso?

No ambicionar cosa alguna, ¿Dónde hay tesoro mayor? Me persigue la fortuna, Pero tengo mucho amor.

José Fernandez Madrid.

AMIRA Y YO.

CANCION.

(Imitacion de Béranger.)

La que amaré siempre Qué hermosa es Amira! ¡Cuán interesante Su melancolía! Delirio de amores Sus ojos inspiran; En todo su cuerpo ¡ Qué gracia, qué vida! ¡ Cielos! soy tan feo, Siendo ella tan linda!

Veinte primaveras,
Frescas sus mejillas,
Rosa media abierta
Su boca de risa!
Sus cabellos, oro;
Su hablar melodía,
Y mil y mil gracias
Encuentro en Amira.
¡Cielos! soy tan feo, etc.

Qué dicha! ella me ama
Con pasion activa;
Me halaga amorosa
Con tiernas caricias;
A mí, de quien ántes
El amor huia,
A mí, que de nadie
Tener debo envidia.
¡Cielos! soy tan feo, etc.

Ya mi pelo negro
Las canas matizan,
Aunque á siete lustros
Mi edad se limita:
Qué importa? de flores
Me ciñe mi amiga;
Triunfante en mis brazos
Contemplo á mi Amira.
¡ Cielos! soy tan feo
Y es ella tan linda!

José Fernandez Madrid.

AGRADECIMIENTO.

No necesitas, no, niña preciosa; De tu garbo, donaire, gentileza: Para ser estimada con presteza, Eres á mas de linda, muy graciosa. Estando en la ciudad mas populosa, Cual viajante, que yerra en la maleza, Mereció mi cariño tu terneza: ¿ Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada dia, En la noche, en la tarde, en la mañana, Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia mas tirana, Un altar te levanto en la alma mia, Donde adoro tu imágen soberana.

FR. MANUEL NAVABRETE.

PARA EL ALBUM.

de la Señorita Rosa O. DE ZEBALLOS, insigne profesora de música, y de sus dos bellas primas.

Rosa, que por modestia delicada, En florecer te places rodeada Del lindo par de Margarita y Pola, Huyendo la vergüenza De ser en gracias y hermosura sola: Quien pueda resistir al bello encanto, Rosa, de tu mirar y de tu canto, Y en grata calma verte y escucharte; Ese voces tendrá para alabarte. Mas no el que absorto, estático suspira En placer inefable, sin que pueda Decir, qué siente, ni decir qué admira.

Yo te escuché una vez; y todo el dia En ilusion dulcísima creia Sentir, y respirar, y vivir todo En un plácido ambiente de armonía. Y en el silencio de la noche, cuando El mentido concierto me desvela, Un ángel desprendido Del cielo me deslumbra — y me revela Que la vírgen Cecilia, que allá ordena De serafines el ardiente coro, Absorta cuando te oye, y suspendida Los celestiales números olvida. De su alto ministerio se distrae, Y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso Del místico deliquio se levanta, Nuevas cuerdas aumenta á su instrumento, Y del cordero atento En nuevas notas nuevos himnos canta.

José Joaquin de Olmedo.

A SILVIA.

¿ Qué cantaré de tí, gentil doncella, De moreno color, serena frente, Candorosa, inocente Y humilde á par de bella?

No á tí te concedió naturaleza El color de la rosa y de la azucena, Ni de soberbia llena Desdenes y esquiveza.

Mas dióte gallardísima apostura, Y negros ojos y mullido seno Y un mirar tan sereno Que escita la ternura.

Semejante en el prado á la violeta, Que agrada mas con pálidos colores, Que entre vistosas flores La rosa y la mosqueta:

Así me places tú, Silvia querida, A quien mi triste corazon adora, Mas que otra engañadora Belleza fementida.

¿ Sientes allá á tus solas, por ventura,' Ese deseo de amar sin resolverse? ¿ Querer y no atreverse, A mostrar mas dulzura?

Pues sabe que yo soy el que ha inspirado A tu pecho ese noble sentimiento, Ese dulce tormento, Ese feliz cuidado. Y yo lo sé muy bien, porque te miro, Y me miras, y vuelves recelosa, Y luego ruborosa Lanzas ¡ay! un suspiro.

Ven ¡ adorada! arrójate á mis brazos, Estrecha al mio el corazon amante, Y cíñeme constante Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece Sus hojas en el aire blandamente : Orillas de esa fuente Que vaga se adormece.

A la luz de la luna, que menguada Con turbia claridad nos ilumina, Junto á mí te reclina, ¡O Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso, Volar dejemos la fugace vida: Tú por siempre querida, Yo por tí venturoso.

José Joaquin Pesado.

LA SONRISA DEL PUDOR.

. A R. G.

Es hermosa mi querida Cuando en sus ojos de fuego Se pinta el desasosiego Que nos inspira el amor; Pero se torna mas bella, Aspecto angélico toma Cuando á sus labios asoma La sonrisa del pudor.

Emblema de la esperanza, Arco-íris de consuelo, Símbolo de paz del cielo Entre el hombre y el amor, Señal de gratitud pura En la beldad apacible, Es divina, indefinible, La sonrisa del pudor.

Pura cual la voz del niño Que entre incienso al cielo sube, Cual sobre la blanca nube Nítido rayo del sol, Como el tinte de la aurora Que refleja el mar en calma... Enajena arroba mi alma La sonrisa del pudor.

Prodigo tiernos elogios
A su encanto soberano,
Imprimo en su blanca mano
Un beso lleno de ardor.
Teme...duda...huir pretende...
Tiembla...se acerca...se allega,
Y en su labio se desplega
La sonrisa del pudor.

Es la reprension modesta De una ciega confianza, Es un rayo de esperanza Entre sombras de temor, Es una arma poderosa En labios de la hermosura, Es de angélica dulzura La sonrisa del pudor.

No es la espresion fastidiosa De la insensata alegría, No es maliciosa ironía · A la inocente pasion, No es del rencor ó desprecio La máscara engañadora; Es sublime, seductora, La sonrisa del pudor.

Mi amada compadecida De mi pasion ardorosa, Tiende una mano piadosa Y me mira con amor, Una lágrima derrama, Vergonzosa retrocede, Y timida me concede La sonrisa del pudor.

Es dulce lazo que liga Al amor con la inocencia, Una tierna complacencia, Es el velo del candor: Es en tus labios ¡amada! La gracia mas seductiva; Me embelesa, me cautiva La sonrisa del pudor.

Adorada, esa sonrisa Me entusiasma, me embelece; Que interpreta me parece El mismo agrado de Dios. Es tu escudo la modestia, Es el honor tu divisa, Y tu encanto esa sonrisa, La sonrisa del pudor.

GUILLERMO PRIETO.

VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO MEJICANO.

En las ondas azules, agitadas, Cuando el austro amenaza tempestad, El riesgo olvido de mi frágil nave, Solo pienso, mi bien, en tu beldad.

Ruega por mí, ferviente y piadosa, Al que rige la tierra, el viento, el mar; De tus santas plegarias conmovido, Mi delincuente vida salvará.

Este secreto impulso que me arrastra Hácia tu ser hermoso, celestial, No es el amor profano de este mundo, Misterio es de pasion y de piedad.

Suele buscarte mi alma enardecida En el éter del aura matinal, En el cielo de un sol que se despide... No en el grato recinto de tu hogar.

Antes de verte hechizo de mi vida, Mi triste corazon era un volcan, Y en su lóbrego centro se agitaban Fiera ambicion, venganza funeral. Crudos embotes de civil discordia, Lauro sangriento, aplauso popular, Eran objetos que á mi pecho hacian De esperanza y de gozo palpitar.

Te vi, y amé el perfume de los campos, La pureza de un pecho virginal, El rio que se esconde entre las flores, En un infante el beso maternal.

Hoy ya no cruzo el piélago espumoso Tras de una gloria de placer falaz; Corro á tus brazos...á mi opaca frente Una lágrima tuya animará.

José RIVERA INDARTE.

AL BELLO SEXO ORIENTAL.

En este dia Penas á un lado; Venga la lira, Vamos cantando.

Tiernos, sencillos, Suenen mis versos En alabanza Del bello sexo.

Las orientales
Ora me inspiran:
Vamos cantando,
Venga la lira:

Pues son las hijas
Del rico Oriente
Como las flores
Que da diciembre.

Todas gallardas Como azucenas, Modestas todas Como violetas: Como las rosas Todas lozanas, Y todas suaves Como las malvas.

Yo de la tierra Donde he nacido Salí llorando, Pobre y proscripto.

Y los sollozos De mi familia, De mis amigos, De mi querida,

Fueron el solo Triste consuelo Que me dejaron En tal momento.

El fin entónces Miré cercano De mis marchitos Jóvenes años.

Mas por fortuna Pisó mi planta Estas riberas Hospitalarias:

Y aquí me dieron Hogar y asilo; Hallé consuelos, Encontré amigos.

Y vi las hijas Del rico Oriente Como las flores Que da diciembre.

Todas amables, Graciosas todas; Que como aquellas Su suelo adornan.

Ellas hicieron Con sus modales, Con la dulzura De su carácter,

Que mis tormentos Se mitigaran Y que, si estraño Mi dulce patria,

Halle en la suya Blandos cuidados, Que son alivio De un desterrado.

Hijas donosas De aqueste suelo, ¡ Así mis votos Oyera el cielo!

Vierta sus dones Sobre vosotras, Jóvenes tiernas, Madres y esposas.

Amor os brinde Solo delicias, Como á mí ¡ay triste! Brindóme un dia.

Jamas los celos Ni las mudanzas Marchitar puedan Vuestra esperanza.

Entre los brazos Del himeneo, Vuestros amores Bendiga el cielo.

Y vuestros hijos A par que crezcan, Con el sustento Virtudes beban.

Dulces y blandos Como sus madres, Vuestro cariño Tiernos os paguen. Vuestros ejemplos, Vuestros cuidados, Harán virtuosos Los ciudadanos.

Así la patria, Verá gozosa Que su fortuna Debe á vosotras.

Y así mis votos Oyera el cielo! Pero entre tanto, Donoso sexo,

Recibe el voto
De un argentino,
Que miéntras llora
Triste y proscripto,

Canta á las hijas Del rico Oriente Como á las flores Que da diciembre.

FLORENCIO VARELA.

A MI AMANTE.

Es media noche: vaporosa calma Y silencio profundo El sueño vierte al fatigado mundo, Y yo velo por tí, mi dulce amante. En qué delicia el alma Enajena tu plácida memoria! Unico bien y gloria Del corazon mas fino y mas constante, Cuál te idolatro; De mi ansioso pecho La agitacion lanzaste y el martirio, Y en mi tierno delirio Lleno de tí contemplo el universo. Con tu amor inefable se embellece De la vida el desierto, Que desolado y yerto A mi tímida vista parecia, Y cubierto de espinas y dolores; Ante mis pasos, adorada mia, Riégalo tú con inocentes flores.

Y tú me amas! Oh Dios! Cuánta dulzura Siento al pensarlo! De esperanza lleno. Miro lucir el sol puro y sereno. Y se anega mi ser en su ventura. Con orgullo y placer alzo la frente Antes nublada y triste, donde ahora Serenidad respira y alegría. Adorada señora De mi destino y de la vida mia, Cuando yo tu hermosura En un silencio religioso admiro, El aire que tú alientas y respiro, Es delicia y ventura. Si pueden envidiar los inmortales De los hombres la suerte, Me envidiarán al verte Fijar en mí tus ojos celestiales Animados de amor y con los mios Confundir su ternura. O al escuchar cuando tu boca pura Y tímida confiesa El inocente amor que yo te inspiro: Por mí exhalaste tu primer suspiro, Y á mí me diste tu primer promesa.

Oh! luzca el bello dia Que de mi amor corone la esperanza, Y ponga el colmo á la ventura mia! ¡Cómo de gozo lleno, Inseparable gozaré á tu lado, Respiraré aliento regalado, Y posaré mi faz sobre tu seno!

Ahora duermes talvez, y el sueño agita Sus tibias alas en tu calma frente, Miéntras que blandamente Solo por mí tu corazon palpita. Duerme, objeto divino Del afecto mas fino, Del amor mas constante; Descansa, dulce dueño, Y entre las ilusiones de tu sueño Levántese la imágen de tu amante.

José Maria Heredia.

IV.

DOLOR, DESVENTURA MUERTE.

DOLO. DESTERN

STREDIE

HIMNO AL DOLOR.

Nada se hace en la tierra sin motivo, y de la tierra no nace el dolor. Las cosas, que antes no queria tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida.

JOB.

Devora, fiera insaciable, Monstruo, ó demonio execrable, Que avasalles la creacion; Devora como lo has hecho, Si no te hallas satisfecho, Con furor aun mas deshecho, Mi robusto corazon.

Cebe, cebe en mis entrañas, Con mas rencorosas sañas Tu furia el diente voraz; Y en ellas continuo asida, Como el cáncer á la herida, Lo que me resta de vida Consuma en su afan tenaz.

Roe, roe; tu constancia No abatirá mi arrogancia, Ni mi orgullo tu furor. Nada, nada desconhorta Un corazon que conforta Alma grande, á quien importa Poco, placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno
Tu mortífero veneno
Derrama: — no he de gemir;
Y cual Jacob, sin testigo
Contra el ángel enemigo,

Lucharé firme contigo Hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante Tu fuerza y poder gigante, Aunque frágil caña soy. Mi alma es símil á la roca Cuya frente al cielo toca, Y la tempestad provoca Siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra Su dardo, hiere y se libra Del villano pié veloz; O sobre el tigre, enroscando Su flexible cuerpo blando Lucha incansable, burlando Su instinto y saña feroz.

Devora: — tu fiero brio Yo provoco y desafío Armado de mi razon; Yo masa de vil arcilla, Yo flor que un soplo amancilla, Trama débil y sencilla, Despojo de la creacion.

Yo miserable gusano, Luz que alienta efluvio vano, Insecto, chispa mortal; Yo, ménos que un ente aerio, Yo, esclavo vil de tu imperio, Yo polvo, nada, misterio.... Nacido en hora fatal.

Yo te provoco: — descarga Sobre mí con mano larga Tus iras: — yo callaré; Y sellando como el sabio A toda queja mi labio, Cual firme monte á tu agravio Inmoble siempre estaré.

Yo te provoco: — Dios eres, Dios terrible que à los seres Impones tu dura ley; Dios que su furia sedienta, Con gemidos alimenta, Como el oso su cruenta Zarpa en indefensa grey.

Dios inexorable y fuerte Que divides con la muerte El vasto imperio del mal; Desde que el hombre perverso, En oscuro dia adverso, Fué lanzado al universo Del crímen con la señal.

Yo te provoco: — al infierno Pide su penar eterno, Su angustia y noche sin fin; Su esquisito sentimiento, El vivaz remordimiento, La congoja y el tormento Del soberbio serafin.

Pídele con sus delirios Sus indecibles martirios, El hielo y llama voraz; La sed, la rabia, y despechos De los mas precitos pechos, Y aquellos marmóreos lechos, Do no hay sueño ni solaz.

Pide tambien á la tierra Cuantos dolores encierra, Cuanto ha, y debe padecer; Y sobre mí con violencia Lanza toda su inclemencia: Que de mi alma la escelencia No se dejará vencer.

Yo te provoco: — cuatro años Los tormentos mas estraños Probaste iracundo en mí! Agotando de mi vida, De mi juventud florida La fuente escelsa, que henchida De un mundo de glorias vi.

Yo te provoco: — cuatro años De mil y mil desengaños Me hiciste apurar la hiel: Y en un páramo desierto, Do todo era negro y yerto, Me dejaste al descubierto Presa la borrasca cruel.

Yo te provoco: — tu mano De mis fatigas temprano La copiosa mies segó, Dejándome los abrojos, Para doblar mis enojos, Y el recuerdo y los despojos De un tiempo feliz que huyó.

Yo te provoco: — ¿ qué males, Qué ansias ó penales fatales Me podrán sobrevenir, Que no haya firme sufrido? Qué pasion no habré sentido? Qué idea no habré podido Grande ó noble concebir?

Mi espíritu en su carrera Ha recorrido la esfera De lo terrestre y lo ideal; Visto su forma desnuda, Y sondado sin ayuda Los abismos de la duda, Del bien, la vida y el mal.

Cuando los otros insanos A pensamientos livianos El juvenil brio dan; Y en el labio la sonrisa, Con inquietud indecisa, Flores de la vida á prisa Despojando torpes van;

Mi corazon de tormentas Desatadas y violentas Sufrido habia el rigor; Y laso en un solo dia Muerto al placer y alegría, Dicho en su congoja habia Adios eterno al amor.

En la edad en que sin tino Del error por el camino Muere tropezando el pié La turba insana, y apura, Sumida en tiniebla oscura, Del placer la copa impura Que vacía siempre ve:

Ya mi espíritu ambicioso Para su ardor generoso Buscaba un nuevo manjar; Y en sus vuelos soberanos, Libre de lazos mundanos, De la creacion los arcanos Osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso; Reflejaba el universo Sus maravillas en él: Nada, nada se encubria A la inteligencia mia Y mi ardiente fantasía Era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento Que en el cielo, tierra y viento Yo escuchaba resonar; Gloria mi pecho exhalaba, Gloria durmiendo soñaba, Y su fantasma miraba Do quier como astro brillar.

Ella me llevara ufano A contemplar del oceano El tempestuoso furor; Ella entre cultas naciones A buscar dignas lecciones De graves meditaciones; Nuevo alimento á mi ardor.

¿ Dónde se fué tanto sueño, Porvenir tan halagüeño, Tanta sublime pasion? Dolor impío? — Triunfante Tu brazo asoló pujante El edificio gigante, Que labrara mi ambicion.

Tú agotando, poco á poco, Has ido el ardiente foco De luz que mi alma abrigó; Y con tu soplo de muerte Convirtiendo en masa inerte Una edad jóven y fuerte Que mil frutos prometió.

¿ Qué esperanza me has dejado, Qué idea no has sofocado En mi espíritu al nacer? ¿ Qué pasion ó sentimiento No me has trocado en tormento? Qué amor ó contentamiento En hastío ó desplacer?

¿ Qué ilusion ó dulce engaño -En funesto desengaño? Qué dicha en triste pesar? De qué angustia no has cercado Mi corazon desolado? Qué lágrima no has helado En mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones, Pensamientos y visiones, Sublimes, gran porvenir; Estudio, vigilias largas, Siempre fastidiosas cargas Para débil cuerpo, amargas Horas de oscuro vivir

Y de frio desaliento; — Todo, todo en un momento ¡Oh inescrutable dolor! Para mi estéril ha sido, Grano en el agua esparcido; Y en fuente lo has convertido De despecho y amargor.

¿ Qué afliccion 6 desventura Podrá parecerme dura? Qué puedes robarme ya? Qué placer del mundo activo Puede tener atractivo Para mi pesar esquivo? ¿ Qué llenar mi alma podrá?

Ven, ven ¡ oh dolor terrible! De tu poder invisible Haz un nuevo ensayo en mí; Verás que un alma arrogante Es como el duro diamante, Que siempre brilla flamante Sin admitir mancha en sí.

Ven oh dolor! en silencio; Ven, pues, ya te reverencio Como à genio bienhechor, Que mueve influjo divino; No cual númen que previno Inexorable destino Para venganza y terror.

Como animando la tierra El aire impuro destierra Con su ardiente rayo el sol; Así tú, ¡oh dolor fecundo! Lacerando el cuerpo inmundo, Que se ase reptil al mundo, Eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas, La limpias y purificas De la escoria material; Sublimando la escelencia De su peregrina esencia, Hasta darle una potencia Divina, escelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza, Su constancia y su grandeza En el yunque del sufrir; El triunfo glorificando Del que contigo luchando Sufre y calla, sofocando De sus huesos el gemir.

Sin tu influjo el hombre henchido De vanidad, sumergido Yace en el mar del placer, Y cree en su delirio ufano, Cuando se arrastra gusano, Tierra y cielo soberano Sujetar á su poder.

Ven, que tal vez atesora Alguna fibra soñora Mi pecho aun lleno de ardor; Que á tu inhumana porfía Exhalará una harmonía Capaz de darme alegría, Y de vencerte ; oh dolor!

Ven luego; que una alma noble Firme, incontrastable, inmoble Es contra la adversidad Como el océano, sublime, Que de ley comun se exime, Y en cuya frente no imprime Mancilla el tiempo, ni edad.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

AL SOL.

EN UN DIA DEL MES DE DICIEMBRE.
(Soneto.)

Reina en el cielo, sol! reina é inflama Con tu almo fuego mi cansado pecho: Sin luz, sin brio, comprimido, estrecho, Un rayo anhela de tu ardiente llama.

A tu influjo feliz brote la grama, El hielo caiga á tu fulgor deshecho; Sal! del invierno rígido á despecho, Rey de la esfera: sal! mi voz te llama.

De los dichosos campos, do mi cuna Recibió de tus rayos el tesoro, Alejóme por siempre la fortuna.

Bajo otro cielo, en otra tierra lloro... Esta nieve luciente me importuna. ¡El invierno me mata!¡yo te imploro!

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

EL RUEGO DE UNA MADRE.

En bóveda estrecha De negra capilla Al pié de la esposa De Dios sin mancilla, Mujer enlutada Se mira postrada De hinojos orar.

Vírgen, dice, lacrimosa, De Dios padre tan querida, Por la sangre que vertida Los humanos rescató,

Vuelve á mí tus dulces ojos, Ten piedad de quien te implora, Que la culpa roedora Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa Rebozada de impureza Con que brinda á la belleza La maldita corrupcion.

Hubo un hombre que en mis labios Derramó infernal veneno; Yo le abrí mi incauto seno Y él...ya madre me dejó.

Mil desprecios me aguardaban En un mundo sin clemencia, Que seduce á la inocencia Y se burla de su afan.

Un horrible pensamiento Brilló entónces en mi mente; Yo di á luz un inocente, Y á este templo le arrojé.

¡Hijo mio! El seco labio Te dió aquí el adios postrero; Un quejido lastimero De tu boca se exhaló: ¡Ah, perdon! de entónces siempre Resonando está en mi oido Ese lúgubre gemido Que me acuerda mi maldad.

¿ Te dió amparo algun cristiano? ¿ Vives, hijo, acá en la tierra? O tal vez ¡ gran Dios! te encierra El abismo del no ser!

¿ No me ves hijo del alma, No me ves aquí humillada A la vírgen adorada Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo Del delito las señales; Me desprecian los mortales Y me aguarda el ataúd.

¡ Ah! morir sin esperanza De abrazarte en ese cielo De do acaso el desconsuelo De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen En el mundo los pesares, Que se aumentan á millares.... Soy indigna de perdon.

Mas ¡oh vírgen! un instante Vuelve á mi tu rostro pio, Logre ver al hijo mio, Santa madre de Jesus.

ADOLFO BERRO.

LA NIÑA MARIA.

Beaucoup, beaucoup d'enfants pauvres et nus, sans mère, sans maison, n'ont jamais d'oreille pour dormir.

MME. DESBORDES - VALMORE.

Preciosa las hermosas la llamaban, Y la cándida frente le besaban, Viéndola despertar; Y en la falda la madre la mecia Y cantos inocentes la decia, Al verla dormitar: «Duerme, niña preciosa, Duerme, paloma mia, Opaco viene el dia, Y el viento recio está: Duerme, miéntras la nieve De agosto se evapora; Nublada está la aurora, Y acaso lloverá.

«Los árboles se doblan A impulsos de los vientos, Soltando amarillentos Sus ramas á volar: Del mar las ondas braman; Qué triste que está el dia, Duerme, paloma mia, Al son de mi cantar.

«Si vieras, cómo cruzan Helados, abatidos, Los pobres desvalidos, Sin cama y sin hogar; Si vieras otros niños El blanco pié desnudo, Sufrir el frio rudo Que los hace llorar!

«Si vieras desgreñados Sus dorados cabellos! No hay un perfume en ellus Ni rizados están: Y del sol del invierno El pálido desmayo, Aprovechan del rayo Para pedir el pan.

«Si vieras esos niños Como tú tan preciosos, Demandando llorosos La pública piedad; Y en abandono triste Pasar el triste dia, Y la noche tan fria En desnuda horfandad.

"Si vieras, amor mio, Dulce paloma mia, Qué frio que está el dia; Qué encrespada la mar: Cuál los arbustos crujen Al impulso del viento, Nublando el firmamento Las nubes al pasar!

«Oh! duerme y no despiertes, Tierna paloma mia, Opaco viene el dia; Y el viento frio está: Duérme miéntras la nieve De agosto se evapora: Nublada está la aurora Y acaso lloverá.

«Y cuando te recuerdes En tu envidiado lecho, Te alzaré hasta mi pecho Para darte calor; Y quizas al mirarte Tan linda, tan tranquila, Enturbie mi pupila Por tí llanto de amor!»

Así cantaba ufana La madre de María, Miéntras dormir la hacia De la cuna al vaiven; Y en su blanca mejilla Mil besos estampaba, Y sus labios besaba, Y su tranquila sien.

Donosa era María Adormida en la cuna; Como un rayo de luna Que refleja en el mar: Cuando ella la besaba, Sus labios entreabria, Y sin saber reia Despues al despertar.

Pero esta vez acaso En su sueño profundo Vió los males que el mundo Guardaba á su niñez; Y el canto de la madre La niña entenderia, Y en el vivir veria Soledad y aridez.

Y diez veces á penas en el cielo, La luna que es tan grata para el suelo, Mostró su redondez; Y la niña que tanto acariciaban, Al ver que los querubes la llamaban, Voló con rapidez.

Un año todavía no tenia
Y la cuna mullida en que yacia
En tumba se trocó:
Y los que ántes alegres le arrullaron
Al mirar su cadáver la lloraron,
Pero la canto yo.

Los ángeles sus alas agitaron,
Y al trono del Eterno se llevaron,
Un alma sin pecar;
Y esa noche mirando las estrellas
Yo vi una exhalacion en medio de ellas
Rutilante pasar.

José Maria Cantilo.

A LA LUNA.

O luna solitaria!
Un argentado rayo
De tu luz se refleja blandamente
Sobre mi adusta y amarilla frente.

Tus puros resplandores, Tu quietud, qué contraste Can el triste negror del alma mia, Y con la convulsion de mi agonía!

En un tiempo me viste
De la infiel en los brazos,
En un mar de deleites sumergido
De celestes visiones seducido.

Esperando me viste La cita apetecida, Y acusando del tiempo la tardanza, Que diferia el colmo á mi esperanza.

Entónces yo contaba Del reloj los compases, Tardos, al paso que eran repetidos Con rapidez del pecho los latidos.

Ahora tu luz serena En mis párpados dora Una lágrima amarga y solitaria, Como lo son mi queja y mi plegaria.

La sombra de la angustia Que el corazon desgarra Se proyecta en mis ojos negra y triste, Y el universo de pavor resiste.

Mis sueños de ventura Huyeron para siempre: La infausta realidad me ha despertado Y el seductor encanto ha disipado.

Solo queda la imágen De la fiel que adoraba. ¿Mas qué? ¿La he olvidado y no la adoro? Mis labios callen: dígalo mi lloro.

Su imágen es el pino Que crece en el desierto, El pájaro que en noche umbría canta, La torre que entre ruinas se levanta.

De mi dicha el recuerdo, Luna, brilla en el alma Cual tu rayo en el mar embravecido Cuando el rudo aquilon lo ha sacudido.

¿ Por qué ocultas tu disco Tras la parda montaña? ¿ Aun tú me dejas sin alivio, o luna? ¿ Aun para tí mi queja es importuna?

Si tú á quien miré siempre Cual deidad bienhechora, No prestas un consuelo á mi amargura, Me queda un postrer bien; la sepultura. Sonrío contemplando Que del duro destino El furor implacable y saña airada, Bien pronto, no hallarán sino la nada.

Sueñe con nueva vida El mortal que disfruta De placeres, de gozo y bienandanza, Miéntras yo digo «á Dios» á la esperanza.

José Manuel Cortés.

YO TE AMÉ.

«Yo te amé, jóven hermosa, Por las gracias que vi en tí; Por tu mirada amorosa, Por tu mejilla de rosa, Por tus labios de rubí.

«Si te ofendí en mis amores, Mujer querida, perdona! Mas no olviden tus rigores Que yo siempre tendré flores Para hacerte una corona.

«Dobla, sí, tu tiranía; Yo sufriré tu desaire: Pero deja, vida mia, Que yo me esté noche y dia Admirando tu donaire.

«Y cuando el pecho abrasado Entregues tú á mi rival, Deja, mi alma, que á tu lado Yo recoja arrodillado Las migas de tu panal.»

Bajo el cerrado balcon De la mujer que ha robado La paz á su corazon, Un amante desgraciado Preludiaba esta cancion.

LUIS L. DOMINGUEZ.

LA MADRE AFRICANA.

Tirai-je ces enfants de la rive africaine. Qui cultivent pour nous la terre américaine? Différents de couleur, ils ont les mêmes droits; Vous-mêmes contre vous les armez de vos lois. DELILLE, Malheur et Pitié, chant I.

Y así, cruel pirata, así te alejas
Robándome tirano
Los hijos y el esposo? así inhumano
En desamparo y en dolor me dejas?
Ay, vuelve, vuelve! en mi infeliz cabaña,
Sin consuelo y sin vida,
Vé cuál me dejas como débil caña
Del huracan violento combatida.
Vuelve, entrañas de fiera,
Que por mi mal viniste!
Llévame vil, y en servidumbre muera

Llévame vil, y en servidumbre muera Con mis prendas amadas; mas ay triste, Que no espero ablandar tu pecho duro Con lamentos prolijos,

Tú no sientes amor, no tienes hijos!!!

¿Y es posible que el sol que entre zafiros Ostenta esa bandera Llegue á esta playa por la vez primera A presenciar tu infamia y mis suspiros? Oh globo celestial que esplendoroso Dominas en las cumbres, Oscurece tu luz y al monstruo odioso Solo sangriento y con horror alumbres!

Mas ay, qué nueva pena!
Ya descubren mis ojos
La azagaya y el arco que en la arena
Del asalto feroz fueron despejos.
¡Inocente consorte! Tú ignorabas
Que saben esos bravos
Proclamar «Libertad»...y hacer esclavos!

De esta suerte la mísera africana Se queja inútilmente Miéntras la nave apresta indiferente El traficante cruel de carne humana; Y truena el bronce, y su clamor repite, Que el clamor la consuela: Mas el «Aquila» en hombros de Anfitrite Suelta las alas, y al estruendo vuela.

Al punto encandenados Los cautivos se miran Y al fondo del bajel desesperados Los lanzan sin piedad; y ellos suspiran Miéntras que la infeliz desde la peña Se arroja y da un lamento Que en pos de la alta popa lleva el viento.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

EL INFORTUNIO, EN EL MAR.

Qu'importe le soleil? je n'attends rien des jours.

LAMARTINE.

Qué importa al desgraciado A quien pesar devora, Que brillante y risueña Aparezca la aurora: Que cuando por los mares Su nave surca erguida, De tempestad horrenda Se vea combatida: Y divagando incierta Jamas arribe al puerto, O vacile en el borde Del abismo entreabierto. ¿ Qué importa? si temprano Se voló su esperanza: El con ojos serenos Contempla la bonanza, Y nada pide al mundo, Ni á las bellas auroras, Ni al puerto ni á los dias, Ni á las fugaces horas.

ESTEVAN ECHEVERRIA.

A MI MADRE.

Madre llorad! las nieblas de la vida Me acercan ya la noche de dolor, Madre llorad! vos mi primer querida, Mi última fe, mi inolvidable amor.

Yo no demando el augustioso llanto Que agosta y quema al empapar la faz, Sino el que brota de un recuerdo santo, Serena el alma y la concede paz.

Si alguna vez llorasteis por un hijo Lágrima amarga, yo no la pedí; Pero si acaso el corazon os dijo Que penariais, debió ser por mí.

Presagio fué de mi destino impío, Nació la espina ántes de abrir la flor, Juntad ahora vuestro lloro al mio, Regad, mi madre, el tallo del amor.

JUAN CARLOS GOMEZ.

EL DESAMOR.

Salud, noche apacible: astro sereno, Bella luna, salud! ya con vosotros Mi triste corazon de penas llenas Viene á buscar la paz. Del sol ardiente Me oprime el resplandor y me devora: Su luz abrasadora Marchita mas y mas mi mustia frente. Solo tu luz ; oh luna! pura y bella Y modesta cual tú reanimar sabe Mi corazon llagado, Cual fresca lluvia al aterido prado: Hora serena en la mitad del cielo Ries á nuestros campos agostados, Y bañas su verdura Con suave luz y plácida frescura. Calla toda la tierra embebecida, En contemplar tu marcha silenciosa:

Resuena solo la cancion melosa Del tierno ruiseñor, ó el importuno Grito de la cigarra: entre las flores El céfiro reposa adormecido. El pomposo naranjo, el mango erguido, Agrupados allá, mi pecho llenan Con el sublime horror que en torno vaga De sus copas inmóviles: unidos Forman bajo ellos cavidad sombrosa, Do de la luna tímida los rayos No penetran jamas. Morada fria De grato horror y oscuridad sombría, A tí me acojo, y en tu amigo seno Mi tierno corazon sentiré lleno De agradable y feliz melancolía. Calma serenidad, que enseñoreas Al universo, dí: ¿ Porqué en mi pecho No reinas ; ay! tambien? Porqué agitado Y en fuego el rostro pálido abrasado, Yo solo, en tanta paz, gimo y suspiro! Esta llama volcánica y furiosa Que arde en mi corazon, cuál me atormenta Con su estéril ardor...! ¿ Nunca una hermosa Será por fin su delicioso objeto? Cuál feliz seré entónces! Encendido La amaré y me amará; y amor y dicha. Engañosa esperanza! Av! Desquerido Gimo, triste, anhelante, Y abrasado en amor no tengo amante. No la tendré jamas?...Oh! si vo hallara Una beldad sensible que me amara, Cómo la amara yo! Cómo las horas De mi tranquila vida hermoseando, Me hiciera ella feliz! Cómo en sus ojos Y en su dulce sonrisa yo leeria Mi ventura inmortal! Cuando la lluvia Vertiéndose á torrentes en mi techo Lo hiciera estremecer, cuando los rayos Retumbasen do quier, ; con qué delirio Yo la estrechara á mi agitado pecho, Y entre la conmocion de la natura, Y con ella exaltado dividiera Mi inefable placer y mi locura! O en una noche plácida y serena A la callada luna contemplando, En su divino hablar me embebeciera, Y en su seno mi frente reclinando,

Palpitar dulcemente le sintiera; Y envuelto en languidez abrasadora Un beso y otros mil la diera ardiente Y en mí feliz delirio la abrazara, Miéntras la luna en esplendor bañara Con un rayo de luz su tersa frente...! Oh! sueño engañador y delicioso! Por qué mi acalorada fantasía Vienes ¡ay! á halagar? La mano impía De la suerte cruel negó á mi pecho La esperanza del bien: solo amargura Me guarda por do quier el mundo ingrato, Y el caliz del dolor mi labio apura.

José Maria Heredia.

EL AMOR ESTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas Con todos los hechizos de tu cara, ¡Ay Doris! ; cosa rara! La ya ceniza de mi amor alientas. Influjo poderoso Por secreta virtud de tu semblante! El sol no tiene fuego semejante, Doris, al de tu rostro milagroso. No perturbes ; ay Doris! mi sosiego. La noche de tu ausencia oscura y fria, Me ponga á salvo de tu ardiente fuego. ¿ No te ablanda el dolor de la alma mia. Que tu ingrata beldad ausente adora? Doris cruel! parece Que á mis ruegos te exaltas, segun crece De tus ojos la lumbre abrasadora. Amor, tirano amor, así me inflamas, Que rios de fuego corren por mis venas, Y mis huesos cual leños á las llamas, Me hacen sentir del tártaro las penas. Muévante mis gemidos, Que cual volcan que arroja Peñascos encendidos, Lanzo al impulso de mortal congoja.

Así en la ardiente juventud sentia Del amor los escesos: Mas ya con la edad fria El calor se retira de mis huesos, ¡Triste señal de mi postrero dia!

FR. MANUEL NAVARRETE.

LA DONCELLA LOCA.

Vertiendo acerbo llanto Vaga una vírgen bella, Y de mortal quebranto Lleva profunda huella Sobre su rostro pálido, Cual deshojada flor.

Doliente y enlutada Tres lustros no ha cumplido, Y ya desconsolada Del mundo ingrato ha huido, Y en el sepulcro busca Remedio á su afliccion.

En vano la doncella Con anhelantes ojos, En su dolor mas bella Buscaba los despojos Del generoso jóven Que su alma cautivó.

No halló de sus amores La tumba ensangrentada, Y las funéreas flores De sí lanzó angustiada, Y entre sus labios áridos Sonó una maldicion.

Y aquel virginal seno, Robada su esperanza, Girar sintió el veneno De la hórrida venganza, Y pronunció de muerte Un juramento atroz.

Allá en la noche cruza Por la ciudad dormida; Puñal oculto aguza Demente y dolorida, Y un corazon acecha Por otro que perdió.

JOSÉ RIVERA INDARTE.

LA FUENTECILLA.

Fuentecilla solitaria
De aqueste bosque sombrío,
¿Si vas á morir al rio
Para qué corres así?
¿A quién el presente llevas
De esas perlas que derramas?
Fuentecilla, si no amas
¿Adónde las llevas, dí?

Entre sus pliegues undosos Recoge ambicioso el viento El embalsamado aliento De la flor matutinal, Y al escuchar el concierto De tu inocente murmullo Lo aspira con un arrullo Sobre tu onda de cristal.

Tu corriente cristalina El campo fecunda hermoso, Y tu giro caprichoso Placer á la vista da: Tu linfa clara y serena Sirve á las aves de espejo, Que se miran al reflejo De tu luminosa faz.

Si tus cristales recoges Al abrigo de un remanso Para dar algun descanso A tu curso triunfador, Allí te halaga amorosa La vaga, la blanda brisa, Y tu faz tranquila riza Con sus suspiros de amor. Así corres, fuente clara, Entre auríferas arenas, De tus márgenes amenas Delicia á la vez y honor. Mas ¡ay! del bien que disfrutas ¡Ay de tu correr screno! Si llega á agitar tu seno Un pensamiento de amor.

Tu corriente retozona
Pasa libre entre las flores
Y desdena los amores
De campos, aves y flor;
Mas ¡ ay de tu curso grato!
Que el bien se torna en fatiga
Cuando en el seno se abriga
Un pensamiento de amor.

Cerca de mi ingrata ¡ oh fuente! Al pasar tus ondas bellas, No la retrates en ellas Para no mirarla yo; Porqué si distante lloro, Si léjos de ella suspiro, ¿ Qué haré si en tu fondo miro Su retrato encantador?

Muerte es para mí la noche, Muerte para mí el dia claro, Y muerte es el desamparo En que me tiene mi bien. Turbio me parece el cielo; Turbia tu onda me parece; Turbio el césped que florece Bajo mi lánguido pié.

Ay! del triste que olvidado Por una ingrata suspira, Y por sus ojos delira, Y por su cuerpo gentil; Miéntras ella indiferente De su pena no se cura, Ni de su horrible amargura Ni de su dolor sin fin.

Maldicion en la mujer Que turba nuestro sosiego Con su mirada de fuego, Con su sonrisa de amor: Y despues alegre rie Miéntras el amante llora; Miéntras el pecho devora En silencio su dolor.

¡ Oh fuente! si no has amado Huye de amor el veneno: Triste de tí si en el seno Fácil cabida le das: Que si encuentras por acaso Quien á tu amor no responda, Mas vale que turbe tu onda El cierzo y el vendabal.

José A. MAITIN.

LA GUAJIRITA DE YUMURI.

¿ Quién es aquella que está sentada A la alborada Bajo aquel mango largo y pomposo Que miro allí? Rubio el cabello, rostro lloroso,

Rubio el cabello, rostro lloroso, Su tuniquillo Corto amarillo,

Muestra que ha sido la sin reposo, La guajirita de Yumuri.

La que fué amada de Don Eugenio Que tiene ingenio, Dos cafetales y un potrerito

No baladí; Y como es rico, mozo y bonito, Vino á Matanzas Con esperanzas

De olvidar pronto, ved qué delito, La guajirita de Yumurí.

La guajirita no imaginaba Que la olvidaba, Y así no exhala cuando él se ausenta Ni un ¡ay de mí! El la promete con voz contenta Que al otro dia Retornaria,

Y bajo el mango le espera atenta La guajirita de Yumurí.

El alba nace risueña y clara : Despues la cara

Del sol se muestra, toda teñida

De carmesí: El sunsun busca la apetecida

Flor del granado,
Viro y alado,

Como la vista del que es su vida La guajirita de Yumurí.

Porque mas gusto despues le quepa, El mango trepa:

No es amadora melindrosita De las de aquí.

Y aunque los ramos salta espedita Como podria

Serlo una hutia, Nada ve, nada, la guajirita, La guajirita de Yumurí.

Al fin ve un potro que por la senda A toda rienda

Viene, y un negro la monta, que era Carabalí.

Ella al mirarlo toda se altera: Ve que es Bartolo,

Ve que es Bartolo Que viene solo,

Sin Don Eugenio Quedó cual cera, La guajirita de Yumurí.

Es una esquela, toda borrones, Ve las razones

Con que se escusa; y es todo bola, Nada es así.

Bartolo, luego que ella leyóla, Mete la espuela, Y con la esquela,

Sin contestarle, se queda sola La guajirita de Yumuri.

Ya desde entónces la vida ignora Del que ella adora: El no la escribe, ni su criado
Va por allí.
Perdió la pobre su sonrosado
Cútis: su cama
Es lo que ama
Y allí la tísis ha ya mirado
La guajirita de Yumurí.

Y Don Eugenio casó en la Habana
Há una semana
Con una vieja rica, de un genio
Como un ají;
Pero la vieja tiene un ingenio,
Mina en el cobre...—
Y como es pobre
Nunca recuerda ya Don Eugenio
La guajirita de Yumurí.

José Jacinto Milanés.

A LA NOCHE.

SONETO.

Un tiempo con ardor por tí anhelaba, Tu sosegado imperio apetecia, Y en él, junto á la hermosa amada mia, Tus horas entre el júbilo contaba.

Si amante Diana su Endimion buscaba Y con plateados rayos nos heria; Si allá á lo léjos céfiro gemia, O el mar en la ribera rebramaba;

Eres hermosa ¡ oh noche! mi divina Idolatrada Flérida presente La majestad te daba que perdiste!

¿ Qué dices hoy al corazon? mezquina Luce la luna: miro indiferente El tachonado manto que te viste.

FELIX MARIA DELMONTE.

CELIAR. FRAGMENTO.

De un verde montecillo en la colina, Hay una pobre tumba solitaria, Que la luna tristísima ilumina Cual desmayada antorcha funeraria: Y sobre ella lánguida se inclina Una hermosa fragante pasionaria, Que recogiendo del aurora el llanto Le forma con sus hojas rico manto.

No hay allí ni doradas inscripciones, Ni marmóreos ornatos, ni grandeza, Ni del arte las vanas profusiones Con que cubre su polvo la riqueza; Ni tampoco se ven inspiraciones Consagradas al genio ó la belleza, Ni de los bravos á su patria fieles, La cifra coronada de laureles.

Pero en medio la calma pavorosa Que allí en silencio aterrador preside, Una cruz se levanta misteriosa, Que al caminante una plegaria pide, Y aunque de tosco leño, silenciosa, Con su sombra no mas, tremenda mide El corto espacio do cual vil gusano, Muere encerrado nuestro orgullo humano!

Y el viento de la noche que murmura Con amoroso, lánguido silbido, Se detiene en la yerta sepultura Entre los brazos de la cruz perdido: Y luego al despedirse, con ternura Exhala un melancólico gemido, Que se prolonga cual la voz sonora De una cuerda que vibra tembladora.

Bellísimos los dos y afortunados, Llenos de gracia y virginal hechizo, Nacieron para amar y ser amados, Cual obra en que el criador se satisfizo. Al placer y virtud predestinados, Con mano liberal su amor los hizo, Y pura colocó sobre su frente La auréola del ángel inocente.

Se vieron y se amaron cuando apénas De la infancia el pensil abandonaban, Y los dos por camino de azucenas Bajo un cielo de azahares dormitaban, Visiones de placer siempre serenas Sus angélicas horas arrullaban, Y todavía de sus hojos bellos El dolor no empañaba los destellos.

Era dulce y tranquila su mirada, Natural y tiernísimo su acento, Gallarda su presencia y descuidada, Melancólico acaso el pensamiento, Y en toda su persona derramada Tal potencia de vida y sentimiento, Que bastaba mirarlos un instante Para sentir el pecho palpitante.

Imágen de los seres que idealiza El que un cielo de zafir pasea, Pensamiento de amor que se desliza Cuando la mente ardiendo centellea, Soñada perfeccion que diviniza El inspirado vate allá en su idea, Angel ó genio, aparicion ó sombra, Que admira el alma, pero nunca nombra.

Dormid, sombras, dormid!...tibia la luna
Os preste melancólica su lumbre:
Y las nocturnas brisas, una á una,
Sobre esa cruz, en varia muchedumbre,
Murmuren los cantares que en la cuna
Con acento de paz y dulcedumbre,
Le canta, dirigiéndose al Eterno,
La cariñosa madre al niño tierno;

¡Dormid, sombras, dormid!...y lentamente Destrenzándose en ondas bullidoras, Un arroyo de márgen trasparente Os cuente con su voz las tardas horas!... ¡Dormid, sombras, dormid!...y reluciente Escondida en las ramas tembladoras, Multitud de aves ricas, ciento á ciento, Trinen á par del amoroso viento!

Y tú ¡ oh tumba! que guardas sus amores, Y con ellas tambien su triste historia, Conserva en derredor fragantes flores, Que recuerden al mundo su memoria; Quizá uno de tantos trovadores, Mas feliz ó mas digno de la gloria, Te inmortalice vencedor un dia Con cantares de espléndida armonía.

No me olvides y adios!...débil mi canto Entre mis labios trémulos espira: Siento en mis ojos resbalar el llanto, Y enmudeciendo la sonante lira, En vez del fuego varonil y santo Con que el poeta creador se inspira, ¡Imágen del dolor! rodando brilla Una lágrima ardiente en mi mejilla.

ALEJANDRO M. CERVANTES.

A UN ARROYO.

¡ Cuán lento vas, arroyo cristalino, Con espresion sencilla Rizando en tu camino La verde alfombra de flotante lino, Que blando crece en tu espumosa orilla!

¡Cuán ricas de ilusion resbalan solas Ceñidas de amapolas Y blancas azucenas, En dulces giros las modestas olas Que nacen en tus márgenes serenas!

Ebrias de amor las aves candorosas Se miran dulcemente, Cual visiones hermosas En el espejo claro y transparente De tus humildes aguas silenciosas. El césped blando y la feraz llanura Te ofrecen regaladas Su cándida verdura; Y en grato son las auras perfumadas Tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas, Los valles sus primores, Las selvas sus palomas, Su sombra grata las enhiestas lomas, Y el cielo mismo su dosel de amores:

Y en las de mayo hermosas alboradas Flotante en tus espumas, Te arrullan sosegadas, Del blanco cisne las nevadas plumas, Las hojas por los céfiros llevadas!

Hijo tal vez, de agreste peña dura Tu manantial de plata, Por la feraz llanura Como una cinta blanca se dilata Ceñida de riquísima verdura.

Y ajeno de ansiedad y de pesares Por selvas y palmares, Sin suspirar congojas, Tranquilo vas al seno de los mares Cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño tambien me deslicé inocente Con paso indiferente, En ilusion de amores Tras el vivo matiz de hermosas flores, Y el mágico cristal de mansa fuente.

Y libre como garza voladora Con infantil decoro Y gracia encantadora, Besando fuí tus arenillas de oro Al rayo suave de la blanca aurora.

Entónces ¡ay! con cuán brillante arreo Agitaba mis alas En casto devaneo, Rodeado siempre de celestes galas, Por los eternos campos del desco! Mas de entónces á ahora...; cuántos daños Han causado á mi vida Los tristes desengaños; Una tras otra la ilusion perdida Bajo el peso terrible de los años!

Yo soy aquel infante candoroso De las guedejas blondas Y mirar cariñoso, Que tantas veces se agitó en tus ondas Como entre flores el sunsun hermoso.

Yo soy el mismo; pero el alma mia Tristemente ha perdido Toda aquella alegría; Y en vano busca en tu corriente fria El dulce encanto de su Eden perdido.

Sigamos ¡ ay! sigamos la jornada, Llorando yo mis penas, Con alma resignada, Y tú rizando el manto de azucenas Que se mece en tu manto sosegada.

Sigamos, sí: que no hay mayor ventura Ni mas dulce consuelo, Tras de tanta tristura, Como la ofrenda que se eleva al cielo Contemplando las glorias de natura!...

Tal vez mañana triste y abatido Por los placeres vanos, Aquí vendré perdido, De horrible tedio el corazon herido, Mustia la frente y los cabellos canos!

Y al recordar las horas inocentes De aquella edad sencilla, Dos lágrimas ardientes, Tan puras cual tus lánguidas corrientes Cuajadas brillarán en mi mejilla!

Tú dulcemente correrás, callado, Sin escuchar mis ayes, Miéntras que fatigado Buscando iré por los vecinos valles Algun recuerdo de mi bien pasado. Y sentado en tu márgen fresca y grata, Con plácida alegría, Veré cuál se retrata Sobre tus ondas de color de plata La imágen ¡ay! de mi vejez sombría!

Prosigue pues, arroyo, tu carrera, Miéntras que suspirando En celestial quimera, Perdido voy por la gentil pradera Con lágrimas tus aguas salpicando:

Que iguales en la vida y en la suerte, Una será el destino, Que con acento fuerte Nos sorprenda á los dos en el camino, Y nos lleve al abismo de la muerte.

RAFAEL MARIA MENDIVE.

SONETO.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA.

Y ¿ eres tú, Dios, á quien podré quejarme? Inebriado en tu gloria y poderío, Ver el dolor que me devora impío Y una mirada de piedad negarme?

Mandar alzar otra vez por consolarme La grave losa del sepulcro frio, Y restituye, o Dios, al seno mio La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué! es por ventura Crear por destruir placer divino, O es de tanta virtud indigno el suelo?

O ya del coro absorto en tu luz pura Te es ménos grato el incesante trino? Dime, ¿ faltaba este ángel á tu cielo?

José Joaquin de Olmedo.

DE MI MUERTE.

Ora benigno me dilate el cielo Estos momentos que llamamos vida, Ora le plazca que el presente sea Mi último dia;

Bien me acostumbre la dolencia larga A ver de léjos que la muerte llega, Bien como rayo que improviso hiere, Súbito venga;

Ya me arrebate del festin alegre, Entre los bríndis del ligero Baco, Ya, cuando, á solas, de mi patria lloro Triste los hados.

Sin que me aflige roedora duda Bajaré impávido á la eterna noche, Y las riberas pisaré tranquilo Del Aqueronte,

Iré à presencia de mi juez severo Sin ese miedo que al impío turba; Que por mi causa no corrió en la tierra Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo Llanto y dolores, corazon de piedra, Al afligido que á su vista gime, Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga, Fiero me pinta con colores negros, Y el pecho blando que me dió natura Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera En las regiones donde no se miente, No me hará cargo de dolor ajeno, Mi alma no teme.

O cielo, escucha mi ferviente voto, Y no me niegues lo que solo ruego Para el momento en que la tumba helada Me abra su seno. Primero muera que mi tierna esposa, Muera primero que mis dulces hijas, Y, moribundo, con errante mano Pulse la lira.

JUAN CRUZ VARELA.

A MI RIVAL,

DESPUES DE LA MUERTE DE MI AMADA.

Ya los pájaros cantores No darán músicas bellas, Ni danzarán los pastores, Ni el cielo vestirá estrellas, Ni la primavera flores.

Ni los simples tomejines Vendrán por verla en la fuente, Ni ella al verme en los jardines, Orlará grata mi frente De claveles y jazmines.

Aquella frente agraciada, En cuya forma hechicera Tuvo el placer su morada, Tornó á lo mismo que era Antes de ser engendrada.

Yo sé, Pilar, cuanto hacias En obsequio de mi amada, Y que amistad le tenias, Y algo mas; pero, así en nada Mi honor ni el suyo ofendias.

Por ser cosa natural Que unánimes dos estén: Y no porque en caso tal, Quisieras tú á Fela bien, Debo yo quererte mal.

Nuestra situacion retrata Dos cazadores que en vano Corren para ver quién mata La paloma, y un milano A la vista la arrebata.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS.

EULOGIA PEREZ..

Murió la vírgen de las dulces horas, De la belleza la dorada flor; Iba á ser tuya, jóven que la lloras, Y alma del cielo se elevó hasta Dios.

En los senderos de la ingrata vida Como ilusion de tierno frenesi, Como la perla en areñal perdida, Brilló y su lampo al esconderse vi.

Y la luz de sus ojos esplendente, Suave como la estrella matinal, Y los rubios cabellos de su frente Cual oro y seda en su garganta ondear:

Gentil y gura como el alba hermosa,. Para hechizar el corazon nació, Y de su boca de jazmin y rosa Para verter palabras de pasion.

Y era santa, inefable su sonrisa, El perfume que suelen exhalar Las flores agitadas por la brisa Que ha mojado sus alas en el mar.

Hija sensible, cariñosa y pia, La corona de esposa le ofreció El ángel de la ardiente simpatía, De los santos amores precursor.

Y la idea querida que atesora, Bañó su rostro en cándido rubor, Presente siempre la dulcísima hora En que su seno palpitó de amor.

> Pero con ciegas iras La despiadada muerte, En su cabeza jóven

Vapor de tumba vierte, Y desfallece y arde La vírgen infeliz.

Y su cabello hermoso Al punto dividido, No ondea ya en su cuello; Joyel de amor perdido, Aroma que sus hojas Rinde entre polvo vil.

En el solemne trance No le amedrenta el seño De enfermedad terrible: El encantado ensueño De sus amores cándidos Le encubre su dolor.

Y entre ilusiones flota Su mente delirando, * Piensa que el sol para ella Sus rayos derramando, Brilla con la luz plácida Que alegra el corazon:

Y que guirnalda pura De azahar ciñe su frente, Y que su amor de vírgen Trémula, balbuciente, Ofrece á su adorado Del ara en el dintel.

Pero con soplo frígido La realidad ahuyenta Las ilusiones de oro Que su pasion inventa, Y la doncella mira Su porvenir cruel.

Férvido «adios» entónces Envía resignada A sus llorosos padres, A su familia amada, Y á su adorado, lánguida Dice tambien »adios». Por su ventura ruega,
Pero la idea impía,
De que otro amor su pecho
Pueda abrigar un dia,
La aflige y al delirio
Torna de su pasion.

En su blanco ataúd como dormida La mira el pueblo con doliente faz, Y no puede creer que de esta vida Se ha desceñido el velo funeral.

Y del templo en la cúpula está ella Transformada en celeste querubin, Mas que en el mundo fascinante y bella Sus ecos une á la oracion de allí.

Y las nítidas lágrimas recoge Que á su memoria vierte la amistad, Las preces de las vírgenes acoge, Manda á sus pechos bálsamo de paz.

Las que vais á gustar santos amores A Eulogia un pensamiento consagrad, Y con guirnaldas de argentinas flores La cruz de su sepulero coronad.

José RIVERA INDARTE.

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

Bajo esta losa fria ¡ Idolatrada madre! Descansan para siempre Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos, Que no te ven cual ántes, Cercados de tinieblas En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas Se pierden en el aire, Que nada los lamentos Contra la muerte valen: Ni logra el blando ruego, Que exhala el pecho amante, El que su presa vuelva La tumba inexorable:

Ni ménos á su impulso, Que dóciles se ablanden, Del lúgubre destino Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente, Rendida orabas ántes, En este mismo templo Donde ahora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo Con ruegos incesantes, Que en mí sus claras luces Benigno derramase.

¡ Cuántas veces la aurora Te vió en estos umbrales, Impetrando del cielo Favores y piedades!

Jamas á lo alto fueron Tus súplicas en balde, Que era para el Eterno Tu valimiento grande.

¡ Cuántas miró la noche Tus lloros abundantes; Como tu amor ardientes, Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros Herian estas naves, Que hora sordas repiten Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas, Que en pos de tí dejaste, En escuadron vinieron Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles, Con fuerza incontrastable Lanzáronme á un abismo, Sobre barquilla frágil.

Así, madre querida, Desde que tu faltaste, Cual náufrago navego En borrascosos mares.

Encréspanse las olas, Silban los huracanes, Y entre agrupadas nubes Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio, Pues que llegó á apagarse La luz que era mi guia, En las olas instables.

¡ Oh si pluguiera al cielo, Que en tan horrible trance Asilo bonansible En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino Provechosas verdades, Alivios duraderos, Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta, Que en tus cenizas arde, Al corazon envía Centellas eficaces.

No rico mausoleo De mármoles y jaspes Oprime tus despojos, Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde Al pié de los altares; Lugar que tantas veces En vida frecuentaste.

En torno las virtudes Con cándido ropaje, Te cercan, encubriendo Llorosas el semblante. Ellas en vela siempre, Hacen que se te guarde Respeto merecido, Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque, Que con lágrimas bañe Tus restos, y en mi auxilio Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo Tu espíritu brillante, Sobre el empireo goza Delicias inmortales.

Espléndida diadema Te ciñe radiante. Y en trono de zafiro Triunfas de las edades:

Contemplando segura, Con ojos penetrantes, La ingénita belleza, Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides: Ah mi dolor te apiade, No porque el cielo habitas Dejas ya de ser madre.

José Joaquin Pesado.

A LA SEPULTURA DEL SEÑOR DON MANUEL VICUÑA.

PRIMER ARZOBISPO DE LA IGLESIA CHILENA.

(Soneto.)

Yace bajo esta losa muda y fria El despojo mortal del Pastor santo, Que en vano riega el abundoso llanto De su grey solitaria noche y dia.

La tierna Magdalena así gemia No encontrando el cadáver sacrosanto De Jesus, y tal era su quebranto Que la divina voz desconocia.

Cumplióse aquí la ley de la natura: Un vacío, un dolor, una memoria, Solo deja al morir la criatura;

Mas si rauda se eleva hácia la gloria El alma eterna refulgente y pura, ¿ Dónde está de la muerte la victoria?

MERCEDES MARIN DE SOLAR.

A UNA MUJER.

Fuiste un tiempo, triste niña, La envidia de la hermosura, Y en tu frente honesta y pura Brilló el amable candor. Y entónces, niña, ¿ te acuerdas? Los hombres te saludaban, Y á tu oido murmuraban Dulces palabras de amor.

Palabras que en tu inocencia Sin comprenderlas oias, Y tú á la vez sonreias Quizas sin saber porqué; Pues que tu sonrisa ingenua En tu labio y tu mejilla, Como tu alma era sencilla, Pura como el labio fué.

Esas palabras que ahora, Si suenan en tus oidos, Suenan como ecos perdidos De un concierto que acabó! Te traen al pensamiento Un recuerdo, dulce y triste De lo que en un dia fuiste Cuando el amor te halagó. Tus ojuelos celestiales Eran dos diáfanas fuentes, De vívida lumbre ardientes, Y respirando placer; Eran de amor lenguas vivas Que si el amor inspiraban, Ellos solo lo ignoraban, Sin desearlo comprender.

¡ Pero, qué pronto perdieron Su hermosura y su viveza! ¡ Ay cuán presto á la tibieza Se siguió la languidez! ¡ Dolorida es la mirada Que un tiempo fuera tranquila, Y ya el párpado destila Llanto que quema tu tez!

Eran tus labios la imágen
De la rosa purpurina,
Que la brisa matutina
Aromática empapó,
Cuando por puertas de nácar,
Apareciendo la aurora,
Trasparentes gotas llora
Sobre el cáliz de la flor.

Y era tu risa el remedo
De las blandas olas, cuando,
Por la playa resbalando,
Quieren su imperio ensanchar,
Y al replegarse á su lecho
Muestran á la vista, avaras,
Nítidas perlas, que raras
En su seno guarda el mar.

Si dormias, de tu sueño Gozabas tranquilamente, Sin que agitase tu mente Un recuerdo de dolor; Que tu corazon sereno Dejaba gustar á tu alma, En suave y plácida calma Del dulce sueño el valor.

Cual arroyo que tranquilo Sus limpias aguas desliza, Y las flores fecundiza En el ameno verjel, Era tu vida en el mundo; Por él serena pasaba, Brillo y color le prestaba, Y era pura como aquel.

¿ Quién que te viera aquel tiempo, Hermosa niña, dijera, Que tu aparicion no fuera Una vision celestial? ¿ Un ángel que descendia A endulzar nuestra amargura, A prometernos ventura Allá en la vida eternal?

¿Y hora porqué mustia y sola Y retirada del mundo, Consuelo á un dolor profundo Buscas en la soledad? ? Porqué tus ojos al cielo De lágrimas inundados, Los tienes siempre tornados Como implorando piedad?

¿ Piedad de los cielos, niña!
Y los cielos ¿ qué te han hecho,
Que así exhalas de tu pecho
Quejas de amargo dolor?
— Los cielos no te ofendieron,
Ni te podrán dar los cielos,
Para tus males, consuelos
Que te ha negado el amor.

Amaste, niña, y amando
Dejaste de ser dichosa,
Que una ventura engañosa
Sorprendió tu corazon;
Y dejastes inocente,
Una dicha verdadera
Por una falaz quimera,
Una fatal ilusion.

Tu tierno pecho sencillo Las palabras engañaron Que los labios pronunciaron De ese tu amante traidor. Y cuando pudo su astucia Triunfar de tu resistencia, Burlóse de tu inocencia Y de tu cándido amor.

Tu le contemplas á veces En medio de los placeres Del amor de otras mujeres Tranquilamente gozar, Sin que recuerde tan solo Una vez al pensamiento, El horroroso tormento, Que te ha por fin de acabar.

O te finges que le miras Ya volver arrepentido, Y á tus piés le ves rendido Implorando tu perdon, Y tú le tiendes la mano, Y en disculparle te empeñas, Y vas á abrazarle y...; Sueñas Con una grata ilusion!

Inocente paloma, sufre y llora, Que trazado en el libro del destino Estaba el largo y áspero camino Que te conduce de la vida al fin. ¡Sí, sufre y llora, que tu culpa espías, Que tú á la tierra á padecer viniste, ¡Sobrada culpa tuviste Con empezar á vivir!

Si creiste tal vez que tu existencia De placeres se viera coronada, Por tu amor adormida, y arullada De la fortuna entre caricios mil, ¡ Inocente paloma! es que ignorabas Entre ilusiones de eternal ventura, ¡ Que esta mansion de amargura Lo era de engaños así!

Los goces, los deleites de la tierra Son sombras, son fantasmas pasajeros, Que á nuestra vista ofrecen lisonjeros Cuadros de gloria y de inmortal placer ¡ Fantasmas que cual humo se deshacen, Miéntras que al alma fascinada aquejan Los recuerdos que le dejan De la ventura de ayer!

Y tú, paloma incauta, enamorada, ¿ Qué harás de tu existencia desgraciada, Dime qué harás con tu infeliz pasion? Llegas tal vez á un claustro y dolorida En él consumes tu agitada vida, Entre el cielo, ayunos y oracion. Y allí suplicas con ferviente anhelo Que plegue concederte el almo cielo De tu acerbo penar el galardon. Y en tus ruegos talvez envuelto un nombre Sube á implorar del cielo, para el hombre, Que te perdió en el mundo, su perdon!

HERMOGENES IRISARRI.

UNA MUJER EN LA TUMBA.

Yace por siempre helada Dentro ataúd profundo Una mujer manchada, Que el Hacedor del mundo Tornó en arcilla, en nada.

Luz funeraria vierte Mustio, fugaz destello Sobre el ya rostro inerte Que de lozano y bello Tieso paró la muerte.

Nadie eficaz consuelo Dióle con labio amante, Ni mitigó su duelo En el terrible instante De abandonar el suelo.

Nadie doliente llora Sobre su faz marchita; Ni la piedad implora En oracion contrita Del Dios que el justo adora.

Que en ese enjuto seno Se aposentaba el crimen, Desque al rubor ajeno Pudo salvar el límen Que lleva al desenfreno.

Fué su ventura, gota De matinal rocío Que rudo viento azota, O que ferviente estío Con seco rayo agota.

Miéntras creciera obscura Bajo el paterno techo, Nunca pasion impura Hizo latir su pecho Con desigual presura.

La vanidad maldita Echóla luego al mundo Que la inocencia incita Para que el vicio inmundo Deje su huella inscrita.

¡ Ay! la que amada prenda Era del padre anciano, Dando al deseo rienda Hizo en altar profano De su pureza ofrenda.

Por el salaz camino Corrió con suelta planta, Pimpollo purpurino Que insecto vil quebranta Y arrastra el torbellino.

Cuánta ventura insana, Cuánto pesar impío Abrigó el alma vana De ese cadáver frio Que fetidez emana!

¿Y esa, gran Dios, la hermosa Es que brilló en el suelo, 209

Cual loca mariposa Que remontando el vuelo Cae en la mar undosa?

Sí: que la diestra fuerte Del Hacedor del mundo, El alma mia advierte En ese cuerpo inmundo, Que desecó la muerte.

ADOLFO BERRO.

A LA MUERTE.

En vano, cruda muerte, En mí tu saña apuras, Si están mis manos puras ¿ Qué mal podré temer? —

La llama que á mi mente Dió un dia el alto cielo No esperes en el suelo Tirana oscurecer.

El présago sonido Que exhalas de tu boca, Espante al que provoca La lid de maldicion.

Espante al que su patria Sujeta á vil coyunda, Y en crímenes se inunda De atroz recordacion.

Espante al que seduce La cándida belleza Y en llanto é impureza La mira sin horror.

Espante al que á su hermano Conduce en cautiverio, O lleva el adulterio Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo Las leyes á porfía, Si odié la tiranía Y al hombre desleal:

Si miro un nuevo hermano De Dios en cada hechura: Si en mí la desventura Consuelo halló vital;

¿ Porqué, sangrienta muerte, Tu saña me persigue? El que inocente vive ¿ Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente Dió un dia el alto cielo, No esperes en el suelo Tirana oscureser.

ADOLFO BERRO.

LOS SEPULCROS.

DEDICADO AL SÑR. DON MANUEL ROBUEDO.

De lánguidos cipreses, á la sombra, Y en urnas que el amor baña con llanto, Es mas plácido el sueño de las tumbas? Cuando el sol á mis ojos estinguidos No resplandezca ya, y á mis oidos Llegue la dulce voz de la harmonía, Ni el tierno amor mi corazon inflame, Ni el halagüeño porvenir me ria, ¿ Podrá darme consuelo yerta losa, Que distinga mis huesos de otros tantos Que en la tierra y el mar siembra la muerte? No, querido Manuel; aun la esperanza, Diosa final, de los sepulcros huye: El pavoroso indiferente olvido Lo envuelve todo en su profunda noche; Y el hombre, los sepulcros y ruinas De tierra y cielo, en insondable abismo Sepulta el tiempo con helada mano. Mas ¿ para qué los míseros mortales, Al tiempo anticipándose, destruyen La piadosa ilusion que en los umbrales

De la huesa fatal detiene al muerto? ¿ Aun no vive en la tumba, cuando puede Tras sí dejar recuerdos cariñosos O de útil gloria noble monumento? Esta de afectos comunion divina Es un celeste don á los humanos: Por ella con los muertos aun vivimos, Y con nosotros ellos. Sus reliquias De la inclemencia y del profano vulgo Defiende la piedad. El caro nombre Conserva el mármol ó la piedra humilde, Y árboles odoriferos, floridos Con blanda sombra las cenizas bañan. Solo quien al amor negó su pecho Se concentra en la tumba. Su alma triste Se precipita al tormentoso Averno, O bien se acoge á las inmensas alas De la clemencia celestial. Su polvo Cubren los cardos y ominosa ortiga; Que sobre las reliquias de los muertos Jamas brotaron apacibles flores, Si no las riega del afecto el llanto. Do quier que sociedad juntó á los hombres, Contra los elementos y las fieras Guardaron los cadáveres. Las tumbas Garantizaban los remotos pactos, Eran aras tambien, y fué temido Sobre el paterno polvo el juramento. Los cedros, los cipreses y los sauces, Llenando el aire con efluvios puros, Sombra perenne y plácida tendian Sobre las urnas. Los amigos fieles Una centella al sol arrebataban Para alumbrar la subterránea noche Que en sepulcrales bóvedas reinaba, Porque siempre los ojos moribundos Buscan al sol, y el último suspiro A la nublada luz todos exhalan. De agua lustral murmuradoras fuentes Violetas y amarantos producian, Y los hijos, las madres, las esposas, Al obseguiar las adoradas tumbas Con láctea libación, en la fragancia Elíseo aroma respirar creian.

Las urnas de los sabios y los fuertes Patriótico valor, virtud respiran. De Maraton las coronadas tumbas Los magnánimos pechos inflamaron De los héroes de Grecia, y la semilla De un bosque de laureles germinaron. Al contemplar de Washington divino El modesto sepulcro, nos llenamos De amor de Patria y Libertad, y osamos Luchar con los tiranos y el destino.

José Maria Heredia,

EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

EN LA NOCHE.

Los que en las dichas de la vida ufanos, Correis jugando su azarosa senda, Ceñidos de fortuna con la venda, Que os muestra eternos sus favores vanos;

Los que de risas y venturas llenos, Orlada en flores la altanera frente, Cruzais por esta rápida corriente Que en barca de dolor surcan los buenos;

Los que libais en la nectárea copa De los placeres sus delicias suaves Como los trinos de doradas aves, Como los besos de una linda boca:

Volved la espalda á la suntuosa sala, De orgullo y oro y corrupcion vestida, Venid á este salon á que os convida La muerte ornada de su eterna gala.

Venid á este salon, á cuya puerta Malgrado tocaréis en algun dia; Aquí de los vapores de la orgía Vuestra alma libre, se verá despierta.

Y es bueno conocer una posada A que hemos de llegar precisamente, Ya se marche en carroza refulgente, Ya arrastrando entre zarzas la pisada; Y`es útil levantar esas cortinas Que la heredad envuelven mas preciosa, Y del que planta solamente rosas, Y del que coge solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda De todos los regalos que da el mundo, A los que estamos en dolor profundo, Y á los que ensalza la voluble rueda!

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella! Lujo hay tambien en el palacio helado; Cada astro le es un arteson plateado, Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre, Trono de un Dios y de su sangre lleno; Y de esas tumbas en el yerto seno, Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo, Y de su lampo la verdad le alumbra, La eternidad en pompa se columbra Sobre humana soberbia que ya es lodo.

Lodo y no mas, dichosos de la tierra, Seremos y seréis! ¿ Es un consuelo Que nos permite compasivo el cielo A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada Al reino de la muerte nos llegamos, Y en su espejo infalible divisamos, Que gloria, pena, dicha, todo es nada!

Sí que en este lugar se os ve temblando Palidecer entre congoja y miedo, Y del manto del tiempo el viejo ruedo Con mano desperada asegurando,

Quisierais detenerle en su carrera Que os arrastra tranquila y majestuosa, Y al batir de su pié, se abre la fosa Que inevitable al término os espera!

Y si de régia pompa precedido Llega á esa puerta el ataúd fastuoso; Es que el mundo que os fué tan engañoso, Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se alza altanero en el momento Para albergar vuestro despojo helado; De la humanal prudencia es un legado, Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro A la fúlgida luz de mil hachones: Es remedar sin fe las oraciones, Para pedir á vuestras arcas oro.

¿ Lo dudais? Preguntad al prócer fiero Que entre mármol y bronce allí reposa, Al Creso que recubre aquella losa, Al bravo que aquí duerme con su acero.

¿ A dónde está el poder, á dó la gloria Que en tanto de la tierra era preciada; Dó la opulencia que brilló envidiada; A dónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado, Todo pasó! pero quedó el olvido.... Y ¿ acaso en el sepulcro del mendigo Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso Y en medio del festin y sus cantares, Incensad de fortuna los altares, Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormecéos en sitial dorado De la lisonja al embriagante acento; «Caigan virtud y honor para el contento «De quien en noble cetro está apoyado.»

Hollad al débil si piedad os pide Y al mísero que gima en vuestra sala, No le deis aun las sobras de la gala, Que donde quiera vuestra planta mide!

Alzad la espada sanguinosa y fuerte, Que doma al pueblo, esclavitud sembrando, Y de las leyes el altar pisando, Poblad la tierra de orfandad y muerte! Que yo, sobre las tumbas recostado, De vuestras dichas y poder me rio; En la justicia del señor confío, Que solo el que la ofende es desgraciado!

PACHECO Y OBES.

EL DIA FINAL.

Cumpliéronse los tiempos! de sus obras Retira el Criador su excelsa mano, Y aquella voz que enfrena al oceano, Terrible é indignada, «¡ Toma! dice à la nada, «¡ Cuanto de ti saqué, de mí recobras!»

Y alzando el ángel de la muerte el vuelo
Por los inmensos campos del vacío,
Raudo entre nubes de color sombrío,
Que al sol envuelven en luctuoso velo,
De planeta en planeta
Pasa llevando la sentencia dura,
A que el Supremo Artífice sujeta
De su poder la portentosa hechura.

Rota la ley que ordena el movimiento
De innumerables mundos,
Por la vasta estension del firmamento,
Sin rumbo ni compas vagan errantes
En confusion y vértigos profundos.
Unos con otros luchan: sus brillantes
Destellos palidecen;
Y el espacio sin fin el grito absorbe
Que cruza por los ámbitos del orbe.

Escuchad, escuchad!!... Los aquilones
Rápidos giran, y en su curso ciego
De unas á otras regiones
Van el carro de fuego
De la sañuda tempestad lanzando:
Las altivas naciones
Pálidas tiemblan con pavor nefando,
Y cual flexibles cañas
Doblan sus crestas ásperas montañas.

Por las ciudades, de opulencia emporios, Rugiendo van los tigres y panteras; Las aves carniceras Refúgianse en magníficos cimborios De alcázares y templos; y en las grutas De sanguinarias fieras, Hermanos contra hermanos Se abalanzan hambrientos los humanos.

¡ No hay amor!; no hay piedad! Del negro espanto, Del furor ciego y el pesar profundo, Huyendo van los sentimientos suaves...
Del inocente infante el tierno llanto, Y del anciano los dolores graves,
La desesperacion en su iracundo
Frenético anhelar, en vano escucha...
¡ Naturaleza con la muerte lucha!

Espectáculo atroz! La mar devora Campos y pueblos que no dejan rastros, Y se alza bramadora Amenazando al cielo, Como si el apagar fuese su anhelo La ya marchita lumbre de los astros.

La ponderosa mole de la tierra Su movimiento y turbulencia imita, Vorágines inmensas abre y cierra Y en convulsion frenética se agita.

¡ Despareció la lobreguez! El cielo, Hoguera inmensa sacudiendo llamas, Con claridad fatídica ilumina La universal catástrofe. Del velo De densas nubes, que desgarra el rayo, Despeja el sol la enrojecida frente, Y de su centro súbito desata Volcánico torrente, Que por el ancho espacio se dilata.

Brama en el aire ignífero oceano, Zumba y estalla el fulminante trueno; Giran chocando rápidos planetas, Como del mar en proceloso seno, Desmanteladas y perdidas naos; Cruje la tierra; el cielo se desgarra, Tiende la muerte su acerada garra; Gime la creacion y torna el cáos!
¡Reina la eternidad! sobre los mundos,
Devueltos á la nada,
El ígneo trono del Señor se asienta:
Yace á sus piés la muerte encadenada,
Rota en su mano inerme
La guadaña sangrienta,
Y el tiempo á su lado inmóvil duerme.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

INMORTALIDAD.

Cuando en el éter fúlgido y sereno Arden los astros por la noche umbría, El pecho de feliz melancolía Y confuso pavor siéntese lleno.

Ay! así giraran cuando en el seno Duerma yo inmóvil de la tumba fria!... Entre el orgullo y la flaqueza mia Con ansia inútil suspirando peno.

Pero ¿ qué digo ? irrevocable suerte Tambien los astros á morir destina Y verán por la edad su luz nublada.

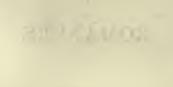
Mas, superior al tiempo y á la muerte-Mi alma verá del mundo la ruina A la futura eternidad ligada.

José Maria Heredia.

- 5-70 5-47

V.

ROMANCES.



ROMANCES HISTORICOS.

YANDUBAYÚ Y LIROPEYA.

Siguiendo va por un bosque Del Paraná renombrado A Yandubayú, cacique, El sanguinario Carvallo.

Vuela el indígena, y solo Se para, así que lejano De Juan Garay y su tropa Ve al atrevido cristiano.

Entónces cual tigre fiero Que sobre el toro inmediato Revuelve, y la aguda zarpa Clava en el cuello gallardo,

El, esquivando la espalda De furibundo lanzaso, Ha, con los brazos nudosos, A su enemigo aferrado.

Tremenda lucha se traba, Que son guerreros bizarros; Y á su contrario dar muerte Los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero Cree ya vencido á Carvallo: Pero mil veces sin fruto Le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo De aquel luchar tan estraño, Víctima ya del cacique, Era el soberbio cristiano: Cuando del ruido avisada Que hacen las voces entrambos, À despartir la pelea Vino, con rápido paso

La muy gentil Liropeya, India de rostro lozano; Del Paraná rica perla Que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores Se está el cacique abrasando; Y por haberla ofreciera A grave empresa dar cabo;

Cinco terribles guerreros Tiene á la lucha emplazados, Pues ofendieron sus deudos Y él ha jurado vengarlos.

«¿ Así te olvidas, cacique, De tus promesas? ingrato! ¿ Así en combates sin premio Digno de tu heróico brazo,

La vida espones que solo Has de arriesgar en el campo, Donde triunfante, de esposa Debo ofrecerte la mano?

Ay! deja, deja, te ruego A ese enemigo soldado, Y guarda, guarda tu esfuerzo Para combate mas alto.»

Dijo la india; y al punto Soltó el cacique á Carvallo; De paz la diestra tendióle Sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple Yandubayú los mandatos; Luego tranquilos y juntos Se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india, Bien lo notó el castellano, Que por salaces deseos Y torpe saña llevado,

Hunde la espada traidora En el cacique preclaro, Que cae sangriento y sin vida De Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda Viendo á su amante llagado, Por el mortífero plomo Que le echó al suelo del árbol,

Con nunca oidas querellas, Asorda bosques y llanos, Aun á piedad las entrañas Del cazador escitando;

Así con voces sentidas, Vertiendo fúnebre llanto Sobre el cadáver que estrecha Contra su seno torneado,

La hermosa indígena increpa Al matador inhumano, Y á su maldito destino Que á tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura Con tiernos ruegos Carvallo; Pero ella airada resiste Sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos Al desleal castellano: «Seguirte quiero, le dice, «Si con tus ágiles brazos

«Abres la fosa que encierre «Este cadáver helado; «Para que pasto no sea «De los voraces caranchos.»

Lleno de impróvido gozo Suelta la espada el villano, Y empieza á abrir el sepulcro Del que mató descuidado; En él le arroja, y le cubre Despues con tierra y guijarros. Y adonde está Liropeya Vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo ligera El fuerte acero ha tomado, Y al español inclemente Fiera mirada lanzando,

«Abre otra fosa, le dice, «Oh maldecido cristiano!» Y con la espada sangrienta Se pasa el seno angustiado.

ADOLFO BERRO.

EL REY BALTASSAR.

MELODIA HEBRAICA.

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festin El rey Baltassar estaba, Con la corona en las sienes Y sobre un trono de plata.

Y damas y cortesanos Y toda la sierva grey, Se postraba y esclamaba: "Gloria al rey!"

De Israel los vasos de oro Que se trajeran mandaba, Y en ellos el vino beban Sus concubinas amadas. De orgullo y lascivia lleno Sus ricos mantos desgarra, Y en la desnudez hermosa Su disolucion halaga.

Y damas y cortesanos Y toda la sierva grey, Se postraba y esclamaba «Gloria al rey!»

- «Los verdes ojos del rey Parecen dos esmeraldas, La púrpura de la rosa
Sus rojos labios no iguala.»

— «Dichosa la vírgen bella
Que oye sus dulces palabras;
Dichosa la que en sus brazos
De amor el aliento exhala.»

— «Prudente y sabio rey,
Justicia tan solo manda,
La tierra adora sus leyes,
Ventura eterna le aguarda.»

- "Qué vale el dios de Israel,
Contra el poder de su espada!
De los míseros judíos
Cuál es la triste esperanza!»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y esclamaba:

«Gloria al rev!»

En esto una horrible mano Sobre la pared grabara Sentencia que nadie entiende, Y el rey Baltassar temblaba. Era Mane, Thecel, Phares, La inscripcion de la muralla, Y al rey, la corte y el pueblo Terror de muerte causaba. A sus magos les pregunta: «Qué dicen esas palabras?» Y ellos responden confusos: «Nuestra ciencia no lo alcanza.» La reina entónces le dice: «Llama á Daniel, á qué aguardas? Es hombre de Dios querido, Y en él tu padre confiaba.»

Y damas y cortesanos Y toda la sierva grey, Se alejaba y esclamaba: «Ay! del rey!»

 «Si aclaras este misterio Que á mi corazon espanta, Segundo te haré del reino Y vestirás escarlata.»

- «Triste mortal, qué me ofreces Cuando á tí todo te falta? En esa inscripcion yo leo: «Tú vas á morir mañana.» En esa inscripcion vo leo: El Moro y Persa mañana Se dividirán tu reino, Las riquezas de tu casa. Pues blafemaste de Dios, Tu triste huesa mañana Del último de tus siervos Será con desprecio hollada. El gozo de los tiranos Es cual fosfórica llama Que en la noche tenebrosa De las tumbas se levanta. Solo un momento es la tierra De sus caprichos esclava, Pero él pasa y sus verdugos, Son polvo, gusanos, nada.» En tanto al mísero rey La pena y terror desmayan, Busca á los suyos y encuentra Solo á Daniel que le hablaba;

Pues damas y cortesanos Y toda la sierva grey, Se alejaba, y esclamaba: «Ay! del rey!»

José RIVERA INDARTE.

MOISES SALVADO DE LAS AGUAS.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

«Compañeras, al baño! alumbra el dia La cúpula lejana: Duerme en su choza el segador; y enfría Las ondas la mañana.

«Menfis á pénas bulle: hospedadora Nos da la selva abrigo: Y tendremos, amigas, á la aurora Por único testigo.

"De Faraon mi padre, el jaspeado Palacio al mundo asombra; A mí del bosque el pabellon, del prado Me agrada mas la alfombra.

«¿ Qué son las fuentes en que el oro brilla, Y el mármol de colores, A par del Nilo y de esta verde orilla Esmaltada de flores?

« No es tan grato el incienso que consume En el altar la llama, Como entre los aromos el perfume Que el zéfiro derrama.

«Ni en el festin real me gozo tanto, Como en oir la orquesta Alada, que esparciendo dulce canto Anima la floresta.

«¿ Veis cuál se pinta en la corriente clara El puro azul del cielo? El cinto desatadme, y la tiara, Y el importuno velo.

«¿ Veis en aquel remanso transparente Zabullirse la garza? Las ropas deponed, y al blando ambiente El cabello se esparza.

«Ea! trisquemos en el fresco baño, Alzando blanca espuma.... Mas ¿ qué objeto descubre tan estraño La fugitiva bruma?

«Mirad: enfrente al sicamor sombrío Que verdes arcos tiende Sobre la playa, un bulto por el rio Lentamente desciende.

«No temais: de una palma el tronco anciano Que en demanda navega De las altas Pirámides, liviano Sobre las hondas juega.

«¿ O es de Hérmes por ventura el carro leve?
¿ O es la concha divina
De Isis, que con suave aliento mueve
La brisa matutina?

«¿ Qué digo? es tierno niño, que en ligera Barca duerme al sereno Arrullo de las olas, cual pudiera En el materno seno.

«Arrastra el Nilo la flotante cama, Cual nido de avecilla Que arrebatado hubiese á la retama De su silvestre orilla.

«¡ Qué de peligros corre á un tiempo mismo! ¿ Cual puerto de salud Le aguarda? ¿ mece el proceloso abismo Su cuna ó su ataúd?

«Los ojos abre, hijas de Menfis! llora... ¿ Pudo una madre ¡ oh cielo! Al agua abandonar devoradora El hijo pequeñuelo?

«Tiende los brazos ¡ ay! cual si supiera Su malhadada suerte ; Y son frágiles cañas la barrera Que presenta á la muerte.

«Es de la raza de Israel sin duda, Que mi padre sentencia A proscripcion...pero ; qué ley sañuda Proscribe á la inocencia?

«¡ Pobre niño! su llanto me conduele:
A su madre afligida
Sucederá otra madre: salvaréle;
Me deberá la vida.»

Ifisa hablaba así, jóven princesa;
Y dócil al consejo
De la piedad acometió la empresa;
Y el juvenil cortejo

A la vírgen, que presta se adelanta, De confianza llena, Sigue estampando con ligera planta La movediza arena.

Semejaba, depuesto el blanco lino, Revolando las blondas Madejas por el hombro alabastrino, La hija de las ondas.

El blanco pié con círculos de plata
El espumoso rio
Le.ciñe; y ya á las olas le arrebata
El pequeño navío.

Palpita con la carga que suspende,
Alegre y orgullosa;
Y en sus mejillas el color se enciende
De la temprana rosa.

Bullente espuma hendiendo, que se irrita Y la presa reclama,
El peso que la agobia deposita
Sobre la verde grama;

Y del recien nacido alegremente Cercan todas la cuna, Y sonriendo, la asustada frente Le besan una á una.

Mas ¡ oh tú! que de léjos á tu hijo Por la playa desierta Seguiste desolada, el rostro fijo En su carrera incierta!

Llega: el hinchado seno dá al infante: Tu llanto ni su sonrisa Revelarán en tí la madre amante, Pues aun no es madre Ifisa.

En los brazos maternos, rociado Con lágrimas de duelo Y de gozo á la par, dulce cuidado De la tierra y del cielo,

El pequeño Moises iba seguro:

De Faraon cruel *

Hospeda el regio alcázar al futuro

Caudillo de Israel.

Y ante el trono de Dios, la faz velada Con las alas; el coro Que ve á sus piés la bóveda estrellada, Pulsaba liras de oro. «Alégrate, Jacob, en el asilo De tu destierro» (el canto Así sonaba) «y no al impuro Nilo Se mezcle mas tu llanto.

«El Jordan á sus campos te convida: Te oyó el Señor: Egipto Marchar verá á la tierra prometida Tu linaje proscripto.

«Ese niño que vírgen inocente Salvó de olas y vientos, Es el Profeta del Horeb ardiente, Rey de los elementos.

«Humilláos, mortales insensatos, Que al Eterno haceis guerra: Hé ahí el Legislador, que sus mandatos Promulgará á la tierra.

« Cuna humilde, baldon de la fortuna, Juguete del profundo, Ha salvado á Israel: humilde cuna Ha de salvar al mundo.»

ANDRES BELLO.

EL MASCARA.

ROMANCE.

(El argumento de esta composicion está basado en un cuento tradicional del país.)

EXPOSICION.

La tradicion nos refiere (Y no es cuento de poeta) Que era una niña Henriqueta De hermosura sin igual. Era como americana De alma grande y generosa, Como Caraqueña, hermosa Y como hija angelical.

No diré cómo otros muchos Han dicho en versos gentiles Que muestra en sus quince abriles Mil encantos á la vez; Tampoco diré que tiene Como la noche el cabello, Que es transparente su cuello Y de azucena su tez.

No diré que es su cintura
Una caña del desierto
Que del aire al soplo incierto
Oscila en blando vaiven
Y que con razon pudiera,
Sin pasar por orgullosa,
Mirar á la mas hermosa
Con orgulloso desden.

Diré ménos que en sus labios, Roja púrpura de Tiro, Vaga lánguido el suspiro Mas que la brisa fugaz, Ni que son lindos sus ojos Como un rayo refulgente Del sol, cuando alza en oriente La blanca aurora en faz.

Sí diré que es Henriqueta Tan sencilla como hermosa, Como una flor, candorosa, Como un lirio, virginal; Como un arroyo escondido, lnocente y apacible, Como tórtola, sensible, Como un niño, angelical.

Doña Anastasia, su madre, Segun la crónica cuenta, No ha llegado á los cuarenta Que aun le falta medio mes: Y aunque viuda desde jóven, Hermosa y acaudalada De amor la blanda mirada Desdeña con altivez.

Que por Henriqueta vive, Por Henriqueta respira, Es el sol en que se mira. Su porvenir de ilusion; Y la educa con esmero, Y la aguarda como el ore, A Henriqueta su tesoro, Su delicia y su pasion.

Por ella, Doña Anastasia Si cuatro vidas tuviera Determinada las diera Al punto sin vacilar, Que es exclusivo el objeto De sus mas dulces caricias, De su pecho las delicias, De su vista el luminar.

Pero si Doña Anastasia A su hija Henriqueta adora, Esta sabe encantadora Pagar tan grande aficion; Que es esta madre para ella Un Dios á quien rinde amante Un corazon delirante, Un culto y una oracion.

Pero ; ay! Henriqueta llora. ¿ Qué lágrima se desprende De sus ojos, y desciende Hasta el seno virginal? ¿ Porqué abatida suspira? ¿ Qué interno dolor la inquieta? ¡ Desventurada Henriqueta! ¿ Tan tierna y lloras tu mal?

¿ Tan niña, tan inocente, Te oprime la desventura? ¿ Y cabe en tanta hermosura Tan escesivo dolor? Si gime en llanto anegado Un ángel puro del cielo, ¿ Qué mucho llore en el suelo El infeliz pecador?

Es que ama. Tierna, sensible, Su corazon es estraño A la astucia y al engaño, Mas no al inocente amor; Y es siempre el amor primero Una herida irresistible: Es un gusano invisible En el tallo de una flor.

Ama á Claudio. Es un mancebo A quien conoció en la infancia, Ese tiempo de ignorancia, De candor y sencillez; Ese tiempo en que se vive De quimeras é ilusiones, Sin que las negras pasiones Vengan á hollar nuestra tez.

A sus amantes afectos
Su madre no se oponia,
Que crecer tal vez los via
Con un secreto interes:
Mas el amor que Henriqueta
Profesaba desmedido
La hizo cambiar de sentido
Y abrió un abismo á sus piés.

Y es el caso que en la arena Un rival se nos presenta, Caballero de gran cuenta Segun fama que le dan. Hombre de capa y espada, Calzon corto con hebillas, Ajustadas pantorillas Y se titula Don Juan.

Es Henriqueta la dama De todas sus atenciones; Enredado en sus prisiones Jura adorarla sin fin; Y por Henriqueta vive, Por Henriqueta suspira, Es la Diosa que le inspira, Su deidad, su serafin.

A la madre por lo ménos Así Don Juan lo refiere, Que á la niña hablar no quiere Por cortedad ó temor. Y la madre se trastorna, Pierde el tino y la chabeta, Y le promete á Henriqueta, Y acoge, incauta, su ardor.

¿ Y Claudio? Es sensible Claudio, De la casa es despedido; Suspira y pierde el sentido A impulsos de su dolor; Y cuando en su acuerdo vuelve Se mesa el rubio cabello, Se maltrata el rostro bello Con insensato furor.

Hijo infeliz de la suerte, Juguete de la fortuna, Levantólo hasta la luna Y lo embriagó de placer, Para que su caida fuese Tal vez mas estrepitosa, Su pena mas dolorosa, Mas duro su padecer.

Perdido, desesperado, Y maldiciendo su suerte Buscado hubiera en la muerte Un descanso á su dolor, A no esperar con el tiempo Alguna feliz mudanza, Que fué siempre la esperanza Compañera del amor.

Henriqueta por su parte Cual víctima resignada, Llorosa, desmelenada, Y entre mortal ansiedad, Al sacrificio se apresta Por su madre preparado, Que es de obediencia un dechado Y un modelo de humildad.

Era esta la vez primera Que á una prueba sometida Fuera, tan dura y temida Para una amante mujer; Mas valiente combatia Su tierna aficion temprana, Sus proyectos de un mañana, Sus recuerdos de un ayer. Mas ¿ cuál es la hermosa niña Que por dulce y resignada Siendo amante y desgraciada No llore en la soledad? Entónces ¡ ay! es la queja El solo bien que le resta, Un calmante á su funesta, Desesperante ansiedad.

Es por esto que Henriqueta
Al reclinarse en el lecho
Siente acudir á su pecho
Los recuerdos mil á mil;
Por eso es que en el reposo
De la noche silenciosa
La borrasca tormentosa
Del corazon está allí.

Es por esto que se queja Cuando en la blanca mañana De su pompa soberana Revestido sale el sol, Y cuando rojo y pausado Se descuelga en occidente Entre el manto refulgente De grana y de tornasol.

Es por esto que apetece El bien de la noche oscura En que pueda su amargura Sin reserva apacentar; Y es por esto que se queja De rigor de su fortuna Cuando la cándida luna Nos convida á suspirar.

Ya discurre por los patios Con mirada errante y loca, Con un suspiro en la boca, Un ! ay! en el corazon; Ya la tristeza queriendo Descargar que la tormenta, Abatida y macilenta Dice con doliente son:

«¡ Que viva yo de él ausente! ¡ Sin su amor, madre, vivir! Mandadme, madre, morir Y os veréis obedecer, Que hace apetecer la muerte La pena cuando es amarga, Y hace dolorosa y larga La existencia el padecer.»

«Don Juan, amaros quisiera, Mas ¡ ay! amaros no ofrezco: Si pienso en vos, me estremezco, Pienso en Claudio y soy feliz. A vos, Don Juan, os protege Un severo mandamiento, A Claudio mi sentimiento, ¿ Que será de mí, infeliz?»

«No es tenaz vuestra Henriqueta, No, madre, es desventurada, Que al sacrificio aprestada Está que vais á exigir. Yo moriré, mas muriendo Una prueba podré daros De que por no disgustaros Preferí, madre, morir.»

EL HOMBRE MISTERIOSO.

Corre la voz en el pueblo De que el Don Juan es un hombre De tenebrosa conducta Y dañadas intenciones. Corre la voz de que tiene De oro repletos sus cofres, Aunque oficio lucrativo Ni practica ni conoce. Corre la voz de que lleva Al juego sumas enormes, Que perdidas una vez Con otras luego repone. Corre la voz de que encubre Sus recónditas acciones Con un velo tan espeso Que sorprende y sobrecoge. Unas veces el contento Se dibuja en sus facciones, Otras un negro disgusto Que el corazon le corroeYa es rico el traje que viste En bordados y colores, Elegante es su servicio Y lucidos sus bridones. Ya de repente aparece Sencillo y pobre en su porte, Descuidados los vestidos Y recrecido el bigote. Hoy de repente se ausenta, Aunque nadie sabe adonde, Y mañana reaparece Entre lisonjera corte De enemigos que le temen Y de amigos que le abonen. Es una especie de duende Que á todo el mundo conoce, Que amenaza con su gesto, Que cautiva con sus dones, Que ora presenta con la cara Y que mañana la esconde. Sobre ente tan misterioso Historietas varias corren: Hay quien dice que le ha visto En medio de negra noche Evocando su vara Las infernales visiones: Que á su horrible llamamiento Los espíritus responden Y que su cuarto se llena De espectros y apariciones. Hay quien dice que otras veces Los cimenterios recorre Cual fantasma de otro mundo, De gigantes dimensiones. Que ora aparece y se muestra, Ora se apaga ó se esconde, Y de las tumbas se aleja, Ora á las tumbas se acoge. Hay quien dice que le ha visto, Ya bien cerrada la noche, De su conciencia acosado Tal vez, ó de sus temores, Dirigirse hácia la iglesia Con paso tímido y torpe, Y que al llegar de la puerta Ante las hojas enormes Con estrépito se cierran

Girando sobre sus goznes Y resuenan conmovidas Las campanas de la torre. Tambien entre los muchachos Y las viejas, la voz corre De duendes y de fantasmas Que entre rumores discordes, Ya en tropel, ya una por una, El pueblo cruzan de noche: De diabólicas figuras Que á los escombros se acogen Y reparecen danzando; O arrastrando los savones En la oscuridad se pierden Sus negros bultos deformes. A estas historias se mezclan Los esparcidos rumores De delitos perpetrados, De sorpresas, de traiciones, Y de robos cometidos A deshora de la noche, Sin que descubrirse puedan Del delito los autores, Y en qué lugar, en qué sitio Se guarecen, ó se esconden. Todo esto lo dice el pueblo, Mas se ocultan estas voces Bajo el manto del secreto, Que quien las dice se espone. Es un murmullo escondido, Un ruido sordo que corre Sin que nadie al que lo causa Acuse en público ó nombre. Que todos el poder temen De las riquezas que esconde, O de sus artes ocultas Las consecuencias atroces. Y este ser indefinible, Medio trasgo y medio hombre, El infierno lo defiende Y el oro de que dispone.

LA QUEJA.

Está el cielo despejado, Fresca y serena la tarde, Azulado el firmamento, Claro y transparente el aire. Hácia el rosado Occidente El sol desmayado cae Y arrebola con sus rayos Del contorno los paisajes. Perfumado está el ambiente Y los céfiros fugaces, Estremecen con su aliento El verde y rico follaje De los granados silvestres, De los tupidos rosales. Ya columpian un narciso Que se abre al sol de la tarde, Ya estremecen una rosa Que al sacudimiento suave Se desprende de sus hojas Que una á una al suelo caen. Y blandos remolinean En redor de los follajes; Y pasan sin detenerse Arrebatando en su viaje A la rosa su fragancia, Su aroma á los azahares, Y repletos con la esencia Que en el seno no les cabe, En el ambiente la sueltan Embalsamando los aires. En hora tan regalada, Por tan deliciosa tarde Convidada, y oprimida Ademas con sus pesares, Al jardin buscando aliento La bella Henriqueta sale. Está sola: ya no tiene Quien sus pasos acompañe. Se detienen sus miradas Con dolor en los lugares Que otra vez testigos fueron De sus placeres fugaces. ¡ Cuántas veces venturosa Y en presencia de su madre Por aquel sitio risueño Vagó feliz con su amante! Cuántas veces de su Claudio Los cuidados vigilantes De riesgos la defendieron Difíciles de evitarse!

: Cuántas veces recorriendo Del jardin las largas calles. Los vástagos espinosos Que embarazan el pasaje, Con sus manos él aparta Para que su amante pase, Y de sus dedos al punto En hilos brota la sangre Que de Henriqueta recata Un susto para evitarle: Cuántas veces de sus flores Desnudando los rosales Tejió con ella guirnaldas, Que sus sienes adornasen! : Cuántas veces reposando A la sombra de algun sauce Bajo sus ramas llorosas Se contemplan sin hablarse, Y con los ojos se entienden, Y en sus pupilas radiantes Ellos leen de sus afectos El misterioso lenguaje! «; Lugar de amor! esclamaba Con voz honda y lamentable; ¡ Lugar de amor, donde nunca Se anidaron los pesares, Ni irritados de la vida Soplaron los vendavales! Lugar de amor, sitio ameno, En que el céfiro suave Mis ilusiones mecia En las regiones del aire! Yo no pensé que debiera Jamas descender al valle Y que á mis plantas bramando Oscuras las tempestades En el torbellino envuelta El huracan me arrastrase. Lugar de amor! ya no encuentro Quien mis pasos acompañe, Ni un solo eco que responda A la voz de mis pesares. Y sola por tu recinto En abandono espantable Transcurriré sin que puedan Tus encantos consolarme.» El cuello entónces inclina

En los bordes de un estanque, Y en el fondo transparente Se dibuja su semblante. Mas como una flor marchita En su cabeza observase. Así esclama entre suspiros Dando rienda á sus pesares: «¿ De qué sirve, flor hermosa, «Que en las aguas te retrates «Si quien te puso en mi frente "Tal vez solitario, errante, «No verá mas tus colores «Ni tu delicado esmalte?» Y del abundante pelo La desprende en un instante Y sus lindas hojas vuelan Esparcidas por el aire. «¿ De qué vale que esta cinta «Con mis cabellos se enlace «Y que el broche que la ajusta «Lucido en mi frente radie, «Si en mi frente, de la muerte «Retratada está la imágen?» Y el cinto de su cabeza Entre los dedos deshace Y en las aguas de la fuente En trozos menudos cae. «¿ De qué sirve que estos bucles «De barnizado azabache «Por el cuello de alabastro «Arrastren sus espirales, «Si mi pecho á la esperanza «Acabó ya de cerrarse?» Y del cabello destruye Las proporciones iguales, Y lo embrolla y lo destrenza, Y sobre la espalda cae Velando sus blancos hombros Desordenado y flotante. "¿ De qué sirve, fuente bella, «Que tú mis ojos retrates, «Si de aquel que amante lloro «No me muestras el semblante; «Si él no ha de mirarse en ellas "Y ellos á el no han de mirarle, «Y si en tus ondas tranquilas «Le busco ; ay Dios! pero en balde?»

Y de sus dos claros ojos Se desprenden dos raudales Que como líquidas perlas Sobre sus mejillas caen, Y rodando en anchos hilos Por el seno palpitante A amargar van de la fuente Los purísimos cristales. Así la bella Henriqueta Alimenta sus pesares: Del dolor atormentada En el dolor se complace; Y en tono de una querella Del jardin al separarse De este modo entre suspiros, Un adios dice á su amante:

«Sutiles vagando las auras ligeras Te llevan mi afecto sincero y mi fe, Cual puras deidades de amor mensajeras Que pueblan los aires en blando tropel. «En sus transparentes y cándidas alas Te lleven la esencia que plácido Abril Concede á las flores, espléndidas galas Con que orla su frente donosa y gentil. «Abriendo el capullo sacudan su aroma La rosa esquisita y el blanco clavel, Y exhale su arrullo la tierna paloma Oculta en las ramas del lindo verjel. «Del aire liviano los dulces cantores Alegren el alba con cánticos mil, Y abriendo sus alas de ochenta colores Te formen doseles de rico matiz. «Que nube importuna no ofusque ni dañe De tus bellos dias la plácida luz; Que revuelta niebla no enturbie ni empañe El célico brillo del ambiente azul. «Y siempre los años rodando incansables

«Y siempre los años rodando incansables Te lleven en alas del dulce placer, Y al dejar del mundo las dichas instables Encuentres en otro florido un eden.

«¡ Oh quieran las auras vagando ligeras Llevarte mi afecto sincero y mi fe, Cual puras deidades de amor mensajeras Que pueblan los aires en blando tropel.»

LA TERTULIA.

Era entrada va la noche: En una calle apartada Reina el silencio y apénas Lo interrumpen las pisadas De alguno que por acaso Embozado entre la capa, Medroso entre las tinieblas Va tal vez fingiendo audacia. Solo una casa está abierta De cuantas hay en la cuadra. En la puerta hay un farol; Alumbrada está la sala, Y sus amigos en ella Recibe Doña Anastasia. Un solo hombre se descubre Entre el séquito de damas. Regular es su estatura, De ancho pecho y ancha espalda, Y aunque tal vez sus facciones Son bellas, proporcionadas, Una espresion hay en ellas, Aunque indefinible, ingrata. Sus ojos nunca se fijan Sobre el rostro de quien le habla, Como quien en tales ojos Teme descubrir el alma. Su voz es áspera y dura Cuando olvida disfrazarla, Pero si la dulcifica Es mas fingida que blanda. En su mirar de soslayo Hay algo que desagrada, Sus finezas no cautivan Que ántes desconfianza causan. Esto descubre el que atento Y sin prevencion le trata, Pero en cambio es ostentoso En su traje y en sus galas; Con las damas cortesano A sus caprichos se adapta, Y por darse valimiento, Cuando le conviene, paga Prosélitos que hasta el cielo Alaban sus prendas raras. Con esta astuta conducta

Y atenciones simuladas,
La confianza mas completa
Ganó de Doña Anastasia.
Este estraño personaje
Es Don Juan, quien en la sala
Ocupa las atenciones
De cuantas hay bellas damas.
Y á todas las entretiene,
Anima á todas y encanta,
Ya contando sus haciendas,
Ya contando sus hazañas.

Frente à frente de su madre Está Henriqueta sentada, Aquella con rostro alegre, Esta mustia, y cabizbaja: Aquella á todos responde Y divierte cortesana; Esta inmóvil en su silla Es del silencio la estatua. De los presentes momentos La una goza alegre y franca; La otra ignora ó desatiende Cuanto en torno suyo pasa. Está atenta la primera, Su alma toda está en la sala, Y el placer en que rebosa A los otros se traspasa. De la segunda en los ojos Se transparenta y retrata Una abstraccion que la lleva A otro mundo de esperanzas, A un cielo de bendiciones O un infierno de desgracias. Don Juan arrastra su silla Cerca de Doña Anastasia, Y este diálogo murmuran Para los dos en voz baja.

— ¿ No nota usted de Henriqueta La enajenacion estraña?

Acaso algun accidente,
 Señor Don Juan, la maltrata.

La dolencia bien conozco
 Que el corazon le desgarra.
 Si por Claudio lo decís,

Don Juan, no receleis nada.

— ¡ Yo á Claudio temer, señora!

Ni siquiera lo pensaba. Entre ese infeliz y yo Es inmensa la distancia.

A no pensarlo yo así,
 No hubiera por vuestra causa
 Despedido al pobre mozo
 De quien tanto recelabais.

— ¿ No sabeis lo que se dice Del tal Claudio?

— No sé nada.

— ¿ No han llegado á vuestro oido Las voces que se propagan De robos, de atrocidades, De violencias perpetradas Que en secreto se susurran, Y de que hablan en voz baja?

— Algo de eso.
— ¿Y no sabeis
Que es Claudio el mismo que arrastra
Esa vida de delitos
Y de atrocidades tantas?

- ¿ Será cierto?

— ¿ Y no sabeis
Que las paredes escala,
Y que de la sombra oscura
Protegido y su comparsa,
En las casas se introduce
Con su puñal y sus armas?

- ¿ Qué decis?

- ¿ Y no sabeis

Que al traves de opaca máscara

Impenetrable, y hundido

En los pliegues de su capa....

- Parece increible, Don Juan;

Malvado no le juzgaba.

— ¿ Y le defendeis?

— No tal;
Pero la nueva me espanta,
La bondad, la mansedumbre
En su rostro se pintaba.
— Doña Anastasia, mirad

Que el rostro á veces engaña.

— Mas no abundan, por fortuna,
Esas almas depravadas
Que la maldad alimentan
Tan oculta y disfrazada,
Que nunca, nunca, en la vida

Se les asome á la cara. —
Oyó el otro estas razones
Sin saber cómo tomarlas,
Si por lo que en sí valian
O como sátira amarga.
En el rostro un leve tinte
De turbacion se le marca.
Un silencio sospechoso
Por breves instantes guarda,
Y su pasmo conociera
La misma Doña Anastasia
A abrigar ella en su pecho
Temor, duda, ó desconfianza.
Repuesto Don Juan prosigue
Con su astucia acostumbrada.

- No es mi intento contrariaros: Un error...alguna falsa Noticia...tal vez, señora, La voz pública se engaña.

Aquí cortando el discurso
Con gravedad se levanta,
A Henriqueta se aproxima
Y con misterio le habla.
Mas los ojos de la bella
Distraidos, errantes vagan,
Y Don Juan enfurecido
Dice con voz esforzada:

— ¿ Qué decís? ¿ Guardais silencio? Hablad, jóven, sin tardanza.

Henriqueta por Don Juan
De repente interpelada
Como quien sale de un sueño
Que los sentidos embarga,
Vuelve en su acuerdo, se turba,
La sangre al rostro le salta.
Y no encontrando respuesta
Dudosa y tímida calla.
El insistiendo le dice,
Con malicia concentrada:

- ¿No contestais, Henriqueta?
Solo espero una palabra.

— Perdonad, señor; responde La niña ruborizada: Una pena...aquí...en la frente, Me consterna y me quebranta.

- Que mejoreis, Henriqueta.

- Señor Don Juan, muchas gracias. -

Al decir este Don Juan, Se despide y se levanta: Una leve cortesía Con un adios acompaña, Y aquel fatídico adios Que en el aire se propaga Es la voz de un anatema Que en el corazon se graba; Sus postreras vibraciones Retumbando por la sala Con el rumor de la gente Se entremezclan y se apagan. Ya todos sobrecogiera Su espantosa disonancia A no impedirlo en tal hora La femenil algazara. Al corredor se dirige; Allí se envuelve en su capa, Y de repente á la vista Cual sombra se oculta vana. Todas luego se despiden Entre ruido y carcajadas Y un silencio pavoroso Reina despues en la sala.

EL MASCARA.

Nada interrumpe el silencio
De la casa de Henriqueta
Y del sueño la paz quieta
Su gente gozando está.
Se escucha solo en la sala
Compasado el movimiento
Del reloj que va violento
Murmurando su compas.

Cual fantasma que la tierra
De sus abismos exhala
Se ve súbito en la sala
Una sombra aparecer.
Que entre la lámpara opaca
Antepuesta su figura
Con gigantesca estatura
Se dibuja en la pared.

No se sienten sus pisadas Dentro la desierta sala, Y la fantasma resbala
Con silencio sepulcral:
Solo el crujir se percibe
De su extensa vestidura,
Que larga, espesa y oscura
El suelo barriendo va.

Y á la estancia se dirige
La fantasma pavorosa
Y la lámpara dudosa
Pinta su sombra otra vez,
Que grotesca se propaga
Por el ancho pavimento
Y se ofusca con el viento
Que la luz va á conmoyer.

Se detiene la figura
Ante la cama anchurosa
En que tranquila reposa
Doña Anastasia infeliz;
Y apartando el cortinaje
Con fuerte sacudimiento,
A contemplarla un momento
Se detiene el bulto allí.

El movimiento del lienzo
Su blando sueño interrumpe;
Los ojos abre y prorumpe
En un grito de terror;
Mas aquel espectro oscuro
Un puñal sacó del pecho
Y la infeliz desde el lecho
Brillar mil veces le vió.

- Perdon, Claudio, no me mates,
 Esclama sobresaltada.
 Compasion: tu mano armada
 No descargues sobre mí.
- Es imposible, responde Una voz cóncava, horrible, Cuyo acento uo es posible Conocer y distinguir.
- Al punto dadme las llaves De vuestros cofres, señora. —
- A tus plantas, Claudio, implora Una mujer tu piedad. —

- La compasion no es la prenda
 De quien ha tenido aliento
 De llegar á este aposento
 A esta hora con un puñal.
- Esa máscara espantosa
 En vano tu rostro vela;
 No: mi sangre no se yela
 Apesar de tu disfraz.
 Sé tu nombre y no presumo
 Que tu mano generosa
 En una mujer llorosa
 Pretendas ensangrentar.
- Mi nombre nada os importa.
 Silencio: y venid conmigo:
 Por esta vez yo os lo digo:
 Otra os lo dirá el puñal.

No, Claudio: tu fuiste bueno
 Y tu virtud me asegura:
 Jamas tu conciencia pura
 Con tal crimen mancharás.

- Pues moriréis. No, perdona;
 Aparta el arma homicida. —
- O las llaves, ó la vida.
 Sí, Claudio, te las daré.
 Y las llaves le presenta
 Doña Anastasia al momento
 Con desesperado acento
 Diciendo al dárselas: Ten.

«Conducidme: ya sabeis Que es vana la resistencia,» Le dice con inclemencia Aquel espectro infernal. Ella entónces se levanta Para servirle de guia, Y él de cerca la seguia Con el puñal por detras.

Ambas figuras vagando En la estancia silenciosa La imágen son misteriosa Del crímen y del dolor: La una lleva en el semblante La desolacion pintada, La otra la muerte sentada Sobre su puñal atroz. Saciada ya la codicia
Del ladron sediento de oro,
Su persona y su tesoro
Determina asegurar.
Y de nuevo amenazando
A la dama consternada
Pregunta con voz airada
Por la llave del zaguan.

Un pensamiento á la dama Acomete de repente; Animado el pecho siente De varonil decision; Que es la mujer en el riesgo En imaginar violenta, Y atrevida si la alienta La venganza ó el amor.

Sin vacilar la señora
Con el dedo le señala
Una llave que en la sala
Colgada á un tabique está,
Y esta llave pertence
A una doble y ancha puerta
Que conduce de la puerta
A una calle principal.

Toma el otro sin exámen Esa llave apetecida. Nada teme: la salida Segura la cuenta ya. Y sin mirar en su anhelo Al uno ni al otro lado Se lanza precipitado A la puerta del zaguan.

Todas sus fuerzas entónces Recoge Doña Anastasia, Que en la extremada desgracia Es sublime la mujer. Los zapatos abandona: Y conteniendo el aliento Sigue al ladron, mas que el viento Sutil sobre ambos piés.

Miéntras él brega en la puerta Por introducir la llave, Logra ella con tiento suave
El entreporton cerrar,
Y pasándole el cerrejo
Con estruendo estrepitoso,
Al máscara misterioso
Aprisiona en el zaguan.

Corre luego á la ventana, Y abriéndola sin tardanza Clama, grita y no descansa En su continuo gritar. Y la cuadra se alborota, Y los vecinos concurren, Cobardes unos, se escurren, Valientes otros, se están.

Entre tanto el calabozo
Forzar quiere el prisionero
Cual tigre sangriento y fiero
Que encadenado se ve,
Y la puerta que lo encierra
A su formidable empuje
Sobre entrambos ejes cruje
Que la afectan al dintel.

Al estruendo que se escucha Cuyo orígen no se acierta Henriqueta se despierta Sobresaltada y sin voz, Y de los brazos del sueño Se desprende atribulada, De su pena concentrada Benigno consolador.

Baja veloz de su cuarto
De su nodriza seguida,
La caballera tendida
Sobre la frente sin par;
Los ojos en desconcierto,
El corazon palpitante
Y en el célico semblante
Una palidez mortal.

Ya la puerta de la calle
De tropa cercada estaba,
Y su jefe preguntaba
Por la llave del porton;

Entónces Doña Anastasia Llegándose á la ventana Entre orgullosa y ufana, Sin vacilar se la dió.

La puerta se abre. La escolta Con el arma preparada Penetra precipitada Y sin estorbo al zaguan; Y cercando al prisionero Que tranquilo permanece Mas bien que un hombre, parece Una vision infernal.

Del entreporton entónces Las anchas hojas se abrieron, Y las armas recibieron De cien antorchas la luz; Y el oficial de la escolta Llegándose al prisionero: «Rindase usted, caballero, Le dijo, por Belzebú.»

El máscara lo repela
Con una fuerte pechada,
Y requiriendo la espada
«Nadie se acerque,» esclamó.
«Por una mujer vencido
«De satánica malicia
«A todos haré justicia;
«Hacedme justicia vos.»

«Los deberes reconozco «De mi deplorable estado; «Yo debo ser desarmado, «Mas yo me desarmaré.» Y desprendiendo del cinto La espada que le ceñia La pone con bizarría Del oficial á los piés.

«Doña Anastasia, este cofre «Vuestro es; lo habeis redimido. «Declaro que me ha vencido «Vuestra astucia sin igual. «Mas es justo que querais «Saber, señora, quién soy. «A satisfaceros voy, «Conocedme: soy Don Juan.»

Y la máscara se arranca, Y la bate contra el muro, Y en su rostro áspero y duro Brilla sonrisa feroz. Una sonrisa aparente, Amarga como los celos; Sarcasmo con que á los cielos Y á los hombres insultó.

Doña Anastasia en tal punto Conmovida y trastornada En los brazos desmayada De su hija amante cayó. Miéntras que Don Juan se rinde Al oficial sin reserva, Su pena ocultando acerba Bajo el ancho capoton.

CONCLUSION.

Al estruendo de las armas, Al rumor de los soldados, A los ayes exhalados, Al alarma y confusion, El mas lóbrego reposo Fué por grados sucediendo Y los rumores muriendo Todo en silencio quedó.

En un ancho taburete
Henriqueta está sentada
Y su madre reclinada
Sobre su rodilla está;
La madre oculta su pena
En lo mas hondo del pecho,
Y la hija en llanto deshecho
Su llanto quiere ocultar.

La madre guarda silencio Y en ocasiones suspira; A Henriqueta á veces mira Con la mas tierna expresion, Y Henriqueta conmovida, Sobre la abatida frente De su madre un beso ardiente Estampa lleno de amor.

Y la madre la cabeza
Levanta, la mira inquieta;
La blanca mano le aprieta
Y la lleva al corazon;
Y amorosa la acaricia,
Y la riega con su llanto,
Y su pena y su quebranto
De esta manera exhaló:

«¿ Adónde me llevaba Mi loca fantasía? Tal vez por Henriqueta Velabas tú, gran Dios. Abrázame, Henriqueta, Abrázame, hija mia; Pasaron los peligros Y aun quédame el temor.

«¡ Perdona! yo pensaba
Hacerte venturosa,
¡ Perdona! del abismo
El cielo te sacó,
Abismo que mi mano
Cavaba presurosa
Y que un eden de glorias
Juzgaba en mi ilusion.

«¡ Perdona! tú tan dulce,
Tan cándida, tan pura!...
Yo acaso te creia
Un cielo, un querubin;
Un Dios yo te buscaba
En alma y en figura;
Al cielo yo ofendia,
Mas él perdona al fin.»

Mas se escucha en la calle de repente El dulce preludiar de un trovador Que sus quejas exhala blandamente De la luna inocente al resplandor.

Oye Henriqueta el celestial acento Y se mitiga un tanto su pesar, Y atenta el alma, el corazon atento, Moverse teme, y teme respirar.

El mundo yace en mágico reposo, ¡Horas de calma, de placer y de amor! Y en medio del silencio misterioso Esta cancion entona el trovador:

> «¡ Amor, tu me has ofendido, Pero quedas perdonado; Amor, soy desventurado Y perdona el infeliz. El que vive en la grandeza Y á quien su tesoro abona, Ese amor nunca perdona, Mas el desgraciado sí.»

La voz oye Henriqueta Y conocerla piensa; Opaca niebla y densa Sus ojos ofuscó: Un lánguido desmayo Acometerla siente, Mas oye nuevamente La voz del trovædor.

«Miéntras que dura la noche Suspiro yo á tu ventana, Temiendo el sol de un mañana Que ha de alejarme de tí. Mas cuando la noche arrastra Hácia occidente su velo, Cuando el sol colora el cielo, Estoy ya léjos de aquí.»

Entónces de su madre Apártase Henriqueta, Y palpitante, inquieta, Turbado el corazon, Se asoma á la ventana A tiempo que el mancebo Con blanda voz de nuevo Cantaba esta cancion:

«Feliz si pudiera debajo tus rejas Morir; ó duraran estando aquí Eternas las noches, eternas las quejas, Y eterno el suspiro que exhalo por tí.»

> No duda ya Henriqueta: Un grito prolongado

Del pecho acongojado
La mísera lanzó.
Las fuerzas la abandonan,
Se ofusca su mirada,
Y moribunda, helada,
Exánime cayó.

«Levanta de nuevo tu frente hechicera: Levanta: te esperan la dicha, el amor. No agosten los vientos en su primavera Tan bella, tan pura, tan cándida flor.

«Levanta, que es dulce vivir si viviendo Hallamos, hermosa, un pecho que amar, Si hallamos quien sufra si estamos sufriendo, Si hallamos quien llore al vernos llorar.

«El tallo levanta, clavel peregrino, Pasó la tormenta, cesó su furor. Que el rayo primero del sol matutino Devuelva á tus hojas su brillo y su olor.

«Y que este mi llanto que riega tu frente A nueva existencia te torne y feliz Cual lluvia que embota del sol inclemente Los rayos que lanza del alto zenit.»

> Como el queiido lejano De alguno que se lamenta Y al aire su pena cuenta En profunda soledad: De Henriqueta en el oido La voz que así la llamaba Confusamente sonaba Como ensueño celestial. Pausada y lánguidamente Abre sus ojos de cielo, Celestiales en su duelo. Dulces en su languidez; Mas de repente la hermosa Un ; ay! prolongado exhala Al ver á Claudio en la sala, Arrodillado á sus piés. Mas no es el ¡ay! de la muerte De un corazon desgarrado, Es un ; ay! afortunado Lleno de encanto y pasion.

A los brazos de su madre Se precipita y la dice: «Madre de amor, soy felice; Gracias mil, madre de amor.»

José A. MAITIN.

LOS RECUERDOS.

Tá me apareciste, como un ángel benigno enviado para llevarme desde los inocentes dias de mi infancia, hasta la sublime cumbre de mi existencia. Mis ojos, al abrirse, encontraron tu corazon, y mi primer sentimiento fué un inefable regocijo.

SCHILLER.

De los primeros amores O cuán dulce es el recuerdo! Cómo su risueña imágen Vierte en el alma consuelo! Mi corazon desdichado Flota en un mar de tormentos, Delmira, mas tu memoria Templa sus males acerbos. Cuando la negra tristeza Tiende sobre mí su velo, Y de fantasmas sombrías. Circunda mi pensamiento: Cuando el recuerdo terrible De mil aciagos sucesos, Viene cual nube cargada De tormenta, horror y truenos A atribularme en mis ansias Y hacer mi dolor mas fiero; Tu imágen se me aparece, Como en páramo desierto Al caminante perdido Verdoso y florido otero: Y la fantasia entónces Con las alas del deseo, Me transporta enajenada A aquel delicioso tiempo, En que por la vez primera Te vi como ángel del cielo. El bozo empezaba apénas

A adornar mi labio tierno; Eras tú rosa en su aurora, Eramos niños, recuerdo, Y de rubor inocentes Palpitaron nuestros pechos De simpática ternura, De amante júbilo al vernos Turbáronse nuestros rostros Y se reveló el misterio: Nació el amor ignorado, Y el amor habló en silencio. Tu imágen bella de entónces Quedó grabada en mi seno. Y una agitacion estraña Llena de dulce embeleso, Se amparó de mis sentidos. Dejé los frívolos juegos De la niñez, y embebido Solo en tí mi pensamiento, Do quier hallaba el encanto De tu semblante halagüeño; Do quiera de tus miradas Aquel iman hechicero. Dia y noche me seguia Tu imágen en el paseo, En el bosque, en la campaña Y aun en un tranquilo lecho. Mi juvenil existencia Era un deleitoso sueño, De glorias desconocidas, De esperanzas y deseos. Dias felices ; cuán pronto Para mi mal fenecieron. Dejándome circundado De desolacion y tedio! A amar juntos aprendimos. Amor por dulces senderos Nos llevó en sus alas de oro Y nos enseño sus juegos. ¿ Te acuerdas, Delmira, el dia Que nos hablámos primero, Cuán alegre y fácilmente, Nuestras almas se entendieron? ¿ Recuerdas, Delmira mia, Aquellos dulces momentos Que pasábamos alegres En inocentes recreos?

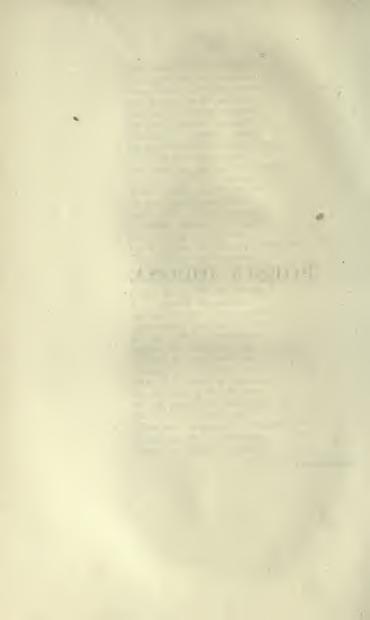
¿ Te acuerdas de los regalos Con que tu cariño tierno Recompensaba del mio El incesante desvelo? ¿ De las citas misteriosas? ¿ De aquel albergue secreto Donde tu boca y la mia Se unieron con dulce beso? De nuestros rubores y ansias, Nuestro tímido recelo, La precaucion inocente Y el cariñoso misterio? Sobre todos, de aquel dia, Dia feliz y supremo, En que por hechizo oculto Nuestros suspiros se unieron, Sin saber cómo atraidos Se tocaron nuestros senos. Ligáronse nuestros brazos Con nudo de amor estrecho; Trémulo tu labio ardiente Aplicó al mio su fuego, Se abrasaron mis sentidos De amor en el grato incendio. Y á mis ojos y á los tuyos Se anonadó el universo. Todo pasó, dulce amiga, Todo pasó en fugaz vuelo, Solo queda la memoria De aquel venturoso tiempo. La edad vino á amonestarnos Con su semblante severo; Separarnos fué preciso Y seguir caminos nuevos. Adios amores de entónces, Juveniles devaneos De dos almas inocentes Que para amarse nacieron. Llorando y con dulce abrazo Dimos el adios postrero Al aire, y nuestros suspiros, Nuestras ansias llevó el viento. Tomó mi mano el destino Y del dulce hogar paterno Me arrebató; y en el mundo Me lanzó con furia luego. He flotado en él sin guia

Cual frágil náufrago leño, Sin encontrar en camino Grato asilo ó manso puerto. Mil tormentas he sufrido, Que en el voluble elemento De las inquietas pasiones Me engolfé fogoso y ciego. No he sucumbido á sus furias; Pero mi cuitado pecho Por siempre, amiga, ha perdido La dulce paz y el sosiego, Y despojado, en su aurora, De los prestigios risueños De la vida, á la esperanza Y aun al amor yace muerto. Solo tú, tú sola puedes De mi alma en el cáos horrendo Hacer brillar un instante Lampos de fugaz consuelo. Tu imágen bella á mis ojos, Como la estrella de Vénus En desatada tormenta Se muestra al triste nauclero, Aparece en los conflictos De mi triste pensamiento, Aplaca un tantó las iras De mis pesares acerbos. Y esclamo entónces lloroso: «Angel de amor y consuelo, No apartes tu luz divina De mi espantoso desierto, Mi corazon desdichado Flota en un mar de tormentos, Delmira, mas tu memoria Calma su dolor funesto.»

ESTEVAN ECHEVERRIA.

VI.

POESIA JOCOSA.



LETRILLA SATIRICA.

«Navega nuestro bajel «Viento en popa y mar bonanza; «Buena va la danza!»

No den interpretaciones A mis versos los ilusos, Que el que ataca los abusos Ama á las instituciones; Mas si aquestas prevenciones No son suficiente fianza, «Buena va la danza!»

De las capas que yo mismo
Me admiro de su grandor,
Es la mas «doble» y mejor
La capa del patriotismo:
Muchos profesan civismo,
Miéntras corre la pitanza:
«Buena va la danza!»

Defiende en campo de honor La libertad un valiente, Como un héroe, y no consiente Ni aun la sombra de opresor; Mas en la paz ¡qué dolor! Aquel duerme y este avanza. «Buena va la danza!»

Con mas astucia que un gato, Mas agallas que un tauron, Se presenta un trapalon Con un proyecto barato: Luego tocan á rebato Y asegura lo que alcanza. "Buena va la danza!»

Tiene por padrino á un «gordo» El gran sisador D. Tejo, Y danle para el «manejo» Un empleo de alto bordo: Ordeña á la Patria el tordo Cual si fuera vaca mansa.

«Buena va la danza!»

Consigue otro parvulillo
«Manya con tuti» y gandul,
Vender por blanco y azul
Lo que es «verde y amarillo»,
Y logra algun empleillo
En que se llena la panza.
«Buena va la danza!»

Muestra Fabio por trofeo Sus heridas, su opinion, Buscando colocación Sin alcanzar su deseo, O le ofrecen un empleo En la isla de Sancho Panza. «Buena va la danza!»

Confiado en el galardon Sirve Jorge en trance duro, Mas en pasando el apuro Lo relegan á un rincon, A vivir cual camaleon, Del aire de la esperanza. «Buena va la danza!»

Llega al foro de un Tarquino Constanza, y se pestañó, Ha de salir cual salió La esposa de Colatino; Mas su heroismo y destino No imita Doña Constanza. «Buena va la danza!»

Entra un Licurgo doncel De la ley en el santuario, Y se adhiere á un partidario, Sacrificando por él De Temis la espada fiel, Y de Astrea la balanza. «Buena va la danza!»

Va el pueblo en una eleccion A votar como en barbecho Y la astucia y el cohecho Triunfan en la votacion: Se repite otra ocasion Y sigue la contradanza. «Buena va la danza!»

Alto ahí! dice un figuron;
Yo soy la Patria y la Ley,
Los demas son una grey
De irracional condicion;
Mis fueros son el cañon
Y mi derecho la lanza.

«Buena va la danza!»

Manchados de concusion Muchos se lavan ufanos Como Pilatos las manos Sin lavarse el corazon, Y al hacer la espoliacion Se escudan con la ordenanza. «Buena va la danza!»

El escribano Pantoja Sordo escribe y apartado, Sin ver que el papel sellado Cuesta á dos reales la hoja; De sus derechos no afloja Segun su maldita usanza. «Buena va la danza!»

Ve á una garza D. Ciriaco, Se emboba y casa con ella, Pensando que es la doncella «Sesto signo» del zodiaco; Mas ella hace al monicaco Capricornio sin tardanza. «Buena va la danza!»

Llega un albeitar de «alen,» Nuevo adepto de Esculapio, Conjugando el verbo «rapio» Y matando á «tutiplen,» Todos le dicen amen, Y autorizan la matanza. «Buena va la danza!»

Odio al vicio, dice Andres, Virtud es nuestra divisa! Miéntras pierde la camisa Al «en puertas» y al «en tres,» Perorando en los cafés De Colon y de la Alianza. «Buena va la danza!»

Llega en cerdulo lenguaje Un gringo diciendo «gui» Y mil manos luego aquí Le imitan el aire y traje, O le encargan que trabaje En la pública enseñanza. «Buena va la danza!«

Sóplase orondo un trompeta En el Parnaso, porque Aprendió el «peopo-c» «Poe-teata-poeta,» Y en su mísera cuarreta Enreda una mezcolanza. «Buena va la danza!»

Porque no llegue á rabiar
Matan un cuzco inocente,
Mas pagando «la patente,»
Ya puede un mastin campar,
Que impune con su collar
Rabie y muerda con confianza.
«Buena va la danza!»

Hay escritor adulon
Que al sol que nace se inclina,
Hace Brute á un Catilina
Y Vespasiano á un Neron,
Y túrbido es Washington
Miéntras no hay una mudanza.
«Buena va la danza!»

Es verdad que hay mil varones En patriotismo acendrados; Hay virtuosos magistrados,
Temistocles y Catones;
Solo hablo con los bribones
Cuando les digo por chanza:

«Buena va la danza!

«Buena va la danza!»

Francisco Acuña de Figueroa.

LA CURIOSA INOCENTE.

LETRILLA.

Pues que sabe tanto,
Diga, mama mia,
¿ Qué santo seria
D. Código Santo?
En prosa y en canto,
No hay quien no le alabe;
Todos lo idolatran;
— Eso Dios lo sabe!

¿ Será jóven bella La Patria, mamita? Pues cada cual grita, ¡ La vida por ella! Dichosa su estrella Es èn cuanto cabe, Con novios tan finos; — Eso Dios lo sabe!

Ese despotismo
Será cosa adusta,
Que nadie de él gusta,
Sino es en sí mismo;
Vaya al hondo abismo,
Dijo un hombre grave
Porque lo aborrece:
— Eso Dios lo sabe!

De igualdad completa
Nadie hay que no hable,
Los hombres de sable
Y los de chaqueta;
Todo se sujeta
A la ley suave,

Que á todos iguala, - Eso Dios lo sabe!

La ley y el derecho Guardemos, decian; ¿ Dó lo guardarian? ¿ Adentro del pecho? O por mas provecho Debajo de llave En algun baulito? Eso Dios lo sahe!

¿Serán los jurados Santos muy seguros, En jamas perjuros, Ni ménos malvados? No habrá paniagudos, Ni empeño que trabe Su justa conciencia; Eso Dios lo sabe!

Diz que no sé cuántos Habrá tribunales, Gon mas oficiales Que en el cielo santos; Con pilotos tantos Nuestra hermosa nave Irá viento en popa; Eso Dios lo sabe!

Oh, qué monumento De arreglo y firmeza, Siendo la cabeza Mayor que el asiento! Con poco cimiento, Y mucho arquitrabe, Tendrá consistencia? — Eso Dios lo sabe!

¿ Qué habrá sucedido A los escritores? Los mas parladores Han enmudecido; Se habrán adormido Con algun jarabe? O tendrán cuartana? - Eso Dios lo sabe! Y hay quién les dirá
Con zonga y cariño,
Arrorró mi niño,
Que viene el guá guá;
Qué gusto será
Cuando el sueño acabe,
Verlos cuán valientes;
— Eso Dios lo sabe!

Dirán sentenciosos
Por toda descarga,
La verdad amarga
A los poderosos:
Mamá qué famosos
Serán para el clave;
Con tanto tecleo:
— Eso Dios lo sabe!

Oh, por vida mia,
Hábleme mas claro:
¡Qué animal tan raro
Será la anarquía!
¿O es alguna arpía
Con lanza y trabuco,
O será Mandinga?
— Hija, ese es el Cuco.

Virtud, se me antoja,
Ser cosa muy bella,
Pues diz que sin ella,
Tata Dios se enoja:
¿ Es vestido en hoja,
O en fin, es un ángel?
— Esa es la papita.

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA.

LA LETRILLA Y LA NOTA.

El infrascrito...ni al diablo
Se le ocurre mas maldito
Proyecto....; Yo el infrascrito?
Por Dios que no sé lo que hablo.
Esta charla me acribilla
Y la paciencia me agota.

Mas, fuerza es poner la nota Y abandonar la letrilla.

La letrilla, en jugueton Ademan, á otra tarea Mas dulce me aguijonea, Fácil la imaginacion Al mirarte se alborota, Y la voluntad se humilla ; Yo abandonar la letrilla! No; abandonemos la nota.

¿ Cómo la nota?... El registro De la letrilla cerremos, Y de una vez empecemos. El infrascrito ministro.... La materia es muy sencilla: Mas mi caletre se embota Y es fuerza poner la nota Y abandonar la letrilla.

Todo ha de tener su turno: ¿ Pará qué tanta eficacia? Hora de la diplomacia Cálzome el grave coturno, Y mi nota sigo...¡ Idiota! ¡ Y en dónde vas á seguilla, Si has escrito una letrilla En el papel de la nota!

FELIPE PARDO Y ALIAGA.

LOS PARAISOS DE SEMPRONIO.

«Si yo fuera Presidente,
¡Bello el país estaria!
¡Ah! cómo se elevaria
Prontamente,
Hasta un grado incomprensible
De prosperidad y gloria!
No afearan nuestra historia
De la horrible
Anarquía los pendones,
Que trastorna las naciones,
Y desgarra.»

— Otra cosa es con guitarra.

«Cuanto en los libros se ensarta Sobre romanas escenas, Cuanto se admira de Atenas

Y de Esparta, Cuanto hablan autores ciento De públicas libertades, No fuera en estas edades

Puro cuento, Si los destinos quisieran Que los peruanos cayeran En mi garra.»

- Otra cosa es con guitarra.

«Dicta el congreso una ley: En cumplirla seré activa; Pues yo soy Ejecutiva,

No soy rey.

Arruina al país quien la invoque
No importa: tieso que tieso,
Hasta que en otro congreso

Se revoque.

Huirá el desórden maldito
Como se borra lo escrito
En pizarra.»

- Otra cosa es con guitarra.

«Se encerrarán los poderes Dentro de un límite eterno; Y no hablarán de gobierno

Las mujeres; Con mi política unidos Todos al bien marcharán, Y ya no se agitarán

Los partidos. ¿ Quién, mandando yo, alborota? ¿ Quién no es sincero patriota? ¿ Quién desbarra?»

— Otra cosa es con guitarra.

«Qué obstáculo habrá que impida Hacer mejoras á miles; Formar códigos civiles; Dar la vida A la agonizante hacienda, Honra á la literatura; Y lograr que la cultura Tal se estienda, (No son estas paradojas)
Cual suclen las verdes hojas
De la parra?»

- Otra cosa es con guitarra.

«Irán siempre en su trabajo Las oficinas corrientes, Aunque lluevan espedientes A destajo. Haré salir de sus ocios A la turba de empleados.

A la turba de empleados, Que á jefes poco versados En negocios,

Confunde, ahoga, impacienta, Sofoca, aburre, atormenta, Y achicharra.»

- Otra cosa es con guitarra.

«Quien de su deber se aparta, Quien la opinion atropella, Quien con pié atrevido huella

Nuestra carta, Creará mil Marcos Brutos; Los periódicos, las leyes, El pueblo serán mis reyes,

Absolutos; Y con tan sanos intentos, ¿ Quién me hace pronunciamentos? ¿ Quién me amarra?»

— Otra cosa es con guitarra.

«Si de esta administracion Cuatro años el Perú alcanza, Será de la bienandanza

La mansion.
Y cuando haya terminado
De mi gobierno el periodo,
En regla dejaré todo:
Al Estado

Sin disensiones cruentas: A las cámaras contentas

Y á la barra.» — Otra cosa es con guitarra.

Sempronio, tus intenciones Son patrióticas, honrosas; Pero no pasan de hermosas Ilusiones: Manda, y lucha con la inopia:
De intrigantes ambiciosos,
Egoistas, perezosas
Con la copia;
Y dirás (hago una apuesta),
«Otra vez para esta fiesta,
¿ Quién me agarra?»
«¡ Vaya al diablo la guitarra!»

FELIPE PARDO Y ALIAGA.

MI VECINITA.

Ay! el que vea A mi vecina Ve la presea Mas peregrina. Toda esperanza De bienandanza La tiene fija En una hija, Que es la muchacha, Mas vivaracha, Mas decidora Y encantadora Que se conoce. Raya en las doce. Nunca se cura De la costura (¡Y qué bien hace!) Pues no le place, Porque la aguja, Cuando la empuja, La mano hermosà No le taladre. ¡ Qué niña tan graciosa! Retrato de su madre!

Dále paseos,
Dále jarana,
Dále bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla
Verás cuadrilla
De cupidillos
Juguetoncillos,

Que travesean Y se recrean: Verás qué hermosa Risa graciosa Baña sus labios. Empero agravios Recibe eternos, Y hasta hecha ternos (Tal por la injuria Se enciende en furia) Cuando se intenta Que haga contenta Alguna cosa Que no le cuadre. ¡ Qué niña tan graciosa! Retrato de su madre!

Un mozalvete Almibarado Allí se mete. Tan grande agrado Se le acredita Que su visita Nunca fenece. ¡ Qué! si parece Que se entornilla Sobre la silla. Con él retoza Y se alboroza La damisela Que se las pela, Y hasta hay de quiños Y de cariños Cange secreto. Al tal sujeto, Segun es fama, Siempre le llama La candorosa Mamá, - «compadre» ¿ Qué niña tan graciosa! Retrato de su madre!

Saber le gusta
Quién entra en casa,
(Cosa muy justa)
Y hasta quién pasa,
Por eso tiene

Cuida y mantiene La señorita Una perrita Que es un armiño. De su cariño Felice dueño. Todo su empeño Es que si alguna Llega importuna Cuando se aplica La bella chica A sus constantes E interesantes Distribuciones Y devociones, La maliciosa Perrita ladre. ¡ Qué niña tan graciosa! Retrato de su madre!

A su hábil lengua Mil señoritas Deben su mengua. ¡ Qué! ni amiguitas Fácil perdona La picarona Mas á los hombres. ¡ Qué dulces nombres Que les prodiga Cual tierna amiga Del petimetre Mas sin caletre. Y mas erguido, Del presumido De literato Mas mentecato, Hace una alhaja; Quiere, agasaja Con suaves modos, Afable, á todos, Y cariñosa, Ménos al padre. ¡ Qué niña tan graciosa! Retrato de su madre!

FELIPE PARDO Y ALIAGA.

EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE.

LETRILLA.

«No es posible estar mejor:
El amor al órden cunde,
La hacienda va de primor,
Y la instruccion se difunde.
Gobierno tan bienhechor
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio.»
— Este ocupa un ministerio.

«Esto se lo lleva el diablo:
El desórden que se nota
No lo ataja ni San Pablo:
La hacienda está en bancarrota,
Y, ó no sé yo lo que hablo,
O hace este gobierno idiota
Del país un cementerio.»
— Este quiere un ministerio. —

«¡ Cuánto complace el que sean Premiadas hoy las virtudes! ¡ Cuánto ver que solo emplean A hombres de honor y aptitudes! ¡ Cuánto que su fin ya vean Nuestras largas inquietudes De la ley bajo el imperio!» — Este ocupa un ministerio.

«¡ Da horror ver en su apogeo A viciosos disolutos Y que no se da un empleo Sino á pícaros y á brutos! La nacion es el recreo De estos dueños absolutos. ¿ Quién sufre tal cautiverio?» Este quiere un ministerio.

«El mandarin mas adusto Ve en el pueblo á sus iguales, Y gobierna franco y justo Con afectos paternales. ¿Y habrá censor tan injusto Que pueda manejos tales Juzgar dignos de improperio?»
— Este ocupa un ministerio.

«Vilmente hollando la ley ¿ A quién dejarán de herir? Peor que en tiempo del rey Va el Estado en mi sentir: Cada Prefecto es un Dey, Cada Ministro un Visir: Todo es tapujo y misterio.» Este quiere un ministerio.

«Si del poder se ensancharan Los límites ¡ay! entónces' Mucho se facilitaran De esta máquina los gonces: Proyectos se ejecutaran Dignos de grabarse en bronces, Y algo se hiciera mas serio.» Este ocupa un ministerio.

«Se anhela por una inmensa Libertad en los negocios, Y á este fin gime la prensa Bajo el ministro y sus socios. ¿ Quiérenla aun mas estensa Para entretener sus ocios? ¡ O vergüenza! ¡ o vituperio!» — Este quiere un ministerio.

«Mas bienandanza cabal No tendrá la patria mia Miéntras la imprenta fatal No vea su último dia, Y se agote el manantial De calumnia, de osadía, De impudencia y de dicterio.» — Este ocupa un ministerio.

«No hay libertad de opinion: Por la imprenta no hay ataques. Que esperen la Estrema-Uncion Los que se metan á jaques Contra cualquiera mandon. ¿Piensan estos badulaques Que es la nacion monasterio?» Este quiere un ministerio. Sin oir este charlar Eterno, aunque no administro Ni ambiciono administrar, Puedo si el alma registro De cada hombre, penetrar Que el que quiere ser ministro No usa del mismo criterio Que el que ocupa un ministerio.

FELIPE PARDO Y ALIAGA.

BUENAS NOCHES.

Por hoy, amigo, es bastante:
Ya marea y acribilla
Escuchar tan incesante
Taravilla.
¡ Vamos! ya me rinde el sueño;
Y temo que aquí trasnoches
Si no interrumpo tu empeño.
¡ Buenas noches!

 Buenas noches! pero advierte Que aun hay que hablar infinito, Y vuelvo mañana á verte Tempranito.

Está corriente: haz mañana,
 Como hoy ya no me agarroches,
 Lo que mas te dé la gana.
 ¡ Buenas noches!

Te hablaré de mi querella
Con la inconstante Marica,
De mi amor con una bella
Viuda y rica,
De sus prendas estimables,
De su hacienda y sus coches.
Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!

Agur.... Cuando estoy contigo,
 Me embeleso, me deleito....
 Ah! y no te olvides, amigo,
 De mi pleito.

Temprano ves á los jueces; No en la cama te abizcoches. — — Ya me lo has dicho diez veces. ¡Buenas noches!

- Ese usurero maldito
 Que tenazmente me enjuicia
 Pretende un auto inaudito
 De injusticia:
 ¡Somos cuerdos cuando viejos....
 ¡Hijo mio! no derroches,
 Porque.... A estas horas consejos!
 ¡Buenas noches!
- Me faltaba lo mejor.
 Te traigo aquí mis poemas.
 Has de ser tu mi censor;
 Y no temas
 Me irrite que al criticarme
 Severo te desabroches.
 ¿ Si acabarás de dejarme?
 ¡ Buenas noches!
- No aguardo fallos adversos:
 Hay imágenes, poesía:
 Verás fluidez en los versos
 Y armonía,
 Aunque de algunos vocablos
 La antigüedad me reproches.
 ¡ Pelmazo! con dos mil diablos!
 ¡ Buenas noches!
- No temo serte importuno...
 ¿ No lo temes? ¿ qué tal digas?
 Me importunas cual ninguno,
 Me atosigas;
 Y no calmará mi enojo
 Miéntras tus labios no abroches.
 O te vas, ó me recojo.
 ¡ Buenas noches!

FELIPE PARDO Y ALIAGA.

LA CITA.

Adela resistia
Y Silvio importunaba,
Silvio que por Adela se abrasaba.
Pero al fin alcanzó con su porfía
Que á su cita la cruda conviniera,
Cuando cesase de alumbrar el dia.
Puntual anduvo el tierno enamorado:
Se asoma, nadie viene; en vano espera
Al dueño idolatrado.

Mas no, ya por el soto la divisa Trayendo en su compaña cautamente Dos perros, la linterna y un sirviente, Y ahogándose de risa; De cuya burla Silvio avergonzado, Se fué á dormir por lo que habia velado.

GABRIEL A. REAL DE AZUA.

FRAGMENTO DE LA DESCRIPCION DE UNA COMIDA EN UN CAFETAL.

Es de la comitiva
Fray Ramon, religioso franciscano,
De largas esperanzas y fe viva,
De corazon sencillo, y buen cristiano
Católico, apostólico, romano;
Cuello corto, cuadrado, anchas espaldas,
Al parecer, no amigo de las faldas;
Mas no falta al bendito
Ni buen humor, ni ménos apetito.
Dice puntual su misa cada dia:
Pero en esto de ayuno y de abstinencia,
No es ciertamente estrecho de conciencia.

El buen vino, la buena compañía Y los ricos, jugosos alimentos Despiertan en el pecho sentimientos De amable libertad y de alegría: Se habla de la estincion de los conventos, Y asómanse las risas placenteras, Y las gracias ligeras; Ya parte sutilmente la ironía, Ya el equívoco agudo: Y come y calla Fray Ramon sesudo: En fin, cada uno sale de su quicio, Y entre chanzas y veras, Dicen á Fray Ramon mil frioleras; Pero el buen Fray Ramon, que no es novicio, Come, bebe y responde: juicio, juicio!

José Fernandez Madrid.

A UN INSIGNE EMBUSTERO.

Tú, á quien la pura verdad Es fénix desconocido, Tanto el crédito has perdido Por tu embuste y falsedad

Que si llega á suceder Que recitando algun cuento, Digas ingenuo: «yo miento» Nadie te querrá creer.

GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZUA.

RESPUESTA DE UN VEJETE.

Dije á Beltran: á los viejos No les conviene el amor; Retírate, lo mejor Es ver los toros de léjos.

Y él contestó: si el amor Es fuego, por conveniencia, En esta edad de inclemencia, Busco que me dé calor.

GABRIEL A. REAL DE AZUA.

A FATO

QUE ACONSEJÓ AL AUTOR QUE NO HICIESE VERSOS EN EL MES DE ENERO POR SER TIEMPO DE MUCHO FRIO.

Fato el coplero
Me ha aconsejado
Que esté callado
El mes de enero:
Me he conformado,
Y he recetado
Al majadero
Que esté callado
De enero á enero.

José FERNANDEZ MADEID.

LA HAMACA.

No canto los primoreos Que otros poetas cantan, Ni cosas que eran vicjas En tiempo del rey Vamba: Si el alba llora perlas, Si la aurora es rosada, Si murmura el arroyo, Si el lago duerme y calla. «¡Salud, salud dos veces «Al que inventó la hamaca!»

¿ Qué me importan los cetros De los grandes monarcas, De los conquistadores Las sangrientas espadas? Me asusto cuando escucho La trompa de la fama, Y prefiero la oliva Al laurel y las palmas. «¡ Salud, etc.

Al modo que en sus nidos, Que cuelgan de las ramas, Las tiernas avecillas Se mecen y balanzan; Con movimiento blando, En apacible calma, Así yo voy y vengo Sobre mi dulce hamaca. «¡Salud, etc.

Suspendida entre puertas, En medio de la sala, ¡ Qué cama tan suave, Tan fresca y regalada! Cuando el sol con sus rayos Ardientes nos abrasa, ¿ De qué sirven las plumas Ni las mullidas camas? «¡ Salud, etc.

Meciéndome en el aire, Sobre mi cuerpo pasa La brisa del oriente Que me refresca el alma: De aquí descubro el campo, La bóveda azulada, Y la ciudad inquieta, Y el mar que fiero brama. «¡Salud, etc.

A nadie tengo envidia; Como un sultan del Asia, Reposo blandamente Tendido aquí á mis anchas: Es verdad que soy pobre, Mas con poco me basta; Mi mesa no es muy rica, Pero es buena mi gana. «¡Salud, etc.

Los primeros, sin duda, Que inventaron la hamaca Fueron los Indios, gente Dulce, benigna y mansa: La hamaca agradecida Consuela sus desgracias, Los recibe en su seno, Los duerme y los halaga. «¡Salud, etc.

Pobres los descendientes Del grande Huayna Capac Y de los opulentos Monarcas del Anahuac. Hoy miserables gimen, Todo, todo les falta Y solo un bien les queda, Su pereza y su hamaca. «¡ Salud, etc.

Hace muy bien el Indio Que, en su choza de paja, De sus ávidos amos Engaña la esperanza: Para que estos no cojan El fruto de sus ansias, En su hamaca tendido, Se ocupa en no hacer nada. «¡ Salud, etc.

Mi hamaca es un tesoro, Es mi mejor alhaja; A la ciudad, al campo Siempre ella me acompaña. ¡O prodigio de industria! Cuando no encuentro casa, La cuelgo de dos troncos, Y allí está mi posada. «¡Salud, etc.

Si venga el ciudadano, Que dos mil pesos gasta En ricas colgaduras Para vestir su cama: Venga, venga y envidie Mi magnífica hamaca Mas cómoda y vistosa Sin que me cuesta nada. «¡Salud, etc.

Las copas elegantes
De las ceibas y palmas,
Son las verdes cortinas
Que mi hamaca engalanan;
Pintados pajarillos
De rama en rama saltan,
Y en trinos acordados
Amor, amor me cantan.
«! Salud, etc.

Ven que los dos cabemos, Amira idolatrada; Sobre mi pecho ardiente Ponme tu mano blanca. ¿ No sientes cuál me late? ¿ No sientes cuál se abrasa? ¡ O Amira encantadora! ¡ O sonrisa! O palabras! «¡ Salud, salud dos veces «Al que inventó la hamaca!»

JOSÉ FERNANDEZ MADRID.

SATIRA.

DIRIGIDA A MI MALOGRADO AMIGO EL SÑR. J. A. MIRALLA, QUE ME HABIA REMITIDO LOS DOS VERSOS SIGUIENTES, PARA QUE ME SIRVIESEN DE TEMA PARA UNA SATIRA.

> Hay en el mundo dos felicidades : Una ser rico, y otra ser soltero.

Otra vez poseido del demonio Que me inspiró la sátira primera, Te escribo la segunda, José Antonio.

Dirá esta vez mi musa justiciera, Sin disfraz ni rebozo, claridades, Y si á alguno le duelen, que se muera.

«Hay en el mundo dos felicidades: Una ser rico, y otra ser soltero;» Tuyas son, caro amigo, estas verdades.

El Dios de esta ciudad es el dinero: Desvélese y estudie el que quisiere, Que pronto ha de descender á pordiosero.

Si de ser grande tentacion te diere, No olvides que al ingenio mas divino Un ingenio de azúcar se prefiere.

Matarse por saber es desatino: El sabio muere de hombre; el ignorante Goza del buen bocado y del buen vino. Porque sabes hablar, eres pedante; Porque entiendes de todo, eres ligero: Por ameno y jovial, eres tunante.

Así te juzga el público habanero; Miéntras tiene por hombre de gran juicio A un Hipócrates, grave majadero;

Verbi-gracia el Doctor Anti-patricio, Que á la diaria cosecha de pesetas Reune mas de un sueldo vitalicio.

Su mónita jesuítica y sus tretas Imitemos, amigo; apostatemos Del Dios, á quien adoran los poetas.

No mas el tiempo en versos malgastemos, Porque á la sombra del laurel de Apolo, Coronados y hambrientos moriremos.

La gloria! es humo leve, torpe dolo, O para hablar mas claro, aquí no hay gloria, Quien no tiene doblones, es un bolo.

¿ Qué importa, por ejemplo, que la historia Diga algun bien de mí, que es muy dudoso, Que se citen mis versos de memoria,

Que me llamen buen padre, tierno esposo, Amigo fiel, patriota desgraciado; Si ya estoy en el lecho del reposo,

Y si á mis pobres hijos no ha quedado Sino este vano, estéril patrimonio, ¡Gran tesoro por cierto han heredado!

Ponte mas serio que un Lacedemonio, Porque al segundo punto ya tocamos, Y no es cosa de risa el matrimonio.

Ola! ¿De mí te burlas? vamos, vamos! Recuerda que Malvina es un portento; Como ella diga sí, ya te enjaulamos.

Es temible y no lo es un casamiento; Si se hace por amor, es un azote, Y si se hace por cálculo, un contento. Se pesa al pretendiente con la dote:
Sale la cuenta: viene un escribano,
Y echa la bendicion un monigote.

Líganse, meramente con la mano, Quedando en libertad los corazones. ¿Puede haber un estado mas liviano?

Aquí no sufre trabas ni prisiones, Como en otros países, Himeneo, Ni se somete á freno y privaciones.

Así viven á lo ancho del deseo El jóven con la vieja cortesana, O con la niña linda el viejo feo.

Es nuestra gente muy republicana; No quieren ni aun hablar de monarquía Las ninfas de la siempre fiel Habana!

Alguna que otra queda todavía Que, insensible á este ejemplo seductivo, Todo el gobierno á su marido fia.

Las demas, de carácter mas altivo, No quieren un señor, y á dos, al ménos, Entregan el poder ejecutivo.

Son los maridos cómodos y buenos, Y llenos de indulgencia y de pecados, Pasan dias tranquilos y serenos.

Perdonan, y tambien son perdonados, Y consiste en que es santo el sacramento, Y, sin duda, el mejor de los estados.

Unese con Florinda en casamiento Don Obos, un Esopo, en la figura, Que no lo es ciertamente en el talento:

Florinda, del amor feliz hechura, Reune, entre mil gracias hechiceras, Medio millon, tres lustros y hermosura.

O Don Obos, que quieras, ó no quieras, Te pondrá una corona con sus manos La niña de las quince primaveras. Tus cuidados, tus celos, todo es vano; Animo pues, y armarse caballero, Que del órden serás tarde ó temprano.

En medio del enjambre lisonjero Que hoy te hace la corte por tu esposa, Hallarás un amigo verdadero:

Y apénas tú dirás, quiero tal cosa, Que la tendrás, Don Obos, al instante, ¡ Qué rica mira es la mujer hermosa! ¡ Qué amigo tan leal es un amante!

José Fernandez Madrid.

RELACION QUE HACE EL GAUCHO RAMON CONTRERAS A JACINTO CHANO.

DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS EN BUENOS-AIRES, EN EL AÑO 1822.

CHANO.

¡Conque mi amigo Contreras, Qué hace en el ruano gordazo! Pues desde ántes de marcar No lo veo por el pago.

CONTRERAS.

Tiempo hace que le ofrecí El venir á visitarlo, Y lo que se ofrece es deuda: ¡Pucha! pero está lejazos. Mire que ya el mancarron Se me venia aplastando. ¿Y usted no fué á la ciudad A ver las fiestas este año?

CHANO.

No me lo recuerde, amigo, Si supiera ¡voto al diablo! Lo que me pasa ¡por Cristo!

Se apareció el veinticuatro Sayavedra el domador A comprarme unos caballos: Le pedí á dieziocho reales, Le pareció de su agrado, Y va no se habló palabra, Y ya el ajuste cerrámos; Por señas que el trato se hizo Con caña y con mate amargo. Caliéntase Sayavedra, Y con el aguardientazo Se echó atras de su palabra, Y deshacer quiso el trato. Me dió tal coraje, amigo, Que me aseguré de un palo, Y en cuanto lo descuidé Sin que pudiera estorbarlo Le acudí con cosa fresca: Sintió el golpe, se hizo gato, Se enderezó y ya se vino El alfajor relumbrando: Yo quise meterle el poncho, Pero, amigo, quiso el diablo Trompezase en una taba, Y lueguito mi contrario Se me durmió en una pierna Que me dejó coloreando: En esto llegó la gente Del puesto, y nos apartaron; Se fué y me quedé caliente Sintiendo no tanto el tajo Como el haberme impedido Ver las funciones de Mayo: De ese dia por el cual Me arrimaron un balazo, Yo pelearé hasta que quede En el suelo hecho miñango. Si usted estuvo, Contreras, Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS.

¡ Ah fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones mas mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro á la noche,

Como es costumbre, empezaron. Yo vi unas grandes columnas En coronas rematando Y ramos llenos de flores Puestos á modo de lazos. Las luces como aguacero Colgadas entre los arcos, El cabildo, la pirami, La recoba y otros lados, Y luego la versería. Ah cosa linda! un paisano Me los estuvo leyendo. Pero; ah poeta cristiano, Qué décimas y qué trovas! Y todo siempre tirando A favor de nuestro aquel. Luego habia en un tablado Musiquería con fuerza Y bailando unos muchachos Con arcos y muy compuestos Vestidos de azul y blanco; Y al acabar, el mas chico Una relacion echando Me dejó medio quién sábe. Ah muchachito liviano, Por Cristo que le habló lindo Al veinticinco de Mayo! Despues siguieron los fuegos Y cierto que me quemaron Porque me puse cerquita, Y de golpe me largaron Unas cuantas escupidas Que el poncho me lo cribaron. A las ocho de tropel Para la Merced tiraron Las gentes á las comedias: Yo estaba medio cansado Y enderecé à lo de Roque; Dormí, y al cantar los gallos Ya me vestí; calenté agua, Estuve cimarreonando Y luego para la plaza Cogí y me vine despacio: Llegué i bien haiga el humor! Llenitos todos los bancos De pura mujerería; Y no amigo cualquier trapo

Sino mozas como azúcar, Hombres, eso era un milagro; Y al punto en varias tropillas Se vinieron acercando Los escueleros mayores Cada uno con sus muchachos. Con banderas de la patria Ocupando un trecho largo: Llegaron á la pirami Y al dir el sol coloreando, Y asomando una puntita.... Bracatan los cañonazos, La gritería, el tropel, Música por todos lados, Banderas, danzas, funciones, Los escuelistas cantando: Y despues salió uno solo Que tendria doce años, Nos echó una relacion.... ¡ Cosa linda, amigo Chano, Mira que á muchos patriotas Las lágrimas les saltaron. Mas tarde la soldadesca A la plaza fué entrando Y desde el fuerte á la iglesia Tódo ese tiro ocupando. Salió el gobierno á las once Con escolta de á caballo, Con jefes v comandantes Y otros muchos convidados, Doctores, escribinistas, Las justicias á otro lado, Detras la oficialería Los latones culebreando. La soldadesca hizo caucha Y todos fueron pasando Hasta llegar á la iglesia. Yo estaba medio delgado Y enderecé á un bodegon, Comí con Antonio el manco, Y á la tarde me dijeron Que habia sortija en el Bajo; Me fuí de un hilo al paraje, * Y cierto no me engañaron. En medio de la alameda Habia un arco muy pintado Con colores de la patria;

Gente, amigo, como pasto, Y una mozada lucida En cabellos aperados Con pretales y coscojas Pero pingos tan livianos Que á la mas chica pregunta No los sujetaba el diablo. Uno por uno rompia Tendido como lagarto, Y . . . zas . . . ya ensartó . . . ya no . . . ¡ Oiganla que pegó en falso! Qué risa y qué boracear! Hasta que un mozito amargo Le aflojó todo al rocin Y i bien haiga el ojo claro! Se vino al humo, llegó Y la sortija ensartando Le dió una sentada al pingo Y todos ; viva! gritaron.

Vine á la plaza: las danzas Seguian en el tablado; Y vi subir á un inglés En un palo jabonado Tan alto como un ombú, Y allá en la punta colgando Una chuspa con pesetas, Una muestra, y otros varios Premios para el que llegase: El inglés era baqueano: Se le prendió al palo viejo, Y moviendo piés y manos Al galope llegó arriba, Y al grito ya le echó mano A la chuspa y se largó De un pataplus hasta abajo: De allí á otro rato volvió Y se trepó en otro palo Y tambien sacó una muestra, Bien haiga el bisteque diablo! Despues se treparon otros Y algunos tambien llegaron. Pero lo que me dió risa Fueron, amigo, otros palos Que habia con unas guascas Para montar los muchachos, Por nombre rompe-cabezas:

Y en frente, en el otro lado Un premio para el que fuese Hecho rana hasta toparlo: Pero era tan belicoso Aquel potro, amigo Chano, Que muchacho que montaba, Contra el suelo...y ya trepando Estaba otro...y zas al suelo; Hasta que vino un muchacho Y sin respirar siquiera Se fué el pobre resbalando Por la guasca, llegó al fin Y sacó el premio acordado. Pusieron luego un pañuelo Y me tenté, mire el diablo! Con poncho y todo trepé Y en cuanto me lo largaron, Al infierno me tiró, Y sin poder remediarlo (Perdonando el mal estilo) Me pegué tan gran culazo, Que si allí tengo narices Quedo para siempre ñato. Luego encendieron las velas Y los bailes continuaron, La cuetería y los fuegos. Despues todos se marcharon Otra vez á las comedias. Yo quise verlas un rato Y me metí en el monton, Y tanto me rempujaron Que me encontré en un galpon, Todo muy iluminado, Con casitas de madera Y en el medio muchos bancos. No salian las comedias Y yo ya estaba sudando Cuando, amigo, de repente Ardese un maldito vaso Que tenia luces dentro, Y la llama subió tanto Que pegó fuego en el techo: Alborotóse el cotarro, Y yo que estaba cerquita De la puerta, pegué un salto Y ya no quise volver. Despues me anduve paseando

Por los cuarteles, que habia Tambien muy bonitos arcos Y versos que daba miedo. —

Llegó el veintiseis de Mayo Y siguieron las funciones . Como habian empezado. El veintisiete lo mismo: Un gentío temerario Vino á la plaza: las danzas, Los hombres subiendo al palo, Y allá en el rompe-cabezas A porfía los muchachos, Luego con muchas banderas Otros niños se acercaron Con una imágen muy linda Y un tamborcito tocando: Pregunté qué vírgen era, La Fama, me contestaron: Al tablado la subieron Y allí estuvieron un rato, A donde uno de los niños Los estuvo proclamando A todos sus compañeros. Ah, pico de oro! Era un pasmo Ver al muchacho caliente Y mas patriota que el diablo. Despues hubo volantines, Y un inglés todo pintado, En un caballo al galope Iba dando muchos saltos. Entretanto la sortija La jugaban en el Bajo. Por la plaza de Sorea Otros tambien me contaron Que habia habido otros lindos. Yo estaba ya tan cansado Que así que dieron las ocho Corté para lo de Alfaro, Donde estaban los amigos En beberaje y fandango! Eché un cielito en batalla, Y me resbalé hasta un cuarto Donde encontré á algunos calandrias Calientes jugando al paro. Yo llevaba unos realitos, Y así que echaron el cuatro

Se los planté, perdí en boca, Y sin medio me dejaron. En esto un catre viché, Y me la fuí acomodando, Me tapé con este poncho Y allí me quedé roncando. Esto es, amigo del alma, Lo que he visto y ha pasado.

CHANO.

Ni oirlo quisiera, amigo, Cómo ha de ser! Padezcamos! A bien que el año que viene, Si vivo iré á acompañarlo, Y la correremos juntos.

Contreras lió su recado Y estuvo allí todo un dia; Y al otro ensilló su ruano, Y se volvió á su querencia Despidiéndose de Chano.

BARTOLOMÉ HIDALGO.

EL SORDO.

Dijo un sordo: ¿ porqué inventan Que es bullicioso el cochino, Cuando tengo en la pocilga Seis que no me ten ruido?

Mienten, pues, los que tal dicen, O bien un linaje mismo No tienen todos los Cerdos, Pues son callados los mios.

Es de inferir que estos eran Seis trompetas del juicio, Que gruñir como Verracos Supieron desde muy chicos. Ved cuál ciega el amor propio! Lo que era falta de oido En el sordo, él lo atribuia A falta de sus vecinos.

GABRIEL A. REAL DE AZUA

A LOS OJOS DE CRISEA.

Cuando Cupido te vea, A pesar de sus enojos Le dirás, dulce Crisea, Que luego apague su tea Y se valga de tus ojos.

AL MISMO ASUNTO.

Luego que vió Cupido Tus bellos ojos, Arrojó contra el suelo Sus flechas de oro, Y dijo riendo: Desde hoy serán mis armas Tus ojos bellos.

FR. MANUEL NAVARRETE.

EL DENGUE.

Allá en tiempo en que los dengues Eran la grandeza y pompa, Y se alababan de lindos Entre muchas damas bobas,

Era ley que á los fandangos Fuesen con sus dengues todas Las que habian de hacer papel, Porque era traje de moda.

Entónces una muchacha Muerta por andar en bola, Vístese un dengue rotado, Y cátamela persona.

Vase á una fiesta, y asiento Yo presumo que ella toma, Y desde luego se mete Por lucir, á bailadora.

Levántase la algazara; Pero ella gritaba: ¡ola! Malo está mi dengue; pero, ¿ Quién me quita estar de moda?

Currutacas, las que sois De truco alto y carambola, Y haceis á cortejos viejos, Por no tener otra cosa:

Cuando suene su matraca El vulgo de nueva forma, Responded lo que allá dijo La muchacha de la historia.

FR. MANUEL NAVARRETE.

LOS VIEJOS CASADOS.

Una vieja de ochenta, Y un viejo de cien años, Para aumentar el mundo Sus bodas concertaron.

Como dos armazones De fragmentos humanos, Se presentan aquellos Novios apolillados.

A las nupciales fiestas, Como era de contado, Vino el dios Himeneo Con su cirio en la mano.

Vino la madre Vénus; Sus toallas preparando; Y su hijo tambien vino Y sus arpones trajo. Cercáronse del lecho, Cuando ya se acostaron Aquellos esqueletas En forma de casados.

Y al verlos tan endebles, Tan viejos, tan cascados, Unos á otros se miran Los dioses soberangs.

Apartáronse al punto Himeneo cabizbajo, Avergonzada Vénus, Y Cupido llorando.

El caso es fabuloso; Mas si en verdad hablamos, ¿Cuántos viejos y viejas Habremos retratado?

FR. MANUEL NAVARRETE.

ROMANCE PARA EL ALBUM DE DOS SEÑORITAS INGLESAS.

Mal haya mi vanidad Y mal haya mi amor propio! Pretendí quedar lucido Y he de quedar como un tonto. Cuando Luisita me dijo, Con embarazo gracioso, Dulce sonrisa, y bajando Modestamente los ojos: «Señor, si V. gusta, escriba «Dos versos en ese tomo.» ¿ No hubiera sido mejor Obedecer, y de pronto Poner dos versos ó cuatro Para no pecar de corto? Pues no, señor; al instante Se entró en mi cuerpo el demonio De los poetas, mal dicho, El demonio de los locos, Y me dijo: el caso es grave;

No improvises; poco á poco: La ocasion es oportuna, El asunto delicioso. Llévate el libro á tu casa: En raudales harmoniosos Corran por sus blancas hojas De tu vena los tesoros, Tú en medio de la corriente, Bogando, Cisne amoroso, Cantarás á Luisa y Emma, Y Luisa y Emma en retorno Te llamarán su poeta Y su colombiano Apolo; Y tales pueden ponerse Las cosas, que acaso en torno De tu cabeza sus manos Ciñan el laurel glorioso. Y yo, tres veces menguado! Le di crédito ; qué bobo! En vano al Dios de las Musas En tan grande apuro invoco, Porque el Dios como una estatua, A mis ruegos está sordo. Para salir de este aprieto Hay un medio, no lo ignoro; ... Un plagio ... pero, Luisita, Soy poeta escrupuloso. Y si aborresco un pecado, Es, sobre todos, el robo. Vedme pues con mi volúmen, ¡ Qué engalanado de adornos, Fino papel, rica pasta, Y hermosos perfiles de oro! Vaya! que provoca el libro! Y está en blanco casi todo! Comienzo. Canto á Luisita, Aquel donaire, aquel modo, Aquellas gracias amables, Aquellos pequeños ojos Como relámpagos vivos, Y tan habladores, — como Son los de su bella hermana Tímidos y vergonzosos. Su pelo ni tira á negro, Ni tira à rubio tampoco; Es un misto, ya me acuerdo, Castaño es su nombre propio.

La linda hermana, al contrario, Tiene su cabello blondo, Nevada la tez, imágen De la inocencia es en todo. Ni los niños del Albano Son tan puros y graciosos Como es Emma: de Diana Junta el pudor y el decoro. No es un ángel celestial Luisita, lo reconozco; Confieso que tiene mas De este mundo que del otro; Pero encanta, y le dan culto Innumerables devotos. Es deidad del mediodía; Y si vo no me equivoco. En su sangre hay una gota De la sangre de los moros.

José Fernandez Madrid.

VII.

HOMENAGES

Y

CANTOS PATRIOTICOS.

HOLLOWING HOTSON

A CRISTOBAL COLON.

SONETO.

¿ «Quién el furor insulta de mis olas? ¿ Quién del mundo apartado y de la orilla Entre cielos y abismo hunde la quilla De tristes naves náufragas y solas? Las banderas triunfantes que enarbolas, En la mojada arena con mancilla Miedo al mundo serán, no maravilla, Y el ocaso de tus naves españolas.»

El mar clamó; pero una voz sonora; Colon! prorumpe y al divino acento Inclina la cerviz, besa la prora. Cruje el timon: la lona se hincha al viento; Y Dios guiando al nauta sin segundo A los piés de Isabel arroja un mundo.

RAFAEL MARIA BARALT.

AL LIBERTADOR, EL DIA DE SU CUMPLEAÑOS.

CANCION.

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia! Hoy el grande *Bolívar* nació, Nuevo Alcides, pavor de tiranos Y de América gloria y amor.

¡Colombianos, pasó la tormenta! Ya no se oye tronar el cañon; Ya no se oyen los gritos de muerte, Ni del huérfano el triste clamor. Sobre el suelo feliz de la patria No ha quedado ni un solo español, Y Colombia reposa en los brazos De la Paz, la Concordia y la Union.

coro.

Compatriotas, etc.

Hoy la América entera te aplaude; Y las artes, la industria, el honor Cuanto encierra de ilustre la Europa, Te saluda, inmortal campeon; Y los libres de toda la tierra, Acordando uniformes su voz, Te proclaman el héroe del siglo, Te titulan, el *Libertador*.

CORO.

Compatriotas, etc.

Hoy recorre tu nombre igualmente De dos mundos la inmensa estension : ¡ Prodijoso concierto de aplausos! Ningun héroe jamas lo escitó. A las ninfas del Támesis rico Y del Sena y del Rin y del Pó Corresponden con voz majestuosa Orinoco y el gran Marañon.

CORO.

Compatriotas, etc.

El rompió nuestras duras cadenas; Vida, hogares y patria nos dió: El, de un pueblo de tristes esclavos, Ha formado una hermosa nacion. Por nosotros ¡ qué angustias Ha sufrido su gran corazon! En quince años de afan y trabajos, ¡ Cuántas veces la muerte arrostró!

CORO.

Compatriotas, etc,

¿ No los veis? En su frente gloriosa, Coronada de eterno verdor, ¿ No los veis esos blancos cabellos, Esas huellas de un noble dolor? Jóven tierno empezó la carrera: No son muestras del tiempo veloz; De sus largas fatigas, sin duda, De su amor y cuidados lo son.

CORO.

Compatriotas, etc.

Pero él vive; así viva cien años De Columbia el feliz fundador, El guerrero impertérrito y firme Que ha vengado á los hijos del sol! Sí, prolónguese un siglo esa vida Que las vidas de tantos salvó, Y benignos conserven los cielos En Bolívar al padre mejor!

CORO.

Compatriotas, llegó nuestro dia! Hoy el grande *Bolívar* nació, Nuevo Alcides, pavor de tíranos, Y de América gloria y amor.

José FERNANDEZ MADRID.

A WASHINGTON.

SONETO.

No en lo pasado á tu virtud modelo, Ni copia al porvenir dará la historia, Ni el laurel inmortal de tu victoria Marchitarán los siglos en su vuelo.

Si con rasgos de sangre guarda el suelo Del coloso del Sena la memoria, Cual astro puro brillará tu gloria Nunca empañada por oscuro velo.

Miéntras la fama las virtudes cuente Del héroe ilustre que cadenas lima Y á la cerviz de los tiranos doma,

Alza gozosa, América, tu frente, Que al Cincinato que formó tu clima Le admira el mundo, y te lo envidia Roma.

GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

A NAPOLEON.

Sin rey ni leyes, Francia desolada De anárquico furor cayó en la hoguera : Salvóla Bonaparte : lisonjera La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló á su voz Europa consternada: Reyes la dispensó con faz severa; En Moscou, en Madrid su águila fiera, En Roma y Viena y en Berlin vió alzada.

¡ Cómo cayó! vencido, abandonado En un peñasco silencioso espira, Dando ejemplo á los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado, Clama la historia, que su genio admira: «No hay opresor por fuerte irresistible.»

José Maria Heredia.

EL PATRIOTISMO.

Cuando la antigua Grecia florecia, Cuando Roma señora dominaba, Con celo el patriotismo se abrigaba, Su nombre con placer se repetia.

A su impulso, toda alma en sí sentia Fuego que al heroismo la incitaba Y este, que de Victoria se orleaba, A la victoria misma embellecia.

Mas su celeste llama gloriosa Ya no cual ántes muéstrase tan pura, Ni cual ántes es hoy tan ardorosa.

Entronizada la avaricia oscura, Yo reina soy, esclama ella imperiosa, Desconocerme es perdicion segura!

JOAQUIN M. DE CASTILLO Y LANZAS.

BRINDIS EN UN CONVITE PATRIOTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo Hoy aparecen de figura estraña: Al Medio-día corre el astro hermoso, Y por el Norte se atraviesa el águila.

De fenómeno tal nadie adivina Los efectos, los modos y las causas: Se aturde el necio, el sabio es el que dice: «Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.» JUAN CRISOSTOMO LAFINUR.

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD.

Sobre un caballo brioso Camina un jóven guerrero Cubierto de duro acero, Lleno de bélico ardor. Lleva la espada en el cinto, Lleva en la cuja la lanza, Brilla en su faz la esperanza, En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita Y el robusto cuello halaga, Y la crin que al viento vaga De su compañero fiel. Al sentirse acariciado Por la mano del valiente, Ufano alzando la frente Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos De blanca espuma se llenan; Sus herraduras resuenan Sobre el duro pedernal; Y al compas de sus pisadas, Y al resonar del acero, Alza su voz el guerrero Con un acento inmortal:

Vuela, vuela, corcel mio, Denodado; No abatan tu noble brio Enemigos escuadrones, Que el fuego de los cañones Siempre altivo has despreciado;

Y mil veces
Has oido
Su estallido
Aterrador
Como un canto
De victoria,
De la gloria
Precursor.

Entre hierros, con oprobio, Gocen otros de la paz: Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad.

El artero cortesano
La grandeza
Compre adulando al tirano
Y doblando la rodilla;
Mi troton y pobre silla
No daré por su riqueza;
Que bien pueden

Que hien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar.
Corcel mio,
Yo prefiero
Tu altanero
Relinchar.

Entre hierro, con oprobio, Gocen vergonzosa paz: Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad.

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso;
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso;

Vi, al dejarla, Su tormento: Qué momento De dolor! Vi su llanto
Y pena impía,
Fuí á la mia
Superior.
Otros gocen entre hierros
Una vergonzosa paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu ardiente brio,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado.

En su alcázar
Relumbrante,
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.

Otros gocen entre hierros Una vergonzosa paz; Yo no, que busco en la guerra La muerte ó la libertad.

Así el guerrero cantaba Cuando resuena en su oido Un lejano sordo ruido Como de guerra el fragor. «A la lid», el héroe grita, En los estribos se afianza, Y empuña la dura lanza Lleno de insólito ardor.

En sus ojos y en su frente La luz brilla de la gloria, Un presagio de victoria, Un rayo de libertad. Del monte en las quiebras hondas Resuena su voz terrible Como el huracan horrible Que anuncia la tempestad.

Rápido vuela el caballo Ya del combate impaciente, Mucho mas que el rayo ardiente En su carrera veloz. Entre una nube de polvo Desaparece el guerrero, Aun se ve brillar su acero, Se oye á lo léjos su voz.

Gloria, gloria! yo no quiero Una vergonzosa paz; Busco en medio de la guerra La muerte ó la libertad.

FERNANDO CALDERON.

CANCION NACIONAL.

CORO.

«A la voz de la América unida «De sus hijos se inflama el valor; «Sus derechos el mundo venera, «Y sus armas se cubren de honor.»

Desde el dia que en este hemisferio De la aurora la gloria brilló, Vivir libre juró nuestro pueblo Convertido de esclavo en Señor. Este voto del cielo inspirado A la faz de la tierra ofreció; Con placer las naciones le oyeron, Los tiranos con susto y pavor.

CORO.

«A la voz etc.

Tú primero, inmortal Venezuela, Dar supiste el ejemplo y la voz; Y con gloria la Nueva Granada Sus cadenas al punto rompió, Buenos-Aires y Chile á porfía Se disputan el mismo blason, Y hasta al suelo del Méjico hermoso Libertad comunica su ardor.

CORO.

«A la voz etc.

Se conmueven de júbilo y gozo Las cenizas del digno Colon, Y los manes de príncipes tantos, Cuyo trono la Iberia usurpó, Ya revive la patria querida De los Incas, los hijos del sol, El imperio del gran Montezuma, De los Zipas la antigua nacion.

CORO.

«A la voz etc.

Héroes indios, la América toda Os saluda con himnos de amor, Y os ofrece por justo homenaje Roto el cetro del cruel español. Y vosotros ¡ oh víctimas caras! Que el cadalso del yugo libró, Viendo el fruto de tal sacrificio Descansad en la eterna mansion.

CORO.

«A la voz etc.

A los aires se eleva triunfante De la América el fiero Condor, Y á su vista le mira abatido De la Iberia el soberbio Leon: Ya no ruge cual ántes solia, El aliento primero perdió, La melena sacude sin brio, Falto ya del antiguo vigor.

CORO.

«A la voz etc.

Nada importa que en vez de la fuerza Ponga en juego la infame traicion, Y que el fin de su imperio señale Con escenas de muerte y horror. Los despojos, las ruinas, los pueblos Que la llama enemiga abrasó, Nos escitan á justa venganza, Y nos hablan con mudo clamor.

CORO.

«A la voz etc.

Esto es hecho! La América al orbe Se presenta cual nueva nacion, La barrera del vasto oceano De dos mundos impide la nacion, Adios trono, ministros, validos, Instrumentos de vil opresion; Bendiciendo la mano divina Os decimos el último adios.

José Maria Salazar.

EL VEINTE Y CINCO DE MAYO DE 1838, EN BUENOS-AIRES.

- «Ya raya la aurora del dia de mayo: Salgamos, salgamos á esperar el rayo Que lance primero su fúlgido sol.
- "Mirad, todavía no asoma la frente, Pero ya le anuncia cercano al oriente De púrpura y oro brillante arrebol.
- «Mirad esas filas, el rayo, el acero, Los patrios pendones, la voz del guerrero Al salir el astro saludo le harán:
- «De párvulos tiernos inocente coro Alzará á los cielos el canto sonoro, Y todas las madres de amor llorarán.
- «Por los horizontes del rio de Plata El pueblo en silencio la vista dilata Buscando en las aguas naciente fulgor;
- «Y el aire de vivas poblaráse luego Cuando en el baluarte con lenguas de fuego Anuncie el momento cañon tronador.
- «Cándida y celeste la patria bandera Sobre las almenas será la primera Que el brillo reciba del gran luminar.
- «Y ved en las bellas cándida y celeste Como la bandera la nítida veste En gracioso talle graciosa ondear.
- «Yo he sido guerrero: tambien ha postrado Mi brazo enemigos: me le ha destrozado La ardiente metralla del bronce español.

«No sigo estandartes inútil ahora, Pero tengo patria:... Ya luce la aurora, Y seré dichoso si miro este sol.»

Así entre estranjeros que absortos vian, Y á ver esta pompa de léjos venian Hablaba un soldado, y era jóven yo.

¡ Qué mayo el de entónces! ¡ Qué glorias aquellas! ¡ Pasaron! ¡ Pasaron! Ni memoria de ellas Consiente el tirano que el mando robó.

Ay! sella tu labio, antiguo guerrero, Y no hables ahora si ansioso estranjero La gloria de mayo pregunta cuál es!

¡Sí, sella tus labios, reprime tus iras, ¡Ah! no te desprecien los hombres que miras, Espera los dias que vendrán despues!

¡ En vano se abrieron de oriente las puertas! ¡ Cómo en negra noche, mudas y desiertas Las calles y plazas y templos están!

Solo por escarnio de un pueblo de bravos, Bandas africanas de viles esclavos Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje Es en este dia meditado ultraje Del nuevo caribe que el sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nacion argentina, Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina: En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro Do temblando mora, la mano de hierro Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen; Los hombres de mayo son hombres de crimen Para este ministro del genio del mal.

Sin él Patria, Leyes, Libertad gritaron, Sin él valerosos la espada empuñaron, Rompieron cadenas y yugo sin él. Por eso persigue con hórrida saña A los vencedores de su amada España, Y en el grande dia la venga cruel.

El Plata, los Andes, Tucuman hermoso, Y Salta, y el Maipo, y el Perú fragoso, ¿Le vieron acaso pugnar y vencer?

Vilcapujio, Ayuma, Moquegua, Torata, Donde la victoria nos fué tan ingrata, ¿ Le vieron acaso con gloria caer?

A fuer de cobarde y aleve asesino Espiaba al momento que al pueblo argentino Postrado dejara discordia civil.

Y al verle vencido por su propia fuerza Le asalta, le oprime, le burla y se esfuerza En que arrastre esclavo cadena servil.

¡ Oh Dios! No supimos vivir como hermanos, De la dulce patria nuestras mismas manos Las tiernas entrañas osaron romper:

Y por castigarnos al cielo le plugo Hacer que marchemos uncidos al yugo Que oscuro salvaje nos quiso imponer!

¿Y tú, Buenos-Aires, ántes vencedora, Humillada sufres que sirvan ahora Todos sus trofeos de alfombra á su pié?

¿ Será que ese monstruo robártelos pueda Y de tí se diga que solo te queda El mísero orgullo de un tiempo que fué?

¿ Qué azote, qué ultraje resta todavía, Qué nuevo infortunio, cara patria mia, De que tú no seas la víctima ya?

¡Ah! si tu tirano supiese siquiera Reprimir el vuelo de audacia estranjera Y vengar insultos que no vengará!

De Albion la potente sin duro castigo, Del Brasil, de Iberia bajel enemigo La espalda del Plata jamas abrumó. ¡Y hora estraña flota le doma, le oprime, Tricolor bandera flamea sublime, Y la azul y blanca vencida cayó!

¿ Qué importa al perjuro tu honor ó tu afrenta? Los heróicos hechos que tu historia cuenta, Tus dias felices, tu antiguo esplendor,

Deslumbran sa vista, confunden su nada, Y el bárbaro intenta dejar apagada La luz que á los libres en mayo alumbró.

Tú, que alzando el grito despertaste un mundo Postrado tres siglos en sueño profundo Y diste á los reyes tremenda leccion,

¿ De un déspota imbécil, esclava suspiras? ¡Eh! contra tu fuerza ¿ qué valen sus iras? ¿ No has visto á tus plantas rendido un Leon?

¡Hijos de mi patria, levantad la frente Y con fuerte brazo la fiera inclemente Que lanzó el desierto, de un golpe aterrad!

Lavad nuestra mancha, valientes porteños, Y mostrad al mundo que no tiene dueños El pueblo que en mayo gritó Libertad.

JUAN CRUZ VARELA.

A LA VICTORIA DE CHACABUCO.

ODA.

Entre guerra y venganzas, Muertes y horrores el caudillo Ibero, Entre crueles verdugos y asechanzas Cual Minotauro fiero, Con centelleantes ojos asombraba De Chile el monte y llano que ocupaba.

Alza la erguida frente Sobre un trono con sangre salpicado Mil y mil veces de la indiana gente; El cetro ya empuñado, El férreo cetro, agudas las espadas, Cierran ya de su imperio las entradas. Ya conquisté esta tierra, A sus sangrientas haces les decia, Que á esfuerzos del terror y de la guerra Por tres siglos es mia; En mis iras conoce el Araucano El rayo de que Jove armó mi mano.

¿ Mi dominio rodeado De intransitables ásperas montañas Será del Argentino profanado? ¿ Mil heróicas hazañas No os gritan que este suelo subyuguemos, O que al furor de Alecto lo entreguemos?

Así el tirano clama:
San Martin, otro Aníbal mas famoso,
A quien celeste ardor el pecho inflama,
Practica ya el fragoso
Camino de los Andes, ya el soldado
Toma ejemplo del jefe denodado.

A un lado, molo inmenso Ve levantarse al cielo, á la otra parte Un precipicio horrendo, y solo piensa A fuer de brio y arte Al término llegar de la angostura; Pigmeo es la montaña á su bravura.

El enemigo bando Avistan los campeones impacientes, Sobre él ya cargan rápidos bajando Como en gruesos torrentes Por entre riscos el furioso Guano, Que raudo corre por inmenso llano.

Los montes cavernosos Retumban con el bélico alarido, Y el tronar de las armas, espantosos Dando horrible gemido Desde sus hondas lóbregas entrañas De sí arrojan al Leon de las Españas.

Ruge herido del rayo De las patrias legiones, que aguerridas En fuga ponen y en mortal desmayo Sus huestes homicidas, El paso vencen y al favor de Marte Tremola en el valle su estandarte. ¡O deidad, que inflamaste En sacro ardor el númen del mantuano! ¡O tú que en plectro de oro celebraste El valor sobrehumano De Hércules vencedor! hoy canta solo El paso de los Andes, sacro Apolo.

No cantes, no este dia, La cítara divina resonando, Del héroe de Cartago la osadía Los Alpes traspasando: A un otro Aníbal canta, mayor gloria Da al Nuevo Mundo eterna su memoria.

Mas i o terrible escena!

Del Hispano la armada muchedumbre

Los llanos abandona, cruel se ordena

De nuevo en la alta cumbre

De la vecina y escarpada sierra,

Y el pendon alza de ominosa guerra.

El oprimido suelo
Mira en fuertes guerreros convertido,
Resonando los cóncavos del cielo
Con el marcial ruido;
Clamar universal oye, y se aterra:
¡Venganza, Eponamon, venganza y guerra!

El grito heróico alcanza
Al mar del sud en ásperos acentos
Cual austro embravecido; invicto avanza
San Martin los sangrientos
Rebeldes enemigos; ronco suena
El bélico clarin, el bronce truena.

La lid está trabada En Chacabuco; del guerrero infante Se ve la línea en fuegos inflamada; Su acero fulminante En la diestra revuelve ya el jinete, Y en el veloz caballo ya arremete.

La intrépida carrera
Del relinchante bruto, el corvo alfanje,
Rompen al enemigo que lo espera
En cerrada falange:
Al duro choque retemblaba el suelo
Cual si brotara nuevo Monjibelo.

La muerte conducida Sobre el rodante carro hiere, mata En ambas huestes, la infelice vida Del cuerpo la desata; Los muertos huella, corre sin fatiga, Que el cuadriga fatal la guerra instiga.

Frente á sus escuadrones, San Martin ya decide la victoria, Clama, atropella, rinde las legiones; Cubierto va de gloria Cual otro Aquíles fuerte, invulnerable, A las Troyanas gentes espantable.

Dos rayos de Mavorte, De la patria constantes defensores, Solér, O'Higgins, cada uno en su cohorte Gobierna los furores; De los fieros Titanes este dia Triunfará en Chacabuco su osadía.

¡ O patria! tus guerreros Los montes y los llanos ocuparon, Y el pendon de Castilla de ellos fieros Al suelo derribaron; Salve, Patria, mil veces, altaneras Flotan en todo Chile tus banderas.

Las sombras irritadas
De Tucapel, Caupolican, Lautaro,
Dejaron los patriotas hoy vengadas,
Hoy vuestro nombre caro
Llama al hijo de Arauco que la lanza
Tiñe en sangre española en la matanza.

Del arduo escelso asiento De los nevados Andes, hoy la fama Tocando el estrellado pavimento, En los orbes proclama A vuestros héroes: su eco resonante Va desde el mar del sud al mar de Atlante.

O paternal gobierno Qué enérgico y prudente protegiste Tan gigantesca empresa! honor eterno A la patria le diste: Tuyo es el regocijo á que se torna, Y el precioso esplendor con que se adorna.

Vírgenes adorables, Ninfas del Argentino sacro rio, Cantad tambien los hechos memorables, Miéntras el llanto mio Tributo al campeon que en la victoria Muriendo por la patria nos da gloria.

ESTEVAN LUCA.

AMERICA.

Ceñida de jazmin y enredadera Y entre viejas montañas escondida, Pasa su blanda y perezosa vida Una tierra bellísima, un jardin.

América unos hombres la llamaron Y sus hijos despues lo repitieron; Sus moradas sobre ella suspendieron La sílfide, la fada, el serafin.

Las auras de sus bosques centenarios Mecen los mil jazmines de su frente, Y en aroma purísimo, inocente, Se desprende al columpio virginal.

Ciñen su inmensa frente por diadema Ejércitos de palmas cimbradoras, Altivas caducas moradoras Del desierto y del tórrido arenal.

Descienden en vistosos torbellinos De trasparentes perlas sus cascadas, Y bordan las corolas perfumadas De la campestre y olvidada flor.

Pueblan sus altos robles y sus ceibas. En bandos pintorescos los turpiales, Y ostentan los mitrados cardenales La púrpura de Tiro en su color.

Las deidades del mar visten sus playas De caracoles, conchas y corales, Que ostentan sus desiertos arenales Como un cinto de perlas y rubí.

Encaje pintoresco y ondulante Con que adornan su vírgen vestidura, La casta, hermosa, celestial y pura Tierra de los ensueños de alhelí.

Un cielo azul, benigno, trasparente De nubes de oro y nácar tachonado, Y sus noches de amor, engalanado Con millares de estrellas por do quier.

Es el toldo magnífico, esplendente, Que con tierna y bellísima sonrisa Tiende en las alas de la mansa brisa El ángel de los sueños y el placer.

Los ojos de sus bellas son de fuego, Sus miradas fascinan y enloquecen; Descarriados arcángeles parecen Que descendieron en su vuelo aquí.

Sus morenas mejillas, sus melenas, Sus senos voluptuosos, palpitantes, Del corazon arrancan delirantes Mil suspiros de ardiente frenesí.

Tus bosques, tus rios, tus limpias cascadas, Eternos sus flores, sus aguas te den, Tus auras fugaces de aroma cargadas Columpien tus palmas con blando vaiven.

Tu cielo de estrellas, azul, trasparente, Derrame su manso fulgor para tí; Y rica y altiva, feraz y potente, Los soles te alumbren, fantástica hurí.

Esconda en tus flores sus lágrimas puras La cándida y tibia mañana de paz; Y tienda en tus verdes feraces llanuras, Su velo de rosas liviano y fugaz.

Arrullen tu casto, mansísimo sueño, Del bosque las brisas con dulce rumor, Y el canto del ave, silvestre, halagüeño, Tu paz interrumpa con notas de amor. Desciendan en vistosos torbellinos De trasparentes perlas tus cascadas, Y borden las corolas perfumadas De la flor escondida y virginal.

Ciñan tu inmensa frente por diadema Ejércitos de palmas cimbradoras, Siempre altivas y eternas moradoras, Del llano, el bosque, el valle, el arenal.

Vierta Dios á torrentes en tu suelo, Virtud, saber, prosperidad, bonanza; Y el eterno fanal de la esperanza Alumbre tu dormir, tu despertar.

Que el genio misterioso de los siglos Sobre su inmensa trípode sentado, Te augure con la fe del inspirado Glorias que él mismo no podrá borrar.

A. LOZANO.

MONTEVIDEO.

Semejante á Ondina bella Su cuerpo airoso descuella... E. ECHEVERRIA.

De las entrañas de América Dos raudales se desatan; El Paraná, faz de perlas, Y el Uruguay, faz de nácar. Los dos entre bosques corren O entre flóridas barrancas. Como dos grandes espejos Entre marcos de esmeraldas. Salúdanlos en su paso La melancólica pava, El picaflor y el jilguero, El zorzal y la torcaza. Como ante reyes se inclinan Ante ellos seibos y palmas, Y la arrojan flor del aire, Aroma y flor de naranja; Así siguiendo su senda Sobre sus lechos se arrastran: Luego en el Guazú se encuentran, Y reuniendo sus aguas, Mezclando nácar y perlas Se derraman en el Plata.

El Plata? y es verdad. Ancha llanura De bruñido metal que nunca acaba, Parece el rio cuya diestra lava De Buenos-Aires el soberbio pié;

Cuya izquierda tendiendo hácia el oriente De una jóven beldad la falda toca; Beldad guardada por gigante roca Que el Plata inmenso desde léjos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa A la bella ciudad pusiera nombre, Cuando en medio del mar al verla un hombre Monte veo, del mástil esclamó.

En frente de ese monte nació un pueblo Con un cinto de muros y cañones, Do clavaron tres reyes sus pendones Que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya, Y un dia en sus coronas te ostentaron, Y al mirarte otro dia solo hallaron En vez de joya duro pedernal.

Entónces adornaste la diadema De la jóven república de oriente, Que te muestra á los pueblos en su frente Desde el Cerro su eterno pedestal.

Ahí está Montevideo
Estendida sobre el rio,
Como vírgen que en estío
Se ve en lago nadar.
La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonríes Cuando ves los pabellones De poderosas naciones Flamear en rico bajel, Y les pagas las ofrendas Que ellos traen á tu belleza, Con tu campo, y la riqueza Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares Mécense los masteleros Como bosques de palmeros Que sacude el vendaval. Y si en él se ve de noche Navegar rápida vela, Parece garza que vuela De algun lago en el juncal.

En las noches sin estrellas Tenebrosas del invierno, Cuando el mar es un infierno Que al marino hace temblar, Tú benéfica iluminas Sobre tu roca gigante, Un fanal que al navegante Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes Levantaron alta valla, De impenetrable muralla Para oprimirte, Beldad. Pero el hierro del esclavo Sacudiste de tus brazos, Y los muros á pedazos Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo, Del Plata blanca sirena, Y tu entraña, una colmena Cuya miel es el amor, Feliz el labio que guste De tu miel, ciudad de amores, Que tus hijas son las flores Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles En dulzura y en pureza, Son estrellas en belleza, De la vida el íris son. Por ellas, solo por ellas, Eres tú, Montevideo, De mi memoria recreo, De mis sueños ilusion.

Y si tu crees en los sueños, Escucha, oh pueblo, uno mio, Yo soñé que veia al rio Salir de su ancho cristal, Y que á tí ya Buenos-Aires En sus brazos estrechaba, Y así unidos os dejaba En un abrazo inmortal!

Si eres solo un ensueño, dulce idea, Que fascinas mi ardiente fantasía, No amanezca jamas el triste dia Que te borre de mí.

Pero no! que en los cielos está escrita En la página de oro del destino, La union del Oriental y el Argentino Que en mis ensueños vi.

LUIS F. DOMINGUEZ.

AL GENERAL FLORES VENCEDOR EN MIÑARICA.

Cual águila inesperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo;
Y elevándose ufana, envanecida
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;

Mas de improviso deslumbrada, ciega, Sin saber dónde va, pierde el aliento,

Y á la merced del viento Ya su destino y su salud entrega: O por su solo peso descendiendo Se encuentra por acaso En medio de su selva conocida, Y allí la luz huyendo, se guarece, Y de fatiga y de pavor vencida, Renunciando al imperio, desfallece: Así mi musa un dia Sintió la tierra huir bajo su planta, Y osó escalar los cielos, no teniendo Mas genio que amor patrio y osadía. En la region etérea se declara Grande sacerdotisa de los Incas; Abre el templo del Sol: flores y ofrendas Esparce sobre el ara: Ciñe la estola espléndida y la tiara; Inquieta, atormentada De un Dios, que dentro el pecho no le cabe, Profiere en alta voz lo que no sabe, Por ciega inspiracion. Tiemblan los reves Escuchando el oráculo tremendo: Revelacion, leyes Dicta al Pueblo: describe las batallas; De la patria predice la victoria, Y la aplaude en seráficos cantares: De los Incas deifica la memoria, Y á sus manes sagrados, Si tumba les faltó, levanta altares. Mas cuando ya su triunfo absorta canta, Atras la vista torna, Mide el abismo que salvó, y se espanta. Tiembla, deja caer el refulgente Sacro diadema que sus sienes orna, Y flaco el pecho, el ánimo doliente Cual si volviera de un delirio siente; Y de la santa agitación rendida Quedó en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fraticida truena, Y de las armas rompe el estallido; Y al recrujir el carro de la guerra Se siente en torno retemblar la tierra.

Y el atroz silbo de rabiosas sierpes Que la discordia enreda en su melena En sed mortal los pechos enfurece; Y de la antigua silla de los Incas Hasta do bate el mar los altos muros De la noble heredera de Cartago, Todo es horror y confusion y estrago.

En vano, o Dios, del medio De las olas civiles, con sorpresa, Jóven, graciosa, de esperanza llena Una nueva República aparece; Cual la Diosa de amor y de belleza Coronada de rosas y azahares, Con que el ambiente plácido perfuma, Surgió sobre la hirviente y alba espuma; Del mar nacida á serenar los mares.

Y en vano sobre el márgen populoso Del rico Támes y bullente Rima, En verso numeroso Canoras voces se alzan despertando La musa de Junin... que el sacro fuego De inspiracion cesó; lánguido espira; Y el canto silencioso Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere: y con su aliento La tierra, el firmamento, El mármol y cádáveres anima.

Ya está dentro de mí. — Veloces vientos, Anunciad á las gentes Un nuevo canto de victoria. — Dadme Laurel y palmas y alas esplendentes; Volvedme el estro santo, Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿ Adónde huyendo del paterno techo Corre la juventud precipitada? En sus ojos furor, rabia en su pecho, Y en su mano blandiendo ensangrentada Un tizon infernal: cual civil Parca Ciega discurre, tala, y sus horrendas Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y Patria y Libertad proclaman.... Y oro, sangre, poder....esas sus leyes, Esa es la libertad, de que se llaman Inclitos vengadores... Y en los enormes montes interpuestos Y en el soberbio inespugnable alcázar, Que de léjos ostenta La reina del Pacífico opulenta, La insolente esperanza Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo Se abrió bajo sus piés...que los horrores De tánta sedicion — los alaridos Que entre las ruinas salen — los clamores De tantos pueblos íntegros y fieles, El rayo concitaron que dormia Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid á quien dió el cielo Valor, consejo — prevision y audacia. Al arduo empeño, á la mayor desgracia Le sobra el corazon. Todo le cede: Sirve á su voz la suerte — ante su genio El peligro espantado retrocede.

Flores los pueblos claman: y los montes Que la escena magnífica decoran, Flores repiten sin cesar. Los ecos Avidos unos á otros se devoran Y en inquietud perpetua se suceden Como olas de la mar. Sordos aterran La turba pertinaz, que espavorida Huye: y no sabe dónde — que do quiera Los ecos la persiguen, — y do quiera El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas si improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa desoyendo
Del fiel mastin inútiles clamores;
Se pierde en precipicios espantosos,
Que mas lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.

Oyó la voz doliente de la patria Su siempre fiel guerrero; Y desnudando el invencible acero, Se avanza; y los valientes capitanes En cien lides gloriosos lo rodean, Y dar paz á la patria, ó morir firmes Sobre la cruz de sus espadas juran....

El habla; y á su acento Todo en torno es accion y movimiento. Armas, tormentos bélicos...y cuanto Elemento de guerra y de victoria Da el suelo, forma el arte, el genio crea Se apresta, — ó aparece por encanto. Gime el yunque — la fragua centellea — Brota naves el mar — tropas la tierra.... Aquí y allí la juventud se adiestra A la terrible y desigual palestra... Y el caballo impaciente De freno y de reposo Se indigna, escarba el suelo polvoroso; Impávido, insolente Demanda la señal: bufa, amenaza, Tiemblan sus miembros: su ojo reverbera; Enarca la cerviz, la alza arrogante De prominente oreja coronada; Y al viento derramada La crin luciente de su cuello enhiesto Ufano da en fantástica carrera Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afan, agitacion, tumulto Reina en el bando opuesto. Armas le da el furor: la ambicion ciega Constancia, ostinacion. ¡ Cuán impotente Dió voces la razon!... Y en vano el cielo Los aterra con signos portentosos. Nocturnas sombras vagan por el suelo Exhalando alaridos lastimosos; Rayos sanguíneos las tinieblas aran En pálido fulgor; y por la noche Sones terribles de uno al otro estremo De la espantosa bóveda se oyeron: Se hiende el monte; el huracan estalla, Y es todo el aire un campo de batalla.

Y en medio de la pompa mas solemne Las imágenes santas derribadas, ¡ Qué horror! del alto pedestal cayeron Del incienso sacrílego indignadas. ¿ Veis allá léjos ominosa nube Ondeando en polvo de revuelta arena. Que densa se derrama y lenta sube?... Allí está Miñarica. La Discordia Allí sus haces crédulas ordena: Las convoca, las cuenta, las inflama... Las inflama... despues las desenfrena. Flores vuela al encuentro: y cuando alzada. Sobre la hostil cerviz resplandecia Su espada, reconoce sus hermanos; Léjos de sí la arroja: y les ofrece El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la faccion se enorgullece: Razon, ruego, amistad y paz desdeña. Triunfa al verse rogada, Y en ilusion y en arrogancia crece: Que rara vez clemencia generosa El monstruo del furor civil domeña, Y aun mas los viles pechos escandece.

Tornó del héroe á relumbrar la espada Y esta fué la señal. Los combatientes Con firme paso y exultantes frentes Se acometen: se mezclan... De una parte El número y el ímpetu...de la otra Arte, valor, serenidad: do quiera Furor y sangre...y á las armas sangre Aun mas infame que el orin, empaña; Y los pendones patrios encontrados Rotos y en sangre flotan empapados. Cristados yelmos, miembros palpitantes Erizan la campaña, Y los troncos humanos Se revuelcan, amagan: E impotentes de herir, siquiera insultan Miéntras los restos de vital aliento Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos Se encuentran, se conocen...y se abrazan... Con el abrazo de furente saña. Ni tregua, ni piedad. — ¿ Quién me retira De esta escena de horror? — Rompe tu lira, Doliente musa mia; y ántes deja Por siempre sepultada en noche oscura Tanta guerra civil, oh, tú no seas Quien á la edad futura Quiera en durable verso revelarla: Que si mengua, ó escándalo resulta, Honra mas la verdad, quien mas la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa Serpea fulminando, y veloz huye: Vuelve á brillar, la tempestad disipa, Y su esplendor al cielo restituye; Así la espada del invicto Flores Por entre los espesos escuadrones Va sin ley cierta, brilla...y desparecen. A los unos aterra su presencia: Otros, piedad clamando, se rindieron: Y á los que fuertes para huir, huyeron, Los alcanzó en su fuga la clemencia.

Salud, o claro Vencedor. O firme Brazo, coluna, y gloria de la patria! Por tí la asolacion, por tí el estruendo Bélico cesa, y la inspirada Musa Despertó dando arrebatado canto. Por tí la patria el merecido llanto Templa al mirar el hecatombe horrendo Que es precio de la paz. Por tí recobran Su paz los pueblos, y su prez las artes; La alma Témis su santo ministerio; Su antiguo honor los patrios estandartes, La ley su cetro: Libertad su imperio: Y las sombras de Guachi desoladas De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina, Que pasa el Vencedor. A nuestras playas Dirige el paso victorioso, en tanto Que el himno santo la amistad entona. Y fausta la Victoria le destina Triunfales pompas en su caro Guayas Y en este canto espléndida corona.

José Joaquin de Olmedo.

LA GLORIA.

A DON FELIX DE AZARA.

¡Adelante!...¡adelante!...nada importa Que rasgando la bóveda del cielo, Cual flamígera nube, ardiente velo Amague al universo devorar: ¡Adelante!...¡adelante!...nada importa Que zumbe el huracan, y en fiero embate El rayo tremebundo se desate Y en sus hondos abismos ruja el mar!

No importa que en furioso torbellino Se despense la inmensa catarata, Y cubra con su sábana de plata El bosque y la llanura hasta el confin. No importa que la tierra tiemble ó ceda Bajo la planta del audaz viajero, Y no encuentre ni huella ni sendero Que le conduzca de su marcha al fin.

El adelante seguirá, ; adelante!
Cruzando siempre con mayores brios,
Selvas, desiertos, páramos y rios,
Que absortos dejan alma y corazon.
El sol á plomo lanzará sus rayos...
Pero es en vano que al viajero asalten,
Que el aire incendien y en la yerba salten
Sus mil lenguas de fuego en rebelion.

El impasible cruzará los brazos, Y aunque un instante le acongoje el fuego, Firme y altiva su mirada luego En el vasto horizonte clavará. Y entre ardorosa nube de ceniza El terreno pisando, que aun humea, Será el incendio su gloriosa tea, Y él tras las llamas adelante irá.

¡ Siempre adelante!.... Fétidas lagunas, Negros vapores que la muerte exhalan, Vámpiros que con sangre se regalan, Insectos que se aferran á la piel, Sierpes que anuncian su presencia hiriendo, Tigres hambrientos que la selva aduna, Y que al trémulo rayo de la luna Rebramando se acercan en tropel.

Bárbara tribu que se oculta aleve Y allí al cristiano vengativa acecha Con la veloz, envenenada flecha, Que silba, hiere, pasa y no se ve; Nada amedrenta ni detiene al fuerte Varon heróico en su fatal camino, Puede darle en él tumba su destino...; Mas no obligarle á desviar el pié!

Un impulso secreto, un misterioso Instinto que invencible le domina, Le arrebata, le impele, le encamina Do cumpla su mision, triste ó feliz. Y cae y se levanta, y cae de nuevo Y otra vez mas altivo se levanta; Y sigue sin temor, firme la planta, Sereno el pecho, erguida la cerviz.

Acaso en premio de su afan arribe De su ansiada esperanza al grato puerto, Y á la posteridad legue cubierto Su nombre de aureola divinal. Y acaso ese demonio que persigue Al genio y la virtud con furia insana, Dé á su noble ambicion tumba temprana Y á su memoria olvido perennal.

Esa es la gloria!....Los que van tras ella Su juventud arrojan en sus aras, Dichas, placeres, ilusiones caras, Cuanto atesora el alma y corazon. Así tan solo se fecunda y brota Y se entreabre su espinoso lirio; Porqué la gloria es...nada...ó el martirio; Es del ángel proscripto la espiacion!

Miéntras palpita el hombre, ella le pide Toda la savia de la vida suya, Y hace que ardiente sin cesar refluya En la fragua del tiempo el porvenir. Porvenir que no llega, sino cuando El alma rompe su mortal cadena, Y se remonta à la religion serena Entre nubes de rosa y de zafir. Viene entônces la gloria, casta vírgeu, Que huye del hombre cuanto mas la implora, Y en su sepulcro se le entrega y llora, Porque viviendo le negó su amor: La tierra besa que sus restos cubre Y el puro llanto que á raudales vierte En luz y aromas y laurel convierte Lo que ántes era polvo corruptor.

Tu fuiste, oh Azara! tambien escogido, Tambien en tu losa gimiendo aun está La gloria que un dia te vió decidido, Arrostrar las iras del gran Paraná.

Tu nombre aun repiten, al salvar las rocas, Con salto gigante, Guazú y Aguaray, Y al oirlo es fama, que en sus anchas bocas Tiembla y se detiene su inmenso raudal.

La brisa que viene de la ignota Pampa Trae una armonía dulce para tí, Y hasta el indio bravo que en sus valles campa La oye alborozado con gozo infantil.

Gime el Aconquija y en su blanca espalda No borran las nieves tus huellas, feliz Paraguay no tiene para tu guirnalda Suficientes flores en su gran jardin.

Uruguay, la tierra do vertió á millares Sus mas ricos dones pródigo el Señor, Ostenta en su bella corona de azahares Tu nombre, diamante que á España robó.

Y cuando vil chusma traspasa la sierra Por donde impetuoso corre el Yaguarron; Cuenta que se rasga y asoma en la tierra Brillante la línea que Azara trazó.

Las vírgenes selvas del Chaco salvaje Y los densos bosques del Yi y Tucuman, Dicen que al nombrarte doblan su ramaje Y aromada lluvia de sus hojas cae.

Tiene el Plata un vago colosal murmullo Con que á veces cuenta su dolor al mar, Y yo que poeta comprendo su arrullo Sé que tu memoria nunca olvidará.

Llora por tí, Azara, porque tú no fiste Ni venal, ni torpe, ni déspota cruel; Llora por tí, Azara, porque mereciste La rica diadema que puso en tu sien.

Digna y envidiable, fúlgida aureola, Que alcanzó tu esfuerzo, virtud y saber! Déjame admirarla...tu gloria española Tambien de mi patria, de América es!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

LA CONCORDIA.

Deh fate un corpo sol di membri amici, Fate un capo che gli altri indrizzi e frene. GERUSALEMME LIBERATA.

¡Ay! protege, Señor, tu hermosa hechura! Por tí este pueblo sacudiera el yugo De servidumbre dura; Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo Darle nueva existencia, Y llamarle á gozar de independencia.

No abandones jamas la tierna planta Al furor de los vientos, cuando apénas Lozana se levanta. Libra á tu pueblo ¡ oh Dios! de las escenas De discordia inhumana, Que destruyen la tierra Americana.

Si en merecida pena á sus delitos Impuso tu justicia á otras naciones Los males infinitos Que traen las fraternales disensiones, El pueblo del Oriente Como recien nacido es inocente.

Sálvale, por piedad: no se marchiten Jamas sus esperanzas deliciosas; Sin fin en él habiten La Concordia y la Paz, hijas dichosas De la virtud, consuelo Al hombre justo dado por el cielo.

A su sombra benéfica florecen
Las ciencias y las artes bienhechoras,
Los pueblos se engrandecen
Llenos de vida; y leyes protectoras
La perfeccion alcanzan
Y moderada libertad afianzan.

La Concordia es la fuente mas fecunda
De los bienes que gozan los humanos;
Y como el sol inunda
Con su fulgor las cumbres y los llanos,
Ella con su influencia
A todo sabe dar nueva existencia.

Al verla se desempeñan al abismo La ambicion prepotente, la ignorancia, El ciego fanatismo, La sacrílega y ruda intolerancia, Y todos los errores Que las pasiones traen con sus furores.

Ella fué la que un dia dió renombre A mi patria: por ella el universo Veneraba su nombre, Y la historia veraz, y el rico verso En página divina Honraron la república Argentina.

El cielo la robó tanta ventura.
Llanto y respeto á su fatal estrella:
Y el que, con lengua impura,
Se atreva mancillar su fama bella,
Y su desgracia insulte,
En el profundo Averno se sepulte.

Sus males evitad, hijos de Oriente;
De la Concordia al delicioso abrazo
Volad alegremente:
El os estreche con perpetuo lazo,
Ahogando en vuestra orilla
De la anarquía la letal semilla.

1

La madre entónces besará tranquila Al hijo de su amor, sin que la muerte De la rebelde fila Se lo arrebate en flor; y á dura sucrte

Su ancianidad condene,

Y de amargura y de dolor la llene.

Ni temerá el colono que inclemente El soldado feroz sus mieses tale. Dejando solamente

La negra huella que el furor señale: Y de pueblos cubiertos Los campos se verán que hoy son desiertos.

Mis votos oye ; oh Dios omnipotente! Y una familia sola reunida

Forma en el rico Oriente. Que á leyes paternales sometida, La peligrosa rienda

Nunca usurpar con crímenes pretenda.

Ampara tú su juventud dichosa Y hostias de Paz adornen tus altares: Con mano bondadosa Vierte sobre ella dones á millares De la gloria y ventura; ¡Ay! protege, Señor, tu hermosa hechura!

FLORENCIO VARELA.

LOS AUTORES.

- AVELLANEDA (Doña Gertrudis Gomez de). Nació en la ciudad de Puerto-Principe (isla de Cuba), el dia 23 de Marzo de 1816.
- BALCARCE (D. FLORENCIO). Poeta argentino. Murió en Buenos-Aires el 16 de Mayo de 1839.
- BARALT (D. RAFAEL MARIA). Nació en la ciudad de Maracaibo (Venezuela), en 1810.
- BELLO (D. Andres). Nació en Carácas, por los años de 1780.
- BERRO (D. Adolfo). Nació en Montevideo el dia 11 de Agosto de 1819. Murió el 28 de Setiembre de 1841.
- CALDERON (D. FERNANDO). Nació en Guadalajara (Méjico), el 20 de Julio de 1809. Falleció en la ciudad de Ojocaliente el 18 de Enero de 1845.
- CANTILO (D. José Maria). Nació en Buenos-Aires.
- CARPIO (D. Manuel). Nació en Casamaloapam (Estado de Veracruz).
- CERVANTES (D. ALEJANDRO MAGARIÑOS Y). Nació en Montevideo el dia 3 de Octubre de 1825.
- CHACON (D. Jacinto). Hijo de la República de Chile. Nació en 1822.
- CORTES (D. José Manuel). Hijo de la República de Bolivia. COUTO (D. José Bernardo). Poeta mejicano.
- DELMONTE (D. Felix Maria). Nació en la ciudad de Santo-Domingo el dia 20 de Noviembre de 1819.
- DOMINGUEZ (D. Luis L.). Nació en la ciudad de Buenos-Aires.
- ECHEVERRIA (D. ESTEVAN). Nació en la ciudad de Buenos-Aires.
- FIGUEROA (D. Francisco Acuña de). Nació en Montevideo por los últimos años del siglo próximo pasado.

WITTSTEIN. 22

- GODOY (D. Juan). Nació en Mendoza, Provincia de Cuyo en la República Argentina, el año de 1793.
- GOMEZ (D. JUAN CÁRLOS). Nació el dia 25 de Julio de 1820 en la capital del Estado Oriental del Uruguay.
- HEREDIA (D. José Maria). Nació en Santiago de Cuba el dia 29 de Diciembre de 1803. Falleció en Méjico en 1839.
- HIDALGO (D. BARTOLOMÉ). Nació en la ciudad de Montevideo. INURRIETA (D. MANUEL). Nació en Chascomus, ciudad muy principal de la Provincia de Buenos-Aires.
- IRISARRI (D. Hermogenes). Nació en la República de Chile el 19 de Abril de 1819.
- LAFINUR (D. JUAN CRISÓSTOMO). Nació en las Minas de la Carolina, lugar situado en la jurisdiccion de San Luis, Provincia de la República Argentina, el 27 de Encro 1797. Murió el dia 13 de Agosto de 1824.
- LANZAS (D. JOAQUIN M. DE CASTILLO Y). Hijo de Jalapa, en Méjico.
- LILLO (D. EUSEBIO). Nació el 14 de Agosto de 1826. Su patria es Chile.
- LOZANO (D. A.). Es hijo de Venezuela.
- LUCA (D. ESTEVAN). Nació en Buenos-Aires y pereció en el Banco ingles del Rio de la Plata, en Marzo de 1824.
- MADIEDO (D. M. M.). Poeta granadino.
- MADRID (D. José Fernandez). Nació en Cartagena (Nueva-Granada). Falleció en Lóndres por los años de 1830.
- MAITIN (D. José Antonio). Nació en Puerto-Cabello, ciudad marítima de Venezuela.
- MARIN DE SOLAR (Doña Mercedes). Es hija de Santiago, capital de la República de Chile.
- MARMOL (D. José). Nació en Buenos-Aires el dia 4 de Diciembre de 1818. Es bibliotecario de la Biblioteca pública de Buenos-Aires.
- MENDIVE (D. RAFAEL MARIA). Nació en la Habana, capital de la isla de Cuba, el dia 24 de Octubre de 1821.
- MILANÉS (D. José Jacinto). Nació en la ciudad de Matanzas (isla de Cuba), el año de 1814.
- NAVARRETE (D. Fr. Manuel Martinez de). Nació en Méjico en la villa de Zamora, el dia 18 de Junio de 1768. Murió el 19 de Julio del año 1809.
- OLMEDO (D. José JOAQUIN DE). Nació en Guayaquil por los años de 1784.

- PACHECO Y OBES (Don Melchor). Nació en el Uruguay el dia 9 de Enero de 1810.
- PARDO Y ALIAGA (D. FELIPE). Nació en Lima el año de 1806.
- PESADO (D. Joaquin). Es nativo de Orizaba (Méjico).
- PRIETO (D. GUILLERMO). Poeta mejicano.
- RAMALLO (D. MARIANO). Nació en la ciudad de Oruro (República de Bolivia) en 24 de Setiembre de 1817.
- REAL DE AZÚA (D. Gabriel Alejandro). Nació en Buenos-Aires.
- RIVERA INDARTE (D. José). Nació en la ciudad de Córdova del Tucuman el 13 de Agosto de 1814. Falleció en la isla de Santa Catalina el 19 de Agosto de 1845.
- TAGLE (D. Francisco M. Sanchez de). Nació en Morelia, capital del Estado de Michracan (Méjico) el dia 11 de Enero de 1782. Falleció el 7 de Diciembre de 1847.
- VALDES (GABRIEL DE LA CONCEPCION). Nació en Matanzas (isla de Cuba). Murió el dia 28 de Junio de 1844.
- VALDES (D. José Manuel). Catedrático de prima de medicina, Protomédico general del Perú, Director del Colegio de medicina y cirugía de Lima etc. etc.
- VARELA (D. FLORENCIO). Es hijo de Buenos-Aires.
- VARELA (D. Juan Cruz). Nació en Buenos-Aires el 24 de Noviembre de 1794. Falleció en Montevideo el dia 24 de Enero de 1839.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.





7084

PQ Wittstein, Anita J. de Poesías de la América W5 meridional

PLEASE DO NOT REMOVE CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

